

JUAN

UTÓNOMA DE NUEVO

GENERAL DE BIBLIOTE

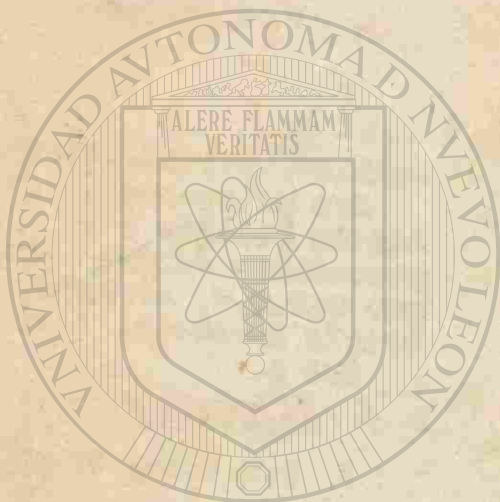
D. A. S. B.
MEMORIAS
DE SILVIO
PELLICO

PQ4728
.A8
D3

P



1080013763

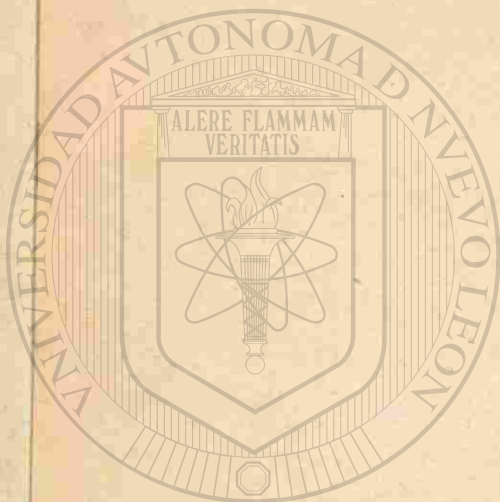


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MEMORIAS

DE

SILVIO PELLICO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS : IMPRENTA DE MOQUET Y COMP^{as}.

CALLE DE LA HARPE, N° 90.

MIS PRISIONES.

MEMORIAS

DE

SILVIO PELLICO,

TRADUCIDAS DEL ITALIANO

Y PRECEDIDAS DE UNA NOTICIA DEL AUTOR

Por D. A. S. G.

*Homo natus de muliere brevis est
Tempore repletur multis miseriis.*

Job.



LECOINTE, LIBRERIA ESPAÑOLA,

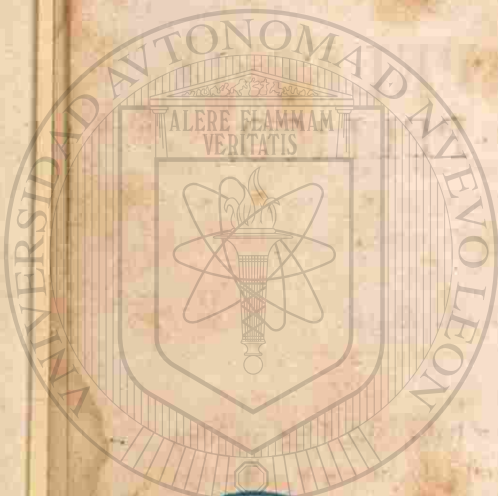
49, QUAI DES AUGUSTINS.

1855.

PQ4728

A8

D3



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

155841

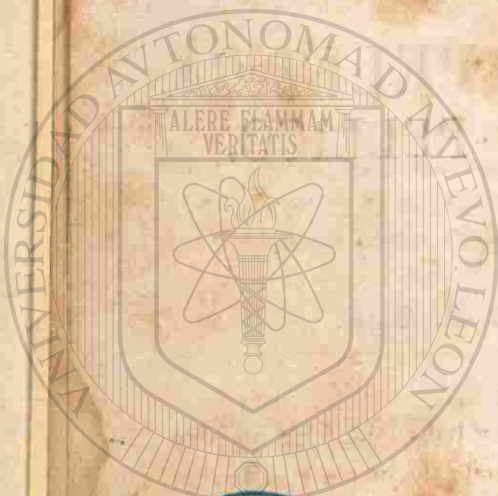
SILVIO PELLICO.

No ha mucho que en Italia salió á luz un libro de suma filosofía moral, de simple y evangélica poesía. Un hombre sepultado por espacio de diez años debajo de los *Plomos* de Venecia y en los calabozos de Espielberga ha referido sus dilatados sufrimientos y martirios sin despegar sus labios para quejarse de unos jueces que le han arrebatado tantos años de una vida llena ya de renombre. Todos los días se está viendo que un reo vuelto á respirar el aire y á disfrutar de libertad sacude el polvo de sus pies contra las paredes de la cárcel, y al pisar el suelo de su patria despidе un grito de

PQ4728

A8

D3



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

155841

SILVIO PELLICO.

No ha mucho que en Italia salió á luz un libro de suma filosofía moral, de simple y evangélica poesía. Un hombre sepultado por espacio de diez años debajo de los *Plomos* de Venecia y en los calabozos de Espielberga ha referido sus dilatados sufrimientos y martirios sin despegar sus labios para quejarse de unos jueces que le han arrebatado tantos años de una vida llena ya de renombre. Todos los días se está viendo que un reo vuelto á respirar el aire y á disfrutar de libertad sacude el polvo de sus pies contra las paredes de la cárcel, y al pisar el suelo de su patria despidе un grito de

venganza y maldicion : aquí por el contrario se ve á un preso que ha sabido emplear el infortunio en la educacion religiosa de su corazon , por manera que no ha encontrado en los dias de su reclusion sino palabras de consuelo para con sus semejantes , y puesto en libertad ruegos por sus carceleros. El poeta arrojado en cadenas como Boecio tenia mas que hacer , y ha hecho mejor que el filósofo , pues la tortura ya nada podia enseñar al ministro de Teodórico á quien la filosofía , la vejez y mayormente la historia de su tiempo habian debido hacerle bastante familiar con todos los caprichos de la fortuna ; el autor de *Le mie Prigioni* tenia que venir de mas lejos , pues se veia obligado á renunciar de improviso á las ilusiones de la juventud y de la gloria. En esta esperiencia de diez años por medio de la energía de una fe sincera ha reconquistado la serenidad de su alma , y colocado al corazon del hombre tan á la cumbre como le habian puesto los primeros mártires del cristianismo. Este confesor de Jesucristo y de la patria se llama Silvio Pellico.

Nació este por los años de 1789 en Saluzo , ciudad del Piamonte. Sus padres habian tenido antes de él otros dos hijos , Luis y Josefa ; Silvio no vino á luz solo , pues nació al par suyo una gemela á quien le fue puesto el nombre de Rosa ; mas adelante Francisco y Maria completaron la hermosa

prole de D. Onorato Pellico. La madre de Silvio era natural de Chambery , y la notoria fama del pueblo de Saboya no se desmintió con esta escelente señora , la cual crió á todos sus hijos , siendo su primera maestra en la enseñanza no solo de los primeros rudimentos de leer y escribir sino de los buenos principios y ejemplos mejores.

Silvio tuvo una infancia trabajosa , pues apenas salia de una enfermedad mortal , se formaba en su cuerpo el gérmen de otra nueva , y los médicos opinaban moriria á los siete años , cuyo periodo cumplido , y hallándole todavía con vida decian : » ha vencido el primer estadio setenal , mas no » vencerá el segundo ; morirá á los catorce años. » Estos llegaron , y Silvio vivia ; decretaron entonces que no iria mas que hasta los veintiuno. Por fortuna fue tambien falaz este tercer vaticinio ; mas no por eso dejó de pasar una adolescencia no menos enfermiza que la infancia. Sea lo que fuere , lo cierto es que veia la muerte no solo con indiferencia sino con placer , pues era el término de una pugna cruel y atroz , siendo por eso que llegado á edad madura decia : « el mas hermoso dia de mi vida » será aquel en que moriré. »

Entre tanto , en los intervalos de una y otra enfermedad , Silvio y Luis , que era su hermano mayor , estudiaban los principios elementales , teniendo por preceptor á un eclesiástico llamado

don Manivella, quien los educaba en casa y los preparaba á los exámenes que despues sufrían en las escuelas públicas para pasar de una clase á otra. Era asimismo parte de instruccion aprender de memoria varios trozos de comedias que recitaban en presencia de amigos, y que eran por la mayor parte composicion de D. Onorato, quien hacia buenos versos líricos en estilo moral.

¡Cuánto resplandor despidieron estas ráfagas! Pues Luis ha compuesto comedias de mérito, y Silvio es sin contradiccion ninguna el primer poeta dramático que existe hoy dia en Italia. Y ¿qué de extrañar es eso, cuando este último apenas tenia diez años cumplidos, y ya habia hecho una tragedia cuyo argumento era Osiano, y en este ensayo si no revelaba todavia el ingenio, se traslucia á lo menos el instinto poético.

En esta época se trasladó D. Onorato á Turin con toda su familia empleado por el gobierno en la administracion de correos, destino que ya ocupaba en Saluzo. Aquí Silvio continuaba á estudiar y á recitar piezas de teatro con su hermano y otros muchachos de ambos sexos, entre los cuales descubrió un corazon hácia el que se sentia atraído con mas vehemencia; amó á una jovencita de edad de catorce años llamada Carolina que de allí á poco murió, y de quien dice algo en estas memorias.

La gemela de Silvio era de una hermosura angelica, y siempre habia mostrado por ella el mayor cariño. Habiéndola pedido en matrimonio un primo de la señora Pellico, domiciliado en Leon, la acompañaron á Francia el hermano y la madre, y esta pasado algun tiempo regresó á su pais, mas él se quedó allí. Esta fue una de las mas felices épocas de su vida, pues segun dice el mismo en cierta parte de este libro, « todo cuanto puede servir de » encanto para un corazon deseoso de elegancia y » amor habia colmado de delicias el primer ardor de » mi juventud. » ¡ Si á lo menos hubiera sido siempre así ! Por desgracia un acontecimiento turbó el curso ordinario de sus pensamientos, costumbres y estudios del todo franceses.

En el año de 1806 salió á luz pública en Italia el famoso poema de los *Sepulcros* de Foscolo, y al instante su hermano Luis se lo envió, y al leerle Silvio se sintió vuelto italiano y poeta. No se puede pintar mejor el ardor de inventiva que se despertó en él á la lectura de este libro sino trasladando aquí las propias palabras de un escritor frances : « agitado y preocupado (hablando de Silvio) con lo » que acaba de leer, procura volver al trato de gentes, pero le siguen allá sus preocupaciones de » ánimo, pues buscando al parecer un acento desconocido en todos los labios, y creyendo leer los » *Sepulcros* en el título de todos los libros, se diria

» que acaba de reparar por la primera vez que
 » nuestra lengua tiene aspereza, y que nuestro cielo
 » carece de la pureza trasparente del horizonte ita-
 » liano; Italia se apodera de todas sus ideas y do-
 » mina á toda su alma. Cosa de extrañar es esta re-
 » pentina mudanza, y se le pregunta de dónde
 » dimanar aquella cavilacion no acostumbrada y esa
 » tristeza cuyo motivo se ignora; refiere entonces
 » con voz conmovida que del otro lado de los Alpes
 » hay un poeta cuyos versos dan el mal del pais.
 » Quiere conocerse á ese poeta, é inquirir su nom-
 » bre, y hasta se le apura para que traduzca algu-
 » nos versos suyos; abre entonces el jóven el libro
 » mágico, y en una prosa viva, ardiente y colorida
 » improvisa la traduccion de un trozo de aquel
 » poema, y comunica al alma de los que le oyen el
 » entusiasmo que á él le anima.»

Desde este momento todas sus tareas tomaron
 nuevo rumbo hasta el dia en que se puso en camino
 para regresar á su patria. Lo cual aconteció por los
 años de 1810 en que toda su familia estaba en Mil-
 lan; D. Onorato era empleado mayor en el ministe-
 rio de la guerra, y su hermano Luis secretario del
 gran canceller del reino de Italia, el marques Ca-
 prara di Bologna. Puede decirse que su hermana
 menor Mariquita principiaba á conocerle entonces
 (esa misma hermanita que cuando él estaba preso
 se retiró completamente del mundo encerrándose

en un claustro). Aquí empezó nueva vida para Sil-
 vio; fue profesor de lengua francesa en el colegio
 de los huérfanos militares cuyo ejercicio le ocupaba
 como una ó dos horas al dia, y lo restante podia
 dedicarlo en las creaciones del ingenio.

Milan en tiempo del reinado de Napoleon era
 verdaderamente el Atenas italiana, el emporio de
 cuanto habia en Italia de corazones generosos y su-
 blimes talentos, á cuya frente se collocaban dos
 famosos poetas (en el dia difuntos uno y otro) que
 eran Ugo Foscolo y Vincenzo Monti, y entrambos
 acogieron con igual benevolencia á Silvio, ofre-
 ciéndole su amistad y consejos. A la sazón compuso
 este una tragedia de argumento griego intitulada
 Laodicea.

Después (1812) habiendo salido á las tablas de un
 teatrillo de Milan una niña de unos doce ó catorce
 años de edad, por nombre Carlota Marchionni,
 que en adelante llegó á ser y es la primera cómica y
 trágica de Italia, intentó Silvio representar bajo la
 inspiracion que le despertaba aquella pálida y es-
 presiva fisonomía el amor de *Francesca* y *Paolo*
 que en el atropellado ímpetu del infierno del Dante
 viene á visitar melancólicamente los primeros años
 de todo jóven literato italiano. Silvio puso manos á
 la obra y dió á leer á Ugo lo que habia compuesto.
 Al dia siguiente este le respondió: « mira, echa al

» fuego tu *Francesca*; no saquemos del infierno los
» condenados del Dante, pues meterian miedo á los
» vivos, échala al fuego, y tráeme otra cosa.» Silvio
le llevó Laodicea. « ¡ Ah! esta es buena (dice Fos-
» colo), va adelante de este modo.» Silvio por esa
grande ley, digámoslo así, instintiva que hace co-
nocedor á todo artista de lo bello que produce
guardó la primera, y quemó (ó en prensa de otra
manera) la segunda. Y pasados algunos años, Car-
lota ya adulta y aplaudida como sublime en su arte
aparece en el teatro real de Milan; y la abandonada
Francesca que yacia empolvada en la carpeta del
autor vió la luz pública, fue representada por Mar-
chionni, repetida en Nápoles, en Firense y en todos
los teatros de Italia, y cada vez con mayor éxito.

A todo esto el gobierno de Napoleon habia venido
abajo; la familia de Silvio habia vuelto á Turin
donde D. Onorato fue llamado al mismo empleo
que tenia en Milan. Su hijo se quedó en esta última
ciudad, hospedado con todo miramiento de estima
y amor en casa del conde Briche en la que entró
para educar á un jovencito de bellas esperanzas
llamado Eduardo que le amó como á hijo suyo.
Después pasó á la de Porro para formar el corazón
é inteligencia de sus dos hijos Minimo y Julio de
quienes tanto se acuerda en sus *Prisiones*.

Esta última casa era la reunion de cuantos suge-
tos distinguidos en las ciencias y artes habia en el

pais y de cuantos ilustres estrangeros visitaban sin
cesar la península. Aquí vió sucesivamente el autor
de *Francesca da Rimini* á madama de Stael, By-
ron, Schlegel, Hobhouse, Dawis, Brougham,
Thorwaldsen y á otros infinitos. Allí se ocupaban
de sus comunes esperanzas varios italianos de nom-
bradía, cuales eran, el famoso Confalonieri, pri-
mer publicista de Italia, Lodovico de Breme, poeta
y prosista á la par, D. Pietro Borsieri de Faenza,
crítico ingenioso y poeta distinguido, etc., etc.

Silvio Pellico fascinado hacia tiempo de la pode-
rosa imaginacion de lord Byron habia traducido
Manfredo. Este último movido de tal obsequio tri-
butado por una risueña imaginacion del mediodía á
una obra lúgubre de la inspiracion setentrional
preguntó á su jóven admirador porqué habia tra-
ducido su drama en prosa. Pellico le respondió que
no creía se debian traducir los poetas en verso;
opinion contraria á la del autor de *Don Juan*, pues
habiéndole dado aquel á leer el manuscrito de *Fran-
cesca*, este al devolvérselo se lo presentó trasladado
en versos ingleses. ¡ Dichoso aquel que sea el pri-
mero en descubrir este precioso ensayo de tradue-
cion entre los papeles de lord Byron!

La tragedia y la traduccion de Manfredo que
acabamos de mencionar fueron impresas al mismo
tiempo y dadas á luz en una edicion que publicó
en 1819 Lodovico Breme. En el año siguiente que-

riendo Pellico publicar otra tragedia por título *Eufemio di Messina*, encontró en ello muchos obstáculos por parte de la censura, y mientras se debatía la cosa en Milan, los niños Porro que la estaban copiando, la daban al padre sin saberlo el maestro con el objeto de que la hiciese trasladar en otro estado. En efecto así sucedió, pues se obtuvo el permiso de su impresion con la condicion explicita de que no sería representada; lo cual no impidió, bien que despojada del prestigio de la escena, se reputase digna del renombre de su autor.

Ademas de estas dos publicaciones Silvio proyectó una grande empresa que le parecia acomodada para resolver el sublime problema de la regeneracion italiana por medio del pensamiento literario y científico. Esta empresa era dar á luz un diario con el título *Conciliador*; la propuso un dia en la reunion de literatos de mérito que acudian á casa del conde Porro, el cual estando siempre listo á favorecer las ideas generosas con ese desinterés de verdadero ciudadano que no se pregunta á sí mismo si debe entrar en participacion de los beneficios que prepara para lo sucesivo, acogió con júbilo el pensamiento de su jóven amigo, pues tantas escuelas fundadas á su costa, tantos inventos nuevos importados por él en Italia para provecho de la industria no habian agotado sus posibles: el *Conciliador* fue formado.

Parecia que cada ciudad celosa de asociarse á la obra del cantor de *Francesca da Rimini* quiso tener á porfía su representante en este congreso del pensamiento italiano, pues muy luego se vieron alistados bajo una comun bandera Romagnosi de Venecia, el mas célebre jurisconsulto de Italia, Melchior Gioja, el primer economista, Manzoni, el mas grande poeta y prosador, Grossi, que despues hizo *Ildegonda*, Berchet por último, autor de *Le Fantasia*.

Mas ¡ay! los redactores del *Conciliador*, que creyeron encontrar un apoyo en el gobierno para continuar publicando su periódico, se desengañaron muy pronto, pues todos los dias la censura rehusaba ó mutilaba los artículos que pasaban por sus manos, llegando esto á tal extremo que desesperados los autores de no tener con que llenar sus números dieron su demision y el diario cesó de publicarse. No siendo esto todo, por cuanto mas adelante á consecuencia de las proclamas del Austria contra las sociedades secretas los primeros arrestos efectuados recayeron en ellos. Porro no se retrajo sino por medio de la fuga de los tormentos de Espielberga, donde gime aun el desventurado Confalonieri, y donde para otros ha venido la muerte antes que la clemencia del emperador.

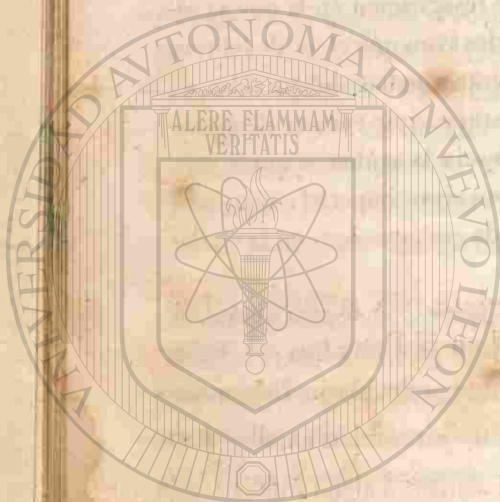
Silvio Pellico fue preso en esta ocasion, pues el gobierno austriaco que no había respetado el noble

carácter y la felicidad doméstica de Confalonieri, ni tampoco los cabellos blancos y la inmensa ciencia de Gioja, no debía detenerse ante la gloriosa juventud de Silvio. Pero antes que el fatal golpe viniese á descargar sobre él, y como para ayudarle á soportar el infortunio, la Providencia le deparó un amigo, un jóven de Forli, nacido con la doble inspiracion de la poesia y de la música, era Piero Maroncelli, preso el 7 de octubre seis dias antes que su compañero de cautiverio. No podemos pasar en silencio que á este último debemos la mayor parte de los hechos que se encuentran en la presente noticia.

En los primeros meses de su larga prision Silvio se dedicó enteramente á los cuidados de su proceso; mas en seguida llamado á Venecia ante una comision especial procuró escapar á las preocupaciones de la cárcel usando de su derecho de poeta y refugiándose gloriosamente en el santuario inviolable del arte. En verdad es siempre bella cosa para un poeta encarcelado el fechar una obra desde las paredes de su prision, mas cuando esta prision es en Venecia y debajo de los *Plomos*, cuando esta obra va sellada con cuanto el ingenio bíblico tiene de mas tierno y sublime, se pregunta uno entonces con asombro mezclado de respeto qué cosa se debe admirar mas, si la obra ó la serenidad del poeta. Sea como fuere, desde el mes de mayo del año

de 1827 habia concluido *Iginia d'Asti*, y en el siguiente mes daba la última mano á *Ester d'Engaddi*; despues trabajaba en cuatro composiciones épicas cuyos argumentos estan tomados en la Edad media. Sin embargo, Silvio no se alucinaba con lisonjeras ideas, y fue con dulce resignación en la que se estaba ejercitando hacia dos años que el 22 de febrero de 1822 atravesó por entremedias de dos filas de bayonetas austriacas para ir á oir encima de un tablado en la plaza de Venecia la sentencia que le condenaba á muerte; un rescripto imperial conmutaba la pena en quince años de *carcere duro* en la ciudadela de Espielberga.

Silvio Pellico partió pues... A él toca ahora, á él solo referir su vida en esta fortaleza: se halla escrita hora por hora en este libro. Dejémosle hablar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿He escrito por ventura estas memorias por vanidad de que hablen de mí? Deseo que así no sea, y en cuanto puede uno constituirse juez de sí mismo, creo haber tenido mejores miras en ello; á saber, la de contribuir á alentar á algun infeliz con la esposicion de los males que he padecido y de los consuelos que he experimentado se pueden alcanzar en las sumas desgracias; la de atestiguar que en medio de mis largos tormentos no he encontrado en ninguna parte la humanidad tan inieua, tan indigna de indulgencia, y tan escasa de escelentes almas, cual la suelen representar; la de incitar á los corazones nobles á amar mucho, á no odiar á ningun

mortal, y sí á aborrecer irreconciliablemente el vil engaño, la pusilanimidad, la perfidia y todo abatimiento moral; la de repetir en fin una verdad ya muy notoria, aunque á menudo olvidada, y es que la religion y la filosofía mandan una y otra enérgica voluntad y juicio moderado; y sin estas condiciones reunidas ni hay justicia, ni dignidad ni principios seguros.

MIS PRISIONES.

I.

El viernes 13 de octubre de 1820 fuí preso en Milan, y conducido á Santa Margarita: eran las tres de la tarde. Me hicieron un largo interrogatorio en ese día y los otros siguientes; nada diré de ello, cual amante maltratado por su prenda querida, y resuelto á ponerle mal semblante con dignidad, dejo la política donde ella está, y hablo de otra cosa.

A las nueve de la noche de este aciago viernes el alguacil me entregó al alcaide, y este me condujo al cuarto que me estaba destinado; me invitó políticamente á darle el reloj, el dinero y cuanto tenía en mis bolsillos para devolvérmelo á su debido tiempo, y me deseo respetuosamente las buenas noches.

— Deteneos, hombre, le dije; hoy no he comido; mandadme traer alguna cosa.

— Al instante, la fonda está al lado, y vos vereis; qué buen vino!

mortal, y sí á aborrecer irreconciliablemente el vil engaño, la pusilanimidad, la perfidia y todo abatimiento moral; la de repetir en fin una verdad ya muy notoria, aunque á menudo olvidada, y es que la religion y la filosofía mandan una y otra enérgica voluntad y juicio moderado; y sin estas condiciones reunidas ni hay justicia, ni dignidad ni principios seguros.

MIS PRISIONES.

I.

El viernes 13 de octubre de 1820 fuí preso en Milan, y conducido á Santa Margarita: eran las tres de la tarde. Me hicieron un largo interrogatorio en ese día y los otros siguientes; nada diré de ello, cual amante maltratado por su prenda querida, y resuelto á ponerle mal semblante con dignidad, dejo la política donde ella está, y hablo de otra cosa.

A las nueve de la noche de este aciago viernes el alguacil me entregó al alcaide, y este me condujo al cuarto que me estaba destinado; me invitó políticamente á darle el reloj, el dinero y cuanto tenía en mis bolsillos para devolvérmelo á su debido tiempo, y me deseo respetuosamente las buenas noches.

— Deteneos, hombre, le dije; hoy no he comido; mandadme traer alguna cosa.

— Al instante, la fonda está al lado, y vos vereis; qué buen vino!

— Vino, no lo bebo.

— A esta respuesta el señor Angiolino me miró atónito, creyendo yo chanceaba, pues los carceleros que tienen taberna miran con horror al preso que no bebe vino.

— De veras, no lo bebo.

— Lo siento por vos; sufrireis al doble la soledad...

Y viendo que yo no mudaba de resolución, salió y en menos de media hora tuve la comida. No fue mucho lo que comí, bebí un vaso de agua, y me quedé solo.

El cuarto estaba en piso bajo, y caía al patio: había prisiones á derecha, izquierda, enfrente y encima. Me apoyé en la ventana, y estuve algun tiempo escuchando las idas y venidas de los carceleros, y el frenético canto de algunos de los reclusos.

Reflexionaba: hace un siglo, esto era un monasterio, ¿las santas y penitentes vírgenes que le habítaban se hubieran imaginado jamas que en sus celdas resonarian hoy, no ya mugeriles sollozos é himnos piadosos, sino blasfemias y cantos irreverentes, y que contendrian toda clase de hombres destinados los mas á presidio ó á la horca? Y dentro de un siglo ¿quién respirará en estas celdas? ¿O rapidez del tiempo! ¿o inconstancia perpetua de las cosas! ¿Puede afligirse quien os considera, cesando la fortuna de serle propicia, si se ve sepultado en prision, si le amenaza el patíbulo? Ayer yo era uno de los

hombres mas felices del universo, y hoy carezco de las dulzuras que hacian mi dicha; ¿no mas libertad, no mas compañía de amigos, y no mas esperanzas! No, el hacerse ilusion seria frenesí. No saldré de aquí sino para ser arrojado en los mas horribles calabozos, ó entregado al verdugo. Pues bien, el dia siguiente de mi muerte será como si hubiese espirado en un palacio, y llevado á la sepultura con los mayores honores.

Con estas reflexiones sobre la velocidad del tiempo cobraba ánimo, pero me acordaba de mi padre, madre, dos hermanos, dos hermanas, y de otra familia que amaba como si fuese la mia, y los razonamientos filosóficos ya de nada valian; me enternecí y lloré como un chiquillo.

II.

Tres meses antes habia ido á Turin, y vuelto á ver, despues de varios años de separacion, á mis queridos padres, á uno de mis hermanos, y á mis dos hermanas. Toda nuestra familia siempre se habia querido mucho. Ningun hijo habia sido colmado mas que yo de los beneficios de su padre y madre. ¡Oh! ¿qué emocion experimentaba yo al volver á ver á estos venerables ancianos, encontrándolos nota-

blemente mas agoviados con la edad que lo que me habia figurado! ; Cuánto hubiera querido no abandonarlos mas, consagrándome á sobrellevar con mis tiernos cuidados su cansada vejez! ; Cuán sensible me fue en los pocos dias que estuve en Turin tener que cumplir varios deberes que me llevaban fuera del techo paterno, y dedicar tan poca parte de mi tiempo en mis amados padres! Mi pobre madre decia con triste amargura: « ah, nuestro Silvio no ha venido á Turin por vernos! » En la mañana que partí para Milan, la separacion fue dolorosísima. Mi padre entró conmigo en el coche, y me acompañó por espacio de una milla, despues se volvió solo. Yo echaba la cara atras para verle, lloraba, besaba un anillo que me habia dado mi madre, y nunca me habia visto tan angustiado de alejarme de mi familia. No crédulo en presentimientos, me admiraba no poder vencer mi dolor, y estaba forzado á decir con espanto: « ¿de dónde me viene esta extraordinaria inquietud? » Me parecia prever algun grande infortunio.

Ahora en la cárcel me recordaba aquel espanto y congoja, me venian á la memoria todas las palabras que tres meses antes oía decir á mis padres. Aquel lamento de mi madre « ; ah, nuestro Silvio no ha venido á Turin por vernos! » me despedazaba el corazon. Me echaba en cara el no haberme mostrado mil veces mas tierno con ellos; ; amarlos tanto! y

habérselo dicho tan débilmente; ; no volverlos á ver mas! y satisfacerme tan poco de la dicha de contemplar sus queridas facciones, y ser tan avaro en darles pruebas de mi amor. Estos pensamientos me traspasaban el alma.

Corré la ventana, me estuve paseando una hora en la persuasion en que estaba de no poder sosegar en toda la noche, me acosté y la fatiga me adormeció.

III.

Horrenda cosa es despertarse la primera noche en prision. ; Es posible! (decia acordándome donde estaba) ; es posible! ¿Yo aquí? ; no es esto un sueño? ¿ayer pues me prendieron? ¿ayer me hicieron ese largo interrogatorio que mañana, y quién sabe hasta cuándo deberá continuarse? ¿ayer noche antes de quedarme dormido lloré tanto pensando en mis padres?

El sosiego, el perfecto silencio, y el corto sueño que habia reparado las fuerzas de mi entendimiento, me parecia centuplicar en mí el peso del dolor. En esta ausencia total de distraccion, la desesperacion de todos los míos y en particular de mi padre y madre, al saber mi arresto, se representaba á mi imaginacion con una fuerza increíble. En este instante, decia yo, ó duermen todavía tranquilos, ó velan

pensando acaso en mí con dulzura, y no presagian el lugar en que estoy. ¡Felices ellos, si Dios los arrebatase de este mundo antes que llegue la noticia de mi desgracia á Turín! ¿Quién les dará la fuerza de soportar este golpe fatal? Una voz interior parecía responderme: Aquel á quien todos los afligidos invocan, aman y sienten en ellos mismos, Aquel que daba fuerzas á una madre para seguir á su hijo al Gólgota, y estar al pie de su cruz, el amigo de los desvalidos, el amigo de los hombres.

Este fue el primer momento que triunfó la religion de mi corazón, y soy deudor de este beneficio al amor filial. Antes de este día sin ser hostil á la religion, la habia seguido poco y mal, pues las vulgares objeciones con que la suelen impugnar, no me parecían cosa mayor, y no obstante mil sofísticas dudas debilitaban mi fe. Hacia ya tiempo que estas dudas no recaían sobre la existencia de Dios, y me repetía sin cesar que si Dios existe, una consecuencia necesaria de su justicia es otra vida para el hombre que ha sufrido en este mundo tan injusto, proviniendo de ahí la suma necesidad de aspirar á los bienes de esta segunda vida, y de ahí tambien el culto de amor de Dios y del prójimo, y un continuo aspirar á ennoblecerse con generosos sacrificios. Hacia ya tiempo me decia todo esto, y añadía: ¿qué otra cosa es el cristianismo sino este continuo aspirar á ennoblecerse? Me maravillaba como el cris-

tianismo, manifestándose en su esencia tan puro, filosófico é incontrastable, habia podido llegar una época en que la filosofía se atreviese á decir: « desde ahora en adelante yo haré sus veces. » Y ¿de qué modo haras tú sus veces? ¿Enseñando el vicio? No por cierto: ¿la virtud? Pues bien; será amor de Dios y del prójimo, será lo que cabalmente enseña el cristianismo.

Aunque yo raciocinaba así varios años hacia, evitaba no obstante concluir: seas pues consecuente, seas cristiano: no te escandalizes ya de los abusos, no malicies sobre algun punto árduo de la doctrina de la iglesia, puesto que el punto principal y mas claro es el siguiente: ama á Dios y al prójimo. En prision deliberé finalmente el sacar esta conclusion, y la saqué: anduve vacilante un momento pensando que si alguno venia á saber que era yo mas religioso que antes se creeria autorizado á juzgarme hipócrita, y envilecido con la adversidad, pero conociendo que yo ni era una cosa ni otra, no hice caso de las posibles reconvenciones no merecidas, y me mantuve firme en la voluntad de ser y de declararme cristiano en lo sucesivo.

IV.

Permanecí fijo en esta resolucion mas adelante, pero comencé á recapacitarla, y casi á quererla en

esta primera noche de encarceracion. Por la mañana se habian apaciguado mis estravíos, lo que me sorprendia sobremanera : pensaba otra vez en mis padres y demas personas afectas, y no desesperaba ya de su fuerza de ánimo, sirviéndome de consuelo la memoria de los virtuosos sentimientos que en otras ocasiones habia conocido en ellos. ¿Porqué antes tanta perturbacion en mí representándome la suya, y ahora tanta confianza en su ánimo esforzado? ¿Era este feliz cambio un prodigio? ¿Era un natural efecto de mi creencia en Dios nuevamente avivada? — Y ¿qué importa llamar prodigios ó no á los reales y sublimes beneficios de la religion?

A media noche, dos *secondini* (asi se llaman los carceleros subalternos del alcaide) habian venido á hacer la requisa, y me habian encontrado de pésimo humor; volvieron al alba, y me hallaron sereno con el ánimo alegre.

— La noche pasada, me dijo Tirola, teniais vos una cara de basilisco, ahora sois muy otro, y me alegro, señal de que no sois (perdonad la expresion) un bribon, porque los bribonazos (soy viejo en el oficio, y mis observaciones tienen algun fundamento), los bribonazos, repito, estan mas rabiosos en el segundo dia de su arresto que en el primero. ¿Tomais vos tabaco? — No, no suelo tomarlo, pero no quiero despreciar vuestro

favor. En cuanto á vuestra observacion, dispensadme, no me parece bien fundada : si esta mañana no tengo ya cara de basilisco, ¿no podrá ser esta mudanza una prueba de insensatez, ó de facilidad á hacerme ilusion y á soñar próxima mi libertad?

— No lo dudaria, si vos estuviéis preso por otros motivos, pero hoy dia por negocios de Estado no es creible que la cosa concluya asi de la noche á la mañana; ni vos sois tan bobo para imaginároslo. Perdonad la libertad : ¿quereis vos otro polvo?

— Dádmelo : no sé cómo se puede tener una cara tan alegre como teneis viviendo siempre entre desgraciados.

— Acaso vos creereis que me son indiferentes los males ajenos : si he de decir verdad, no lo sé positivamente, mas os aseguro que no pocas veces el ver llerar me hace mal, y á veces finjo estar alegre para que los cuitados presos lo esten tambien.

— Buen hombre, me ocurre una idea que nunca se me ha pasado por la imaginacion, y es que se puede hacer el oficio de carcelero, y ser de buena pasta.

— Caballero, el oficio no hace nada : al otro lado de aquel arco que allí veis pasado el patio, hay otras prisiones destinadas á las mugeres. Son. . . no está en el orden decirlo. . . mugeres de mala

vida; y bien, señor, hay algunas que son ángeles en cuanto al corazon, y si vos fueseis *secondino*. . .

¿ Yo? (y me eché á reir).

Tirola se quedó desconcertado con mirisá, y no prosiguió; tal vez queria decir que si yo fuese *secondino*, me hubiera sido dificultoso no apasionarme por alguna de esas desgraciadas. Preguntóme qué queria almorzar; se salió, y algunos minutos despues me trajo el café. Le miraba fijamente á la cara con una sonrisa maliciosa que queria decir: « ¿ Serás tú capaz de llevar una esquelita mia á otro infeliz, á mi amigo Piero? » Y él me respondió con otra que queria decir: « no, señor; y si os dirigís á alguno de mis compañeros, el que os diga que sí podeis estar persuadido que no cumplirá su palabra. » No estoy verdaderamente seguro si me comprendió, ni si yo le comprendí; lo cierto es que estuve diez veces á punto de pedirle un pedazo de papel y un lapiz, y no me atreví, porque veía un no sé qué en sus ojos que parecia advertirme no fiarme en ninguno, y menos en otros que en él.

V.

Si Tirola con su espresion de bondad no hubiese echado tambien algunas miradas traicioneras, si hubiese tenido una fisonomía mas noble, hu-

biera cedido yo á la tentacion de hacerle mi embajador, y quizás una carta mia llegada á tiempo á mi amigo le hubiera dado el medio de reparar alguna equivocacion, y tal vez esto salvaba, no á él ¡ pobrecito, que ya sobrado descubierto estaba! sino á otros varios y á mí. ¡ Paciencia! las cosas debian ir asi.

Fuí llamado á la continuacion del interrogatorio el cual duró todo el dia y otros varios, sin mas intervalo que el de las comidas. Mientras no se concluyó el proceso, se me pasaban los dias rápidamente, pues era tal mi ejercicio intelectual en las interminables respuestas á tanta variedad de preguntas que necesitaba emplear las horas de la comida y de la noche en reflexionar cuanto me habia sido preguntado, y yo habia respondido, y todas las cosas sobre que probablemente me interrogarian todavia.

Al fin de la primera semana tuve un gran disgusto: mi pobre Piero, deseoso, como yo, de entablar una comunicacion entre nosotros, me mandó una carta y se valió para ello no de alguno de los *secondini*, sino de un desgraciado preso que venia con ellos para el servicio de nuestros cuartos; era un hombre de unos sesenta á setenta años, condenado á no sé cuántos meses de detencion. Con un alfiler que yo tenia me pinché en un dedo, y escribí con mi sangre unos cuantos renglones de

respuesta que entregué al mensajero, el cual tuvo la desgracia de ser atibado, registrado, cogido con la carta que llevaba, y si no me engaño, baqueteado, pues oí grandes gritos que me parecieron los del pobre anciano, y desde entonces no le volví á ver mas.

llamado al proceso, me estremecí al ver me presentaban mi cartita garabateada con sangre (la cual, gracias á Dios, no hablaba de cosas prohibidas, y solo si tenia trazas de un simple escrito de cumplidos). Preguntáronme con qué me habia hecho sangre, me quitaron el alfiler, y se rieron de habernos pillado. ¡Ah, yo no me rei! no podía olvidar al viejo mensajero, hubiera sufrido con gusto cualquier castigo, con tal que le perdonasen, y cuando llegaron á mis oidos aquellos gritos que sospeché eran suyos, mi corazon se anegó en lágrimas.

En vano pregunté varias veces por él al alcaide y subalternos; meneaban la cabeza y decian: «la ha pagado cara ese — no lo volverá á hacer mas — goza de algun mas reposo.» No querian entrar en mas esplicaciones, ¿Daban á entender con eso la estrecha prision en que estaba detenido este infeliz, ó hablaban así, porque habia muerto en el acto mismo de las baquetas ó á consecuencia de ellas? Un dia me pareció columbrarle al otro lado del patio, debajo del zaguan, con un haz de leña al hombro; me palpitó el corazon, como si hubiese visto á un hermano.

VI.

Cuando dejé de ser martirizado con el interrogatorio, y no tenia nada en que emplear el dia, entonces sentí amargamente el peso de la soledad. Me permitian, sí, tener una Biblia y el Dante; el alcaide habia puesto tambien á mi disposicion su librería, compuesta de algunas novelas de Seuderi, del Piazzí y otras peores, pero mi espíritu estaba demasiado agitado para poderse aplicar á cualquiera lectura que fuese. Cada dia aprendia de memoria un canto del Dante, y este ejercicio era tan maquinal que lo hacia pensando menos en los versos que en mis cosas. Lo mismo me sucedia leyendo cualquiera otra obra escepto á veces algun pasage de la Biblia. Este divino libro de que siempre habia gustado mucho, aun cuando me creia incrédulo, le estudiaba ahora con mayor respeto que nunca, con la diferencia de que á pesar de mi buena voluntad me sucedia frecuentísimamente leerle con la imaginacion en otra parte y no le comprendia. Poco á poco me fui poniendo en estado de meditarlo mas profundamente, y encontrarlo mejor.

Esta lectura no me dió nunca la menor propension á la hipocresía, esto es, á esa devocion mal entendida que hace pusilánime y fanático, y me ense-

ñaba por la inversa á amar á Dios y á los hombres, á desear siempre mas el reino de la justicia, y á aborrecer la iniquidad, perdonando á los inicuos. El cristianismo, en vez de destruir en mí cuanto bueno habia podido hacer la filosofía, le confirmaba y valoraba con razones mas elevadas y poderosas. Asi que habiendo leído un dia que es necesario orar sin cesar, y que la verdadera oracion no consiste en barullar muchas palabras á manera de los paganos, sino en adorar á Dios con simplicidad, ya en palabras, ya en obras, y en hacer que ambas sean el cumplimiento de su santa voluntad, me propuse empujar de veras esta incesante plegaria, á saber, no permitirme siquiera un pensamiento que no estuviese animado del deseo de conformarme á los decretos de Dios. Las oraciones que solia recitar fueron siempre pocas, no por menosprecio (las creo al contrario muy provechosas, cual mas, cual menos, para fijar la atencion en el culto), sino porque no me juzgo capaz de decir muchas sin distraerme, y poner en olvido la idea de este último.

La aplicacion de estar de continuo en presencia de Dios, en vez de ser un esfuerzo fatigoso de la mente, y un motivo de temor, era para mí cosa muy grata, pues como no olvidaba que Dios está siempre á nuestro lado, que está en nosotros, ó mas bien que nosotros estamos en él, la soledad iba perdiendo cada dia mas su horror para conmigo. « ¿No estoy

en muy buena compañía? » me decia á mí mismo; y esto me serenaba, y me colmaba de placer y ternura.

— Ahora bien ¿no hubiera podido sobrevenirme una calentura, y llevarme al sepulcro? Todos á cuantos amo, que se hubieran abandonado al dolor, perdiéndome, hubieran podido recobrar insensiblemente la fuerza de resignarse á mi pérdida. En vez de una tumba me devora una cárcel; ¿deho creer por eso que Dios no les suministrará igual fuerza?

Mi corazon hacia los mas fervorosos ruegos por ellos, acompañados á veces de algunas lágrimas, pero las lágrimas mismas estaban mezcladas de dulzura. Tenia plena confianza en que Dios los sostenia á ellos y á mí, y no me he equivocado.

VII.

El vivir libre es mucho mas bello que el vivir en prision; ¿quién lo duda? no obstante, aun en las miserias de una cárcel, cuando se piensa que Dios está presente, que los goces del mundo son pasajeros, que el verdadero bien consiste en la conciencia, y no en los objetos exteriores, se puede vivir con placer. En menos de un mes habia tomado mi partido, no diré perfectamente, sino de un modo tolerable. Ví que no queriendo cometer la indigna

accion de comprar la impunidad con la ruina de los demas, mi suerte no podia ser sino el cadalso ó una dilatada prision: era necesario adaptarse á ello. Respiraré mientras me dejen aliento, dije, y cuando me lo quiten, haré como todos los enfermos llegados al postrer momento, moriré.

Procuraba no lamentarme de nada y dar á mi alma todos los goces posibles; el mas ordinario era la enumeracion de los bienes que habian embellecido mis dias: un excelente padre, una madre excelente, hermanos y hermanas buenos, tales amigos, una buena educacion, el amor de las letras, etc. ¿Quién mas que yo habia sido dotado de felicidad? ¿Porqué no dar gracias á Dios, aunque ahora esté mitigada con el infortunio? Algunas veces, haciendo esta enumeracion, me enternecia y lloraba un instante, pero volvian el ánimo y la alegría.

Desde los primeros dias habia adquirido un amigo: ni era el alcaide, ni ninguno de los *secondini*, ni ninguno de los instructores de mi proceso; hablo no obstante de una criatura humana. ¿Quién era pues? un niño, sordo y mudo, de cinco ó seis años; el padre y la madre eran ladrones, y la ley los habia castigado, por lo que la justicia cuidaba del pobre huermanito, como tambien de otros varios: habitaban todos un cuarto enfrente del mio, y á ciertas horas les permitian salir á respirar aire en el patio.

El sordo-mudo venia debajo de mi ventana, se sonreia conmigo y hacia mil gestos; le tiraba un buen zoquete de pan, le tomaba dando un brinco de alegría, corria á encontrar á sus compañeros, le daba á todos, y venia en seguida á comer su porcioncita junto á mí, espresando su reconocimiento con sus hermosos ojos. Los otros niños me miraban de lejos, sin atreverse á acercarse: el sordo-mudo tenia una gran simpatía por mí, y no era por razon de interes, pues algunas veces no sabia él qué hacer del pan que yo le echaba, y me hacia señas que él y sus compañeros habian comido bien, y no necesitaban de mas alimento, y si veia venir algun *secondino* á mi cuarto, le daba el pan para que me lo devolviese. Asi es que no esperando entonces nada de mí, continuaba á jugar delante de mi ventana con mucha gracia, contento de que yo le viese. Una vez un *secondino* le permitió entrar en mi prision, al instante corre á abrazarme las piernas, dando un grito de alegría; le estreché en mis brazos, y es indecible el trasporte con que me colmaba de caricias; ¡cuánto amor en esa pequeña alma! ¡cuánto hubiera querido poderle educar, y sacarle del misero estado en que se hallaba!

Nunca supe su nombre; él mismo no sabia si tenia uno. Siempre estaba alegre, y jamas le ví llorar sino una vez que le pegó el carcelero, no sé porqué.

¡Cosa estraña! el vivir en semejantes lugares parece el colmo del infortunio, y con todo eso tenia este niño ciertamente tanta felicidad como puede desear á esta edad el hijo de un príncipe. Hacia yo esta reflexion, y aprendia que el humor puede hacerse independiente de los lugares. Gobernemos la imaginacion, y casi por todas partes estaremos bien. Un dia pasa pronto, y cuando por la noche uno se mete en la cama sin hambre ni agudos dolores, ¿qué importa que el lecho esté entre paredes que se llaman cárcel, ó entre paredes que se llaman casa ó palacio? ¡Escelente razonamiento! pero ¿cómo se hace para gobernar la imaginacion? me ensayaba en ello, y me parecia por momentos lograrlo perfectamente, pero otras veces triunfaba aquella en verdadera tirana, y yo despechado me asombraba de mi debilidad.

VIII.

En medio de mi desgracia soy afortunado, decia yo, que me hayan dado una prision en piso bajo, hácia un patio donde á cuatro pasos de mí viene ese querido angelito con quien tengo gusto de hablar por señas. ¡Admirable inteligencia humana! ¡Cuántas cosas nos deciamos él y yo solo con la espresion de nuestras miradas y fisonomía! ¿cómo compone

sus movimientos con gracia, cuando me rio con él! ¿cómo los corrige al ver que me desagradan! ¿cómo conoce que le amo, cuando acaricia ó regala á alguno de sus compañeros! Nadie en el mundo se lo imagina, y con todo estando en mi ventana puedo ser una especie de preceptor para esta pobre criatura. A fuerza de repetir el mutuo ejercicio de señas perfeccionaremos la comunicacion de nuestras ideas. Cuanto mas conozca la educacion que recibe conmigo, tanto mas afecto me tendrá. Yo seré para él el genio de la razon y de la bondad; él aprenderá á hacerme confidente de sus dolores, placeres y deseos, y yo á consolarlo, formar su corazon y dirigir toda su conducta. ¿Quién sabe, si teniéndose indecisa mi suerte de mes en mes, me dejarán envejecer aquí? ¿quién sabe si este niño no crecerá delante de mis ojos para ser empleado mas adelante en algun servicio de esta casa? Con tanta disposicion como manifiesta ¿qué podrá ser? ¡ay de mí! nada de mas que un esclento *secondino* ú otra cualquier cosa semejante. Sea lo que fuere; no habré hecho una buena obra, si he contribuido á inspirarle el deseo de agradar á las gentes honradas y á sí mismo, y á darle el hábito de los buenos sentimientos?

Este soliloquio era muy natural. Siempre he tenido mucha inclinacion por los niños, y el empleo de preceptor me parecia sublime: le habia ejercido

algunos años con Santiago y Julio Porro, jóvenes de bellas esperanzas á los que amaba como hijos míos, y como tales amaré siempre. ¡Dios sabe cuántas veces en la cárcel pensé en ellos! ¡cuánto me afigió no poder completar su educacion! ¡con cuánto ardor pedí al cielo de darles un nuevo maestro que me igualase en amor por ellos!

Algunas veces esclamaba entre mí mismo: ¡qué tosca parodia es esta! en vez de Santiago y Julio, niños adornados de los mas brillantes dones que la naturaleza y la fortuna pueden dar, me cabe en suerte por discípulo un pobrecito, sordo, mudo, trapajoso, hijo de un ladron.... que á lo mas vendrá á ser *secondino*, el que en término algo menos culto se dirá esbirro.

Estas reflexiones me confundian, y me desalentaban. Mas apenas oia el grito penetrante del mudito, se me movia la sangre como á un padre que oye la voz de su hijo, y este grito y su vista disipaban en mí toda idea de baja por parte suya: ¿Qué culpa pues tiene él si está andrajoso y defectuoso, y es de casta de ladrones? Un alma humana en la edad de la inocencia es siempre respetable. Así decia yo; y cada dia le miraba con mas amor, pareciéndome que crecia en inteligencia, y me afirmaba mas y mas en la dulce idea de aplicarme á ennoblecer su alma; y fantaseando sobre todas las posibilidades, pensaba que quizá un dia, salido yo de prision,

encontraria medio de colocar á este niño en una escuela de sordos-mudos, y de abrirle así el camino á un porvenir mas bello que el ser esbirro.

Mientras me ocupaba tan agradablemente del bien suyo, dos *secondini* vinieron un dia á buscarme.

— Señor, se trata de cambiar de alojamiento.

— ¿Qué quereis decir con eso?

— Tenemos orden de trasladaros á otro cuarto.

— ¿Porqué?

Han preso otro pájaro gordo, y este siendo el mejor cuarto.... ya os podeis hacer cargo....

— Ya entiendo: esta es la primera parada de los recién llegados.

Y me llevaron á la parte opuesta del patio, mas ¡triste de mí! ya no en piso bajo, ya no en un sitio en que pudiese conversar con el mudito. Al pasar por el patio ví á este querido niño sentado en el suelo, atónito, triste: comprendió que me iba á perder; en un momento se levantó y me salió al encuentro, los *secondini* querian alejarle, le coji en mis brazos, y asqueroso como estaba, le besé una y mil veces con la mayor ternura, y me separé de él.... ¿lo diré? con los ojos bañados en lágrimas.

IX.

¡Pobre corazon mio! tú amas con tanta facilidad y ardor, y á ¡cuántas separaciones has estado ya

algunos años con Santiago y Julio Porro, jóvenes de bellas esperanzas á los que amaba como hijos míos, y como tales amaré siempre. ¡Dios sabe cuántas veces en la cárcel pensé en ellos! ¡cuánto me afigió no poder completar su educacion! ¡con cuánto ardor pedí al cielo de darles un nuevo maestro que me igualase en amor por ellos!

Algunas veces esclamaba entre mí mismo: ¡qué tosca parodia es esta! en vez de Santiago y Julio, niños adornados de los mas brillantes dones que la naturaleza y la fortuna pueden dar, me cabe en suerte por discípulo un pobrecito, sordo, mudo, trapajoso, hijo de un ladron.... que á lo mas vendrá á ser *secondino*, el que en término algo menos culto se dirá esbirro.

Estas reflexiones me confundian, y me desalentaban. Mas apenas oia el grito penetrante del mudito, se me movia la sangre como á un padre que oye la voz de su hijo, y este grito y su vista disipaban en mí toda idea de baja por parte suya: ¿Qué culpa pues tiene él si está andrajoso y defectuoso, y es de casta de ladrones? Un alma humana en la edad de la inocencia es siempre respetable. Así decia yo; y cada dia le miraba con mas amor, pareciéndome que crecia en inteligencia, y me afirmaba mas y mas en la dulce idea de aplicarme á ennoblecer su alma; y fantaseando sobre todas las posibilidades, pensaba que quizá un dia, salido yo de prision,

encontraria medio de colocar á este niño en una escuela de sordos-mudos, y de abrirle así el camino á un porvenir mas bello que el ser esbirro.

Mientras me ocupaba tan agradablemente del bien suyo, dos *secondini* vinieron un dia á buscarme.

— Señor, se trata de cambiar de alojamiento.

— ¿Qué quereis decir con eso?

— Tenemos orden de trasladaros á otro cuarto.

— ¿Porqué?

Han preso otro pájaro gordo, y este siendo el mejor cuarto.... ya os podeis hacer cargo....

— Ya entiendo: esta es la primera parada de los recién llegados.

Y me llevaron á la parte opuesta del patio, mas ¡triste de mí! ya no en piso bajo, ya no en un sitio en que pudiese conversar con el mudito. Al pasar por el patio ví á este querido niño sentado en el suelo, atónito, triste: comprendió que me iba á perder; en un momento se levantó y me salió al encuentro, los *secondini* querian alejarle, le coji en mis brazos, y asqueroso como estaba, le besé una y mil veces con la mayor ternura, y me separé de él.... ¿lo diré? con los ojos bañados en lágrimas.

IX.

¡Pobre corazon mio! tú amas con tanta facilidad y ardor, y á ¡cuántas separaciones has estado ya

condenado! Esta no fue por cierto la menos dolorosa, y la sentí tanto mas cuanto mi nuevo alojamiento era tristísimo: un mal cuarto, oscuro, sucio, con ventana que tenia en vez de cristales papeles, con paredes tiznadas, llenas de obscenas pinturas que no me atrevo á decir con qué estaban hechas, y en los sitios no pintados habia inscripciones: unas eran simplemente el nombre, apellido y patria de algun infeliz con la fecha del dia funesto de su prision, otras añadian exclamaciones contra falsos amigos, contra sí mismo, contra una muger, contra el juez, etc., otras indicaban la historia sucinta de la vida de algun individuo, otras en fin contenian sentencias morales, como estas palabras de Pascal: « aquellos que impugnan la religion, sepan á lo » menos lo que ella es antes de impugnarla. Si esta » religion se alabase de tener un conocimiento » claro de Dios, y de poseerle al descubierto y sin » velo, seria combatirla el decir que *nada se ve en » el mundo que le demuestre con esa evidencia;* » mas puesto que dice al contrario que los hombres » estan en las tinieblas y lejanos de Dios, el cual se » ha ocultado al conocimiento de ellos, siendo este » mismo nombre el que se le da en las Escrituras, » *Deus absconditus*.... ¿ qué ventaja pueden sacar » luego que en la negligencia que ponen en buscar » la verdad, claman que en nada les está demos- » trada? »

Mas abajo estaba escrito (palabras del mismo autor): « no se trata aquí del leve interes de alguna » persona estraña, se trata de nosotros mismos y » de nuestro todo. La inmortalidad del alma es cosa » que tanto importa y que nos incumbe tan profun- » damente que seria necesario haber perdido todo » sentido para estar en la indiferencia de saber lo que es. »

Otro escrito decia: « bendigo la prision, porque me ha hecho conocer la ingratitud de los hombres, mi propia miseria y la bondad de Dios. » Al lado de estas humildes palabras estaban las mas violentas y soberbias imprecaciones de uno que se decia ateista, y que se enfurecia contra Dios, como si olvidase haber dicho que no habia Dios.

Despues de una columna de tales blasfemias, seguia otra de injurias contra los *cobardes* (asi los llamaba) que se vuelven religiosos á causa de los sufrimientos de la cárcel. Enseñé estas infamias á uno de los *secondini*, y pregunté quién las habia escrito. — Me alegro de haber encontrado esta inscripcion, dijo, pues son tantas las que hay, y tengo tan poco tiempo de buscar. Y sin mas ni mas se puso con una navaja á raspar la pared para borrarla.

— ¿ Porqué haceis eso? dije.

— Porqué el pobre diablo que la ha escrito, fue condenado á muerte por homicidio premeditado, se arrepintió, y me encargó le hiciera esta caridad.

— ¡Dios le haya perdonado! exclamé, ¿qué homicidio era el suyo?

— No pudiendo matar á su enemigo, se vengó matándole su hijo, el mas hermoso muchacho que darse puede.

Me horrorizé.... ¡A tanto puede llegar la ferocidad! ¡y semejante monstruo tenia el lenguaje insultante de un hombre superior á las flaquezas humanas! ¡Matar á un inocente! ¡á una criatura!

X.

En este mi nuevo cuarto tan lóbrego é inmundo, privado de la compañía de mi caro mudo, estaba oprimido de tristeza. Pasaba muchas horas en la ventana, la cual caía encima de una galería, y al lado opuesto de esta se veían la estremidad del patio, y la ventana de mi primer albergue. ¿Quién me habia pues reemplazado en él? Veía allí á un sugeto que se paseaba mucho con la rapidez de alguien que está sumamente agitado. Dos ó tres días despues eché de ver que le habian dado recado de escribir, y entonces se quedaba sentado todo el día á una mesilla. Al cabo le conocí, pues salía de su cuarto acompañado del alcaide é iba al interrogatorio: era Melchor Gioja. Partióseme el corazón. ¡Tambien tú, excelente hombre, estás aqui! (Fue

mas afortunado que yo, pues despues de algunos meses de detencion le pusieron en libertad).

La vista de cualquiera criatura buena me consuela, me atrae, me hace pensar. ¡Ah! ¡pensar y amar son un gran bien! Hubiera dado mi vida por salvar á Gioja de la cárcel, y sin embargo el verle me aliviaba. Despues de haber estado largo tiempo mirándole y conjeturando por sus movimientos si tenia el espíritu sosegado ó inquieto, para hacer votos por él, me sentia con mas fuerzas, mayor abundancia de ideas, y mas contento de mí mismo. Eso significa que el espectáculo de una criatura humana por quien se tiene amor basta para templar la soledad; era deudor de este beneficio primero á un pobre niño mudo, y ahora á la lejana vista de un hombre de singular mérito.

Sin duda algun *secondino* le dijo en dónde yo estaba, pues una mañana al abrir su ventana se puso á menear su pañuelo en ademan de saludarme, y yo le respondí con la misma señal. ¡Ah! ¡de qué placer quedó enagenada mi alma en ese momento! Me parecia haber desaparecido la distancia, y estar juntos; mi corazón saltaba como el de un apasionado que ve á su amada; nos hacíamos señas sin comprendernos, y con el mismo ahínco que si nos comprendieramos: ó mas bien nos comprendíamos realmente, queriendo decir estas señas todo cuanto

sentian nuestras almas, y no ignorando la una que la otra sentia.

¡Qué consuelo me parecia debian ser en lo venidero estas señas! Aquel llegó, pero estas no fueron repetidas mas. Cada vez que veia á Gioja en la ventana me ponía á ondear el pañuelo. ¡En vano! Los *secondini* me dijeron que le habia sido prohibido escitar mis señas ó responder á ellas. Así es que nos contentabamos con mirarnos uno á otro, y de este modo nos deciamos aun muchas cosas.

XI.

Por la galería que estaba debajo de mi ventana al nivel mismo de mi prision, pasaban y repasaban de mañana á la noche otros presos, acompañados de *secondino*; iban á la instruccion del proceso, y volvian. La mayor parte era gente de baja esfera; sin embargo á alguno que otro que parecia de clase mas elevada. Aunque no podia fijar mucho la vista en ellos, tan rápido era su paso, me llamaban no obstante la atencion, y todos cual mas, cual menos me conmovian. Este triste espectáculo aerecentaba mis penas en los primeros dias, pero poco á poco me fui acostumbrando á él, y acabó por disminuir el horror de mi soledad.

Pasaban igualmente delante de mi vista muchas

presas. De esta galería se iba por un arco á otro patio donde estaban las prisiones de las mugeres y el hospital de las sifilíticas. Una pared sola y bastante endeble me separaba de uno de los cuartos de las mugeres. Muchas veces las desdichadas me aturdian con sus canciones, y algunas con sus reyerias. A deshora de la noche, cuando habia cesado todo ruido, las oia conversar.

Si hubiese querido entrar en coloquio, lo hubiera podido: me abstuve, no sé porqué. ¿Era por timidez? ¿por orgullo? ¿por miramiento de no cobrar afecto á mugeres deshonradas? Debian ser todos estos tres motivos. La muger, cuando es lo que debe ser, es para mí una criatura muy sublime. El verla, el oirla, el hablarla me enriquece el alma con nobles imágenes; pero envilecida y despreciable, me perturba, me aflige y me desimpresiona.

Mas empero.... (los *emperos* son indispensables para pintar al hombre, ente tan compuesto) entre estas voces mugeriles las habia suaves, y estas ¿porqué no decirlo? me eran afectuosas; una de ellas era mas dulce que las otras, se oia mas rara vez, y no espresaba pensamientos vulgares. Cantaba poco, y mas á menudo estos dos solos versos patéticos:

Chi rende alla meschina
La sua felicità?

Algunas veces cantaba las Letanias: sus compa-

fieras entonces unian sus voces á la de ella, pero yo tenia el don de distinguir la voz de Magdalena de entre las demas, que harto parecian encarnizadas en robármela.

En verdad, sí, esta desgraciada se llamaba Magdalena; pues cuando sus compañeras contaban sus culpas, ella se compadecía y gemia repitiendo: «Ea ánimo, amiga mia; el Señor no abandona á nadie.»

¿Quién podía impedirme de imaginármela bella y mas infeliz que culpable, nacida para la virtud, capaz de tornar á ella, si se hubiese descarriado? ¿Quién podía vituperarme si me enternecía oyéndola, si la escuchaba con veneracion, y si rogaba por ella con particular fervor? La inocencia es digna de veneracion, pero mucho mas lo es el arrepentimiento. ¿El mejor de los hombres, el Hombre Dios desdeñaba acaso echar una mirada compasiva hácia las pecadoras, respetar su confusion, y contarla entre las almas que mas honraba? ¿Porqué pues despreciamos nosotros tanto á la muger que cae en la ignominia?

Razonando así, estuvé mil veces tentado de alzar la voz, y hacer una declaracion de amor fraterno á Magdalena. Una vez habia ya comenzado la primera sílaba de su nombre: Mag..... ¡Cosa estraña! el corazon me latia como á un jóven de quince años enamorado, y por lo tanto yo tenia treinta y uno, que no es ya la edad de palpitaciones pueriles. No

pude ir mas adelante; volví á empezar: Mag..... Mag..... lo que fue inútil, y de rabia, encontrándome ridículo, grité *Matto* (loco) y no Mag.....

XII.

Así concluyó mi historia con esta desventurada: solo si le fuí deudor de dulcísimas sensaciones por espacio de varias semanas: muchas veces estaba melancólico, y su voz me alegraba, otras muchas pensando en la vileza é ingratitud de los hombres, me irritaba contra ellos, aborrecia al universo, y su voz me disponia á compasion é indulgencia.

¡Ojalá tú, o incognita pecadora, no estés condenada á grave pena! y á cualquiera que lo estés, ¡ojalá te aproveches para ennoblecerte, vivir y morir amada del Señor! ¡ojalá seas compadecida y respetada de cuantos te conozcan como lo fuiste de mí que no te conocí! ¡ojalá inspires á cualquiera que te vea la dulzura, el deseo de la virtud, la confianza en Dios como lo has inspirado á aquel que te amó sin verte! Mi imaginacion puede equivocarse figurándote bella de cuerpo, mas tu alma, estoy cierto, lo era. Tus compañeras hablaban libertinamente, y tú con pudor y nobleza, blasfemaban ellas, y tú bendecias al Señor, ellas se reñian, y tú componias sus desavenencias. Si alguno te ha dado la mano para

apartarte de la senda del deshonor, si te ha hecho beneficios con delicadeza, si ha enjugado tus lágrimas, ¡todos los consuelos lluevan sobre él, sobre sus hijos, y los hijos de sus hijos!

Contigua á la mia habia una prision habitada por varios hombres, á quienes tambien oia hablar: uno de ellos era superior á los demas en autoridad, no tal vez por mejor condicion, sino por mayor facundia y audacia; hacia el doctor como suele decirse; reprendia é imponia silencio á los que se disputaban con voz imperiosa y volubilidad de palabras; les dictaba lo que debian pensar y sentir, y ellos despues de alguna resistencia acababan por darle razon en todo.

¡Infelices! ni siquiera uno de ellos suavizaba los desagradados de la prision, espresando algun dulce sentimiento, algun poco de religion y amor.

El gefe de estos vecinos me saludó, y yo le respondí. Me preguntó como pasaba *esta maldita vida*; le contesté que para mí no habia vida maldita, por muy triste que fuera, y que hasta á la muerte era necesario procurar disfrutar el placer de pensar y de amar.

— Explicaos, explicaos, me dijo.

Me expliqué, y no fui comprendido. Y cuando despues de ingeniosos rodeos preparatorios, tuve el ánimo de citar como ejemplo la tierna impresion

que en mí despertaba la voz de Magdalena, el gefe dió una gran carcajada.

¿Qué hay? ¿qué hay? gritaron sus compañeros.

El profano se puso á remedarme repitiendo mis palabras, y las risadas prorumpieron en coro, haciendo yo allí completamente papel de un necio.

Sucede en prision lo mismo que en el mundo: los que cifran su sabiduría en indignarse, quejarse y calumniar, miran como un desatino compadecerse, amar y consolarse con bellas fantasías que honran á la humanidad y á su autor.

XIII.

Deje reir sin pronunciar sílaba: los vecinos me dirijieron dos ó tres la palabra, y me quedé callado.

— No estará ya en la ventana — se habrá ido — prestará oídos á los ayes y suspiros de Magdalena — le habrán ofendido nuestras risas. Todo esto estuvieron diciendo hasta que el gefe impuso silencio á los que susurraban á mi costa.

— Callaos, mentecatos, no sabeis lo que decís: el vecino no es tan lerdo como creéis, vos no sois capaces de reflexionar sobre nada; yo por mi parte me echo á reir, mas en seguida reflexiono. Todos los bandidos saben hacer los endiablados como hacemos nosotros. Alguna mas dulce alegría, alguna

mas caridad, y fe en los beneficios del cielo, pues ¿qué os parece que todo esto significa?

— Ahora que reflexiono yo tambien, respondió uno, eso es señal de que es algo menos bandido.

— ¡Bueno, bueno! gritó el gefe con voz estentórea; por esta vez hago algun aprecio de tu caletre.

No me envanecia yo mucho de ser reputado solamente *algo menos bandido* que ellos; con todo experimentaba una especie de satisfaccion que estos desdichados reconociesen la importancia de cultivar los buenos sentimientos.

Moví el bastidor de la ventana como si volviese entonces. Me llamó el gefe, y yo respondíle esperando que estaba tenia él ganas de moralizar á mi modo, mas me engañé. Los entendimientos vulgares esquivan los razonamientos serios: si una noble verdad se les trasluce son capaces de aplaudirla por un instante, pero muy en breve apartan de ella la vista, y no resisten al deseo de ostentar sabiduría, poniendo esta verdad en dudas y chaceando.

Me preguntó despues si estaba yo encarcelado por deudas.

— No.

— ¿Quizá acusado de estafador? Por supuesto acusado falsamente.

— Estoy acusado de otra cosa.

— ¿De cosas de amor?

— No.

— ¿De homicidio?

— Tampoco.

— ¿De *carboneria*?

— Cabalmente.

— Y ¿qué cosa son esos *carbonari*?

— Los conozco tan poco que no podré decírselo.

Un *secondino* nos interrumpe con grande enfado, y despues de haber llenado de impropiedades á mis vecinos, se volvió hácia mí con la gravedad, no de un esbirro, sino de un maestro, y dijo: ¿no teneis vos vergüenza de hablar con toda clase de gente? pues sepais que esos son ladrones.

Me sonrojé, y despues me sonrojé de haberme sonrojado, y me pareció que el dignarse conversar con toda especie de infelices es mas bien bondad que culpa.

XIV.

En la mañana siguiente me puse á la ventana para ver á Melchor Gioja, pero no hablé mas con los ladrones; respondí á sus cortesías, y dije que me estaba prohibido hablar.

Vino el escribano que me habia hecho los interrogatorios, y me anunció con misterio una visita que me agradaria; y cuando le pareció haberme prepa-

rado lo bastante dijo: es vuestro padre en fin; sírvaos seguirme. Le seguí abajo en las oficinas, palpitando de contento y de ternura, y esforzándome en tener un semblante sereno que tranquilizase á mi pobre padre.

Luego que supo mi prision, habia esperado era por sospechas de poca entidad, y que pronto saldria; pero viendo que la detencion duraba, habia venido á solicitar del gobierno austriaco mi libertad. ¡Tristes ilusiones del amor paternal! No podia creer él que yo hubiese sido tan temerario de esponerme al rigor de las leyes, y la estudiada alegría con que le hablé, le persuadió que no tenia que temer desgracia alguna.

El breve coloquio que se nos concedió me agitó indeciblemente, tanto mas cuanto que yo reprimia toda apariencia de agitacion; y lo mas difícil fue no manifestarla, cuando era indispensable separarnos.

En las circunstancias en que se encontraba la Italia, estaba persuadido que el Austria daria ejemplares extraordinarios de rigor, y que yo seria condenado á muerte ó á muchos años de encierro. Disimular esta creencia á un padre, lisonjearle con demostraciones de fundadas esperanzas de próxima libertad, no prorumpir en lágrimas abrazándole, habiéndole de mi madre, hermanos y hermanas que pensaba no volver á ver nunca mas en la tierra, rogarle con voz no angustiada que viniese aun á

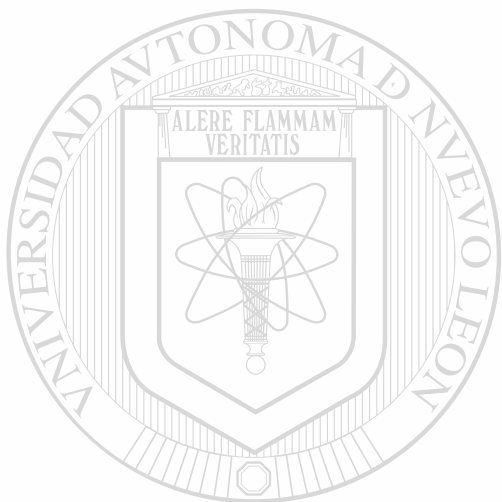
verme si podia; no jamas cosa alguna me ha costado tanta violencia.

Cuando se separó de mí estaba muy consolado, y yo volví á mi prision con el corazon hecho pedazos. Apenas me ví solo, esperé encontrar alivio, abandonándome al llanto; este consuelo me faltó, pues prorumpia en sollozos sin poder verter una lágrima. La desgracia de no poder llorar es una de las mas crueles en los estremados dolores, y ¡cuántas veces la he experimentado!

Me cargó una calentura ardiente con fuertísimo dolor de cabeza. No pude tragar una cucharada de caldo en todo el dia. ¡Ojalá sea una enfermedad mortal, esclamaba, que abrevie mis martirios! ¡Insano y cobarde deseo! Dios no lo escuchó, y ahora le doy gracias, no solo porque despues de diez años de cárcel he vuelto á ver á mi querida familia, y puedo llamarme feliz, sino tambien porque los sufrimientos dan aliento al hombre, y es de esperar que no habrán sido inútiles para mí.

XV.

De allí á dos dias volvió mi padre. Habia yo dormido bien toda la noche, y estaba limpio de calentura; mostré tranquilidad y contento, sin dar señal alguna de que mi corazon habia sufrido, y sufría todavía.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prurito de maldecir, de representarme la sociedad, ó este ó aquel individuo con los mas execrables colores. ¡Enfermedad epidémica en el mundo! El hombre se reputa mejor, aborreciendo á sus semejantes. Parece que todos los amigos se dicen al oído: «amémonos solamente entre nosotros, pues vociferando que todos los demas son vil plebe, parecerá que somos semidioses.»

¡Curioso hecho que el vivir rabiando agrade tanto! en ello se pone una especie de heroismo. Si el objeto contra el cual ayer se bramaba ha desaparecido, se busca otro inmediatamente. ¿De quién me lamentaré hoy? ¿á quién aborreceré? ¿sabré nunca cuál es el monstruo?.... ¡O alegría! le he hallado. Venid, amigos, despedacémosle.

Asi anda el mundo, y sin calumniarle puedo decir que anda mal.

XVIII.

No habia mucha maldad en quejarme del horrible cuarto en que me habian puesto; por fortuna quedó desocupado otro mejor, y me hicieron la agradable sorpresa de dármele.

¿No hubiera yo debido estar contentísimo de tal anuncio? Pues no era asi por cierto, no pudiendo pensar en Magdalena sin sentimiento. ¡Qué niño-

ría! tomar afecto siempre por cualquiera cosa, aun con motivos á la verdad no muy poderosos. Saliendo de este ruin cuarto, volví atras la vista hácia la pared en que me habia apoyado tantas veces, mientras que á un palmo mas allá acaso se apoyaba del lado opuesto la pobre pecadora. Hubiera querido oír aun otra vez estos dos patéticos versos:

Chi rende alla meschina
La sua felicità?

¡Vano deseo! otra separacion de mas en mi infortunada vida. No quiero hablar de ella largamente por no hacer reír á mi costa, mas seria hipócrita si no confesase que estuve triste por varios dias.

Al marcharme saludé á dos de los pobres bandideros, vecinos míos que estaban á la ventana. Fallaba el gefe; pero avisado por sus compañeros, salió corriendo, y me hizo un saludo junto con ellos, tras lo cual se puso á gorgear *Chi rende alla meschina*. ¿Quería por ventura burlarse de mí? Apuesto que si hago esta pregunta á cincuenta personas, cuarenta y nueve responderan que sí. Pues bien, á pesar de tanta pluralidad de votos, me inclino á creer que ese buen ladrón quería hacer una gracia: la recibí como tal, se la agradecí y le eché otra mirada; y él alargando el brazo por entre las rejías con una gorrilla en la mano me hacia todavía señas cuando me volvía para bajar la escalera.

Llegado al patio, tuve un consuelo; el mudito estaba en el pórtico; me vió, me conoció y quería volar á mi encuentro; la alcaidesa, no sé porqué, le agarró por el cuello, y lo metió adentro. Sentí no poderle abrazar, pero los brinquitos que dió por correr hácia mí me causaron mucha conmocion. ¡Es cosa tan dulce el ser amado!

Era día de grandes aventuras: dos pasos mas allá me encontré junto á la ventana de mi antiguo cuarto, y en el cual estaba ahora Gioja. «Buenos días, Melchor,» le dije pasando. Alzó la cabeza, é inclinándose hácia mí, respondió: «buenos días, Silvio.»

¡Ay! no me fue permitido detenerme un instante. Torcí el arco, subí una escalerilla, y fui á parar en un cuartito bastante bonito encima del de Gioja.

Traida la cama, los *secondini* me dejaron solo, y lo primero que hice fue registrar las paredes, en las cuales había algunas cosas escritas ya con lapiz, ya con carbon ó ya con instrumento puntiagudo. Encontré graciosas dos estrofas francesas que ahora siento no haberlas aprendido de memoria: estaban firmadas *le duc de Normandie*. Púseme á cantarlas, adaptando á ellas lo mejor que pude la música de la pobre Magdalena; mas al mismo tiempo oigo una voz muy cerca que las cantaba con otro tono. Cuando concluyó, le grité ¡bueno! y él me saludó

con urbanidad, preguntándome si era francés.

— No; soy italiano, y me llamo Silvio Pellico.

— ¿El autor de *Francesca da Rimini*?

— Cabalmente.

Me cumplimentó, y se condolió de que yo estuviese en la cárcel.

Preguntóme de qué parte de Italia era.

— Del Piamonte, le respondí, soy Salucés.

Hízome otro cumplido sobre el carácter y talento de los Piamonteses, con una mencion especial de los Saluceses, hombres de mérito, y en particular de Bodini. Estos cortos elogios eran finos como de persona de buena educacion.

— Ahora séame permitido, le dije, de preguntaros á vos ¿quién sois?

— Vos habeis entonado una cancioncita mia.

— ¿Esas dos bellas estancias escritas en la pared son vuestras?

— Sí por cierto.

— Con que sois vos.....

— El infeliz duque de Normandía.

XIX.

El alcaide pasaba por debajo de nuestras ventanas, y nos mandó callar.

¿Qué infeliz duque de Normandía? decia yo

entre mí. ¿No es este el título que se daba al hijo de Luis XVI? Indubitablemente este pobre niño no vive. Y bien, mi vecino será uno de esos desgraciados que han intentado hacerle revivir. Ya varios se han hecho pasar por Luis XVII, y fueron reconocidos impostores: ¿qué mayor creencia, pues, debe presentar este? Quería quedar en dudas, prevalecía en mí una invencible incredulidad, la cual todavía continuaba, mas no por eso determiné afrentar al infeliz, cualquiera que fuese la fábula que me contase.

Pocos instantes despues volvió á cantar, y entablamos de nuevo conversacion. A mi pregunta sobre quien era respondió ser cabalmente Luis XVI, y se puso á declamar con vehemencia contra Luis XVIII, su tío, usurpador de sus derechos.

— ¿Estos derechos cómo vos no los habeis hecho valer en tiempo de la restauracion?

— Estaba á la sazón enfermo mortalmente en Bolonia; apenas sano, me planté en un vuelo en Paris, me presenté ante las potencias aliadas, pero lo hecho, hecho: mi inicuo tío no quiso reconocermé, mi hermana se unió á él para oprimirme. Solo el buen príncipe de Condé me acogió con los brazos abiertos, mas su amistad nada podia. Una noche en las calles de Paris me asaltaron asesinos armados de puñales, y me costó trabajo escapar de sus golpes. Despues de haber errado por algun tiempo en Nor-

mandía, volví á Italia, y me detuve en Módena; desde allí escribiendo sin cesar á los monarcas de Europa, y particularmente al emperador Alejandro que me respondia con el mayor afecto, no desesperaba obtener al fin justicia, ó si por miras de política querian sacrificar mis derechos al trono de Francia, cuando menos creia se me asignase un infantado decente. Fuí preso, conducido á la frontera del ducado de Módena, y entregado en poder del gobierno austriaco. Ahora hace ocho meses estoy aquí sepultado, y Dios sabe cuándo saldré.

No di crédito á todas sus palabras; mas que estaba allí sepultado era una verdad, lo que me movió á una viva compasion.

Roguéle me contase en compendio su vida. Me dijo con menudencia todas las particularidades que yo sabia ya acerca de Luis XVII, á saber, cuando le pusieron con el malvado Simon, de oficio zapatero de viejo, cuando le hicieron atestiguar una infame calumnia contra las costumbres de la pobre reina su madre, etc., etc. Y finalmente que estando en la cárcel vino gente una noche á apoderarse de él; un muchacho estúpido, llamado *Mathurin*, fue puesto en su lugar, y él se trasfugó. En la calle habia un coche con cuatro caballos, uno de los cuales era una máquina de madera, en la que fue oculto. Llegaron felizmente al Rin, y habiendo pasado la raya, el general (me dijo su nombre, mas no me acuerdo)

que le había librado, le sirvió algún tiempo de preceptor y padre, le envió ó condujo despues á América. Allí el jóven monarca sin reino, corrió muchas caravanas, padeció el hambre en los desiertos, llevó las armas, vivió honrado y feliz en la corte del rey del Brasil, fue calumniado, perseguido, y forzado á ahuyentarse. Regresó á Europa á fines del imperio de Napoleon; fue detenido prisionero en Nápoles por Joaquin Murat, y cuando se vió libre, y en posicion de reclamar el trono de Francia, le invade en Bolonia esa funesta enfermedad durante la cual Luis XVIII fue coronado.

XX.

Referia esta historia con visos extraordinarios de verdad: no pudiendo creerle, me contentaba con admirarle. Conocia muy bien todos los hechos de la revolucion francesa, hablaba sobre ellos con mucha espontánea elocuencia, y contaba á todo propósito anécdotas curiosísimas. Tenia algo de soldadesco en su modo de hablar, pero sin carecer de esa elegancia que se adquiere en el trato fino de gentes.

—Me permitireis vos, le dije, que os trate francamente y sin daros vuestros títulos.

—Eso es lo que deseo, respondió; con la desgracia á lo menos he ganado reirme de todas las vani-

dades; os aseguro que me precio mas de ser hombre que rey. Por mañana y tarde conversabamos largamente juntos, y esceptuando lo que yo reputaba ser una comedia en él, su calma me parecia buena, cándida, deseosa de todo bien moral. Varias veces estuve por decirle: disimuladme, quisiera yo creer que sois vos Luis XVII, pero os confieso sinceramente que domina en mí la persuasion contraria, tened bastante franqueza para renunciar á esa ficcion. Y meditaba á parte una buena arenga sobre la vanidad de toda mentira, hasta de las que parecen inocentes. Diferia este proyecto de dia en dia, aguardando que nuestra intimidad creciese algunos grados mas y nunca me atreví á ponerlo en ejecucion.

Cuando reflexiono en esta falta de atrevimiento, á veces la escuso como urbanidad necesaria, temor delicado de causarle pena, y qué sé yo; pero estas disculpas no me llenan, y no puedo disimular que estaria mas satisfecho de mí, si no me hubiese quedado en el estómago la arenga proyectada. Fingir el prestar fe á una impostura es pusilanimidad: creo no lo haré mas. Pusilanimidad, si, verdad es que por mas preámbulos delicados que se empleen, siempre es áspera cosa decir á uno «no os creo.» Él se indignará, perderemos su amistad, y tal vez nos llenará de improperios. Sin embargo toda pérdida es mas honrosa que el mentir; y acaso el des-

graciado que nos colmaria de injurias, viendo que no es creida su impostura, admirará despues en secreto nuestra sinceridad, y le dará márgen á reflexiones que le llevarán por mejores senderos.

Los *secondini* se inclinaban á creer que era realmente Luis XVIII, pues habiendo ya presenciado tantas mudanzas de fortunas, no desesperaban que este ascendiese algun dia al trono de Francia, y se acordase entonces de la dócil servidumbre de ellos, pues escepto facilitar su evasion, usaban con él de todas las atenciones que deseaba, lo que contribuyó á tener yo el honor de ver al gran personage: era de estatura mediana, de unos cuarenta á cuarenta y cinco años, algo grueso, y de fisonomia propiamente borbónica. Es verosimil que una semejanza accidental con los Borbones le habia impelido á representar este triste papel.

XXI.

Debo acusarme de un indigno sacrificio que hice al respeto humano. Mi vecino no era ateista, y hablaba por el contrario algunas veces de los sentimientos religiosos como hombre que los apreciaba, y no le son agenos; pero conservaba todavía muchas prevenciones sin fundamento contra el cristianis-

mo, al cual consideraba menos en su verdadera esencia que en sus abusos. La superficial filosofía que en Francia precedió y siguió á la revolucion, le habia deslumbrado; parecíale que era posible adorar á Dios con mayor pureza que segun la religion del Evangelio; sin tener gran conocimiento de Condillac y de Tracy los veneraba como á sumos meditadores, y se imaginaba que este último habia dado el complemento á todas las posibles indagaciones metafísicas.

Yo, que habia llevado mas adelante mis estudios filosóficos, que conocia la debilidad de la doctrina experimental, que sabia los crasos errores de crítica con que el siglo de Voltaire se habia puesto á querer difamar el cristianismo; yo, que habia leído Guénée, y otros buenos escritores que han descorrido el velo que ocultaba esta falsa crítica; yo, que estaba persuadido que en sana lógica no se puede admitir Dios y recusar el Evangelio; yo, que miraba como cosa vulgar el seguir el torrente de las opiniones anticristianas, y no saberse elevar á conocer cuán simple y sublime es el catolicismo (no puesto en ridiculo), tuve la cobardía de sacrificar al respeto humano. Los cuentos de mi vecino me confundian, bien que no podia escapárseme su futilidad. Disimulé mi creencia, anduve fluctuante, recapacité si era ó no oportuno contradecir, me dije que era inútil, y quise persuadirme estar justificado.

¡Cobardía! ¡cobardía! ¿Qué importa la audacia de opiniones acreditadas, si no descansan en ninguna basa? Verdad es que un celo intempestivo es indiscrecion, y puede mayormente irritar al que no cree. Mas el confesar con franqueza y modestia á un tiempo lo que firmemente se tiene por importante verdad, el confesarlo aun cuando no es presumible ser aprobado, y evitar alguna mofa, es indispensable obligacion; y esta noble confesion siempre se puede hacer sin tomar inoportunamente el carácter de misionero. Es un deber ciertamente confesar en todo tiempo una importante verdad; porque si no es de esperar que se reconozca esta inmediatamente, puede preparar no obstante á las almas, de modo que produzca un dia mayor imparcialidad de juicios y el consecuente triunfo de la luz.

XXII.

Estuve en este cuarto un mes y algunos dias. En la noche del 18 al 19 de febrero (1821) me despertó un ruido de candados y llaves, y veo entrar á varios hombres con una linterna: la primera idea que se me presentó fue que venian á degollarme; pero mientras miraba perplejo esas caras, hete aquí que se acerca á mí el conde B....., quien me dice con buen modo tenga la complacencia de vestirme presto para partir.

Este anuncio me sorprendió, y tuve el desatino de creer que me iban á conducir á las fronteras del Piamonte. ¿Será posible que tamaña tempestad se disipase asi? ¿recobraria yo ya la dulce libertad? ¿volveria á ver á mis queridísimos padres, hermanos y hermanas? Estos lisonjeros pensamientos me agitaron por breves instantes. Me vestí con grande presteza, y seguí á los que me debian acompañar, sin poder siquiera despedirme de mi vecino; me pareció haber oido su voz, y sentí no poderle responder.

— ¿Adónde vamos? pregunté al conde, subiendo en coche con él y con un oficial de gendarmería.

— No puedo significarlo, hasta que estemos á una milla pasado Milan.

Ví que el coche no se dirigia del lado de la puerta Vercellina, y fueron desvanecidas mis esperanzas; calléme. Hacia hermosísima noche con buena luna: miraba esas calles por donde me habia paseado tantos años tan feliz, esas casas, esas iglesias; todo me renovaba mil deliciosos recuerdos.

¡O carrera de la puerta oriental! ¡o jardines públicos en donde me habia paseado tantas veces con Foscolo, con Monti, Lodovico de Breme, Pietro Borsieri, Porro y sus hijos, y con otros infinitos amigos, conversando tan á las nuestras del presente, y de las esperanzas de cada uno de por sí! ¡O cómo al decirme que os veia por la última vez, cómo á

vuestro rápido huir de mi vista conocia que os habia amado, y os amaba aun! Cuando pasamos la puerta, incliné algo el sombrero hacia mis ojos, y lloré sin ser observado.

Pasada mas de una milla, dije al conde B.....

— Supongo que vamos á Verona.

— Mas lejos, respondió; vamos á Venecia, en donde os debo entregar en poder de una comision especial.

Viajábamos en posta sin detenernos, y llegamos el 20 de febrero á Venecia.

En setiembre del año anterior, un mes antes que me prendieran, estaba en esta ciudad, y habia comido en numerosa y alegrísima compañía en la posada de la Luna, y ¡cosa rara! dió la casualidad que el conde y el oficial me condujeron á la misma posada. Un criado se asustó viéndome, y advirtiéndome (aunque el gendarma y sus dos satélites, que parecian mis sirvientes, estaban disfrazados) que me hallaba en manos de la fuerza pública. Me alegré de este encuentro, persuadido de que el conde hablaría de mi llegada á mas de uno.

Comimos, y en seguida fui conducido al palacio del Dux, en donde ahora estan los tribunales. Pasé por debajo de los portales de la Procuracia, y por el frente del café Florian, en el que habia disfrutado tan bellas noches por el otoño precedente; no vi á ninguno de mis conocidos.

Atravesé la plaza.... y en esta misma plaza, en setiembre último, un pordiosero me habia dicho estas singulares palabras: — Bien se ve que sois vos forastero, no comprendo como vos y todos los forasteros admiran este lugar: para mí es un sitio de maldicion, y paso por él únicamente por necesidad.

— ¿Os habrá sucedido aquí algun desastre?

— Sí, un desastre horrible, y no á mí solo. ¡Dios os preserve de él, Dios os preserve! Y se marchó precipitadamente.

Volviendo yo, pues, ahora á pasar por allí, era imposible no acordarme de las palabras del mendigo. Fue tambien en esta misma plaza que en el año siguiente subí al tablado, para oír leer la sentencia de muerte, y la conmutacion de esta pena en quince años de *carcere duro*.

Si tuviese la cabeza algo delirante de ideas místicas, haria gran caso de este pobre que me predijo tan enérgicamente ser aquel un *sitio de maldicion*. Noto solamente este hecho como una estraña ocurrencia.

Subimos al palacio; el conde B..... habló con los jueces, despues me puso en manos del carcelero, y despidiéndose de mí me abrazó conmovido.

XXIII.

Seguí en silencio á este : despues de haber atravesado varios corredores y varias salas, llegamos á una escalerilla que nos condujo debajo de los *Plomos*, famosas prisiones de estado desde el tiempo de la república Veneciana. Los asi llamados *Plomos* son la parte superior del antiguo palacio del Dux, cubierta toda de plomo. Allí el carcelero apuntó mi nombre en un registro, y me encerró en la estancia que me estaba destinada.

Esta tenia una grande ventana con enormes rejas, y caia al tejado igualmente de plomo de la iglesia de San Márcos. Al otro lado de esta veia á lo lejos el fin de la plaza, y por todas partes una infinidad de cúpulas y campanarios. El de San Márcos estaba solamente separado de mí lo largo de la iglesia, y oia en los que en el remate hablaban algo recio. Veianse tambien á la izquierda de ella una parte del gran patio del palacio, y una de las entradas. En esta parte del patio habia un pozo público adonde acudia de continuo gente para sacar agua; pero en la altura en que yo estaba, los hombres allá abajo me parecían niños, y no discernia sus palabras sino cuando se desgañitaban. Me encontraba aun mas solitario que en las prisiones de Milan.

En los primeros dias los cuidados del proceso criminal que me habia intentado la comision especial, me contristaron algun tanto, á lo que se añadia tal vez el penoso sentimiento de mayor soledad. A mas de eso estaba mas lejos de mi familia, y no recibia ya nuevas de ella. Las nuevas caras que veia no me eran antipáticas, mas guardaban una seriedad que tenia asomos de espanto. La fama les habia ponderado las tramas de los Milanese y del resto de Italia por la independecia, y presumian que yo era uno de los mas imperdonables motores de aquel delirio. Mi corta celebridad literaria era notoria del alcaide, de su muger, hija, dos hijos varones, y hasta de dos *secondini*. ¿Quién sabe si todos ellos no se imaginaban que un autor de tragedias era una especie de mágico?

Estaban serios, desconfiados, ansiosos de saber pormenores sobre cuanto me concernia, pero sumamente atentos. Pasados los primeros dias se amansaron todos, y me parecieron buena gente. La muger era la que conservaba mas el sobreceño y carácter de alcaidesa; tenia como unos cuarenta años, era bastante seca de semblante y palabras, no dando el menor indicio de ser capaz de algun afecto por otros que por sus hijos.

Solia traerme el café por la mañana y despues de comer, como tambien agua, ropa limpia, etc. La acompañaban ordinariamente su hija, muchacha

de quince años, no bonita, pero de miradas compasivas, y sus dos hijos, uno de trece años y otro de diez. Despues se retiraban con la madre, y las tres jóvenes caras se volvian poco á poco á mirarme al cerrar la puerta. El alcaide no venia sino cuando tenia que conducirme á la sala en que se juntaba la comision para tomarme declaracion. Los *secondini* venian escasamente, porque tenian que vigilar las prisiones de policía, situadas en un piso inferior, en que habia siempre muchos ladrones. Uno de aquellos era un viejo de mas de setenta años, pero propio todavía para esa vida fatigosa de correr siempre arriba y abajo por las escaleras de las diversas prisiones; el otro era un mancebo de veinticuatro ó veinticinco años, mas ansioso de referir sus amores que de cumplir con su obligacion.

XXIV.

¡Ah! sí, las zozobras de un proceso criminal son horribles para un hombre acusado de crimen de Estado. ¡Cuánto recelo de perjudicar á los demas! ¡cuánta dificultad de luchar contra tantas acusaciones y sospechas! ¡cuánta verosimilitud que todo se intrínque cada dia mas funestamente, si no se termina la causa, si se hacen nuevos arrestos, si se des-

cubren nuevas imprudencias, no solo de personas desconocidas, sino de la faccion misma!

He resuelto no mentar la política, y por lo mismo tengo que suprimir toda relacion concerniente al proceso. Solo diré que muchas veces, despues de haber pasado largas horas en el interrogatorio, volvía á mi cuarto tan exacerbado, tan enfurecido que me hubiera quitado la vida, si la voz de la religion, y la memoria de mi amada familia no me hubiesen contenido.

Desapareció la habitual tranquilidad que ya me parecia haber adquirido en Milan, por algunos dias estuve desesperando de recobrarla y fueron infernales para mí; entonces cesé de orar, dudé de la justicia de Dios, maldije á los hombres y al orbe entero, y revolvi en mi juicio todos los sofismas posibles sobre lo vano de la virtud.

El hombre infeliz y enfurecido es sumamente ingenioso en calumniar á sus semejantes, y al mismo Criador. La ira es mas inmoral, mas perversa que lo que se piensa generalmente. Como no se puede dar bramidos de la mañana á la noche por espacio de semanas enteras, y el alma mas poseída del furor tiene con precision sus intervalos de reposo, estos intervalos suelen resentirse de la inmoralidad que los ha precedido. Entonces parece estar en paz, mas es una paz mala, irreligiosa; una sonrisa bravía, sin

caridad, sin dignidad; un amor de desórden, de embriaguez y de escarnio.

En tal estado cantaba yo horas seguidas con una especie de alegría totalmente estéril de buenos sentimientos, me chancaba con todos cuantos entraban en mi cuarto, me esforzaba en considerar todas las cosas con una sabiduría vulgar, la de los cinicos.

Este infame tiempo duró poco, seis ó siete dias. Mi Biblia estaba llena de polvo; uno de los chicos del alcaide me dijo un dia acariciándome: desde que ya no leéis vos ese librote, á mi parecer no teneis tanta melancolía.

— ¡Ese es tu parecer? le dije.

Y tomando la Biblia, sacudí con el pañuelo el polvo, y abriéndola sin intencion, me eché á la vista estas palabras: *et ait ad discipulos suos impossibile est ut non veniant scandala: vae autem illi per quem veniunt! Utilius est illi, si lapis molaris imponatur circa collum ejus et projiciatur in mare, quam ut scandalizet unum de pusillis istis.* « Y dijo á sus discipulos: es imposible que no sucedan escándalos: pero desgracia á aquel por quien vienen. Le valdria mas á este que le pongan una piedra de molino al pescuezo y le arrojen al mar que escandalize á uno de esos niños. »

Me admiré de encontrar estas palabras, y me avergoncé que este chiquillo hubiese reparado que no leia yo ya la Biblia, por el polvo que veia encima de

ella, y que presumiese que me habia puesto mas amable con olvidar á Dios.

¡Picarillo! (le dije con cariñosa reprension, y sintiendo haberle escandalizado), este no es un librote, y de unos dias á esta parte que no le leo, soy mucho peor. Cuando tu madre te permite pasar un rato conmigo, hago todo lo posible por desechar el mal humor; pero si tú supieras cómo me domina cuando estoy solo, cuando me oyes cantar como un desatinado.

XXV.

El muchacho se habia salido, y yo experimentaba cierto gozo de haber vuelto á agarrar la Biblia, y confesado que era peor sin ella, pareciéndome haber dado satisfaccion á un amigo generoso, injustamente ofendido con quien me habia reconciliado.

¿Te habia, pues, abandonado, Dios mio? exclamé. ¿habíame pervertido? ¿habia podido creer que la infame risa del cinismo podía concordar con mi desesperada situacion? Pronuncié estas palabras con una conmocion indecible; puse la Biblia en una silla, me arrodillé en el suelo á leer, y yo que lloro tan dificilmente, se me anegaron los ojos en lágrimas, las cuales eran mil veces mas dulces que todos

los placeres terrenales ; sentia de nuevo á Dios , le amaba , me arrepentia de haberle ultrajado envileciéndome , y protestaba no separarme de él nunca jamas.

¡ Ah ! ¡ cómo la enmienda de una culpa consuela , y eleva al alma ! Leí y lloré mas de una hora , y me puse en pie con entera confianza que Dios estaba conmigo , y que me habia perdonado mi demencia ; entonces mis desdichas , los tormentos del proceso , y el inminente patíbulo en mi concepto eran poca cosa ; era feliz de sufrir , porque de este modo podia llenar un deber , porque sufriendo con resignado ánimo , obedecia al Señor.

La Biblia , gracias al cielo , sabia leerla ; ya no era aquel tiempo en que la juzgaba con la mesquina crítica de Voltaire , vilipendiando espresiones que no son risibles ó falsas sino cuando por ignorancia ó malicia no se penetra el sentido de ellas. Veia claramente que era el libro de la santidad y de la verdad ; que ofenderse por ciertas imperfecciones de estilo , era cosa infilosófica , y semejante á la altanería de quien desprecia todo cuanto carece de formas elegantes ; que era un absurdo imaginar que tal coleccion de libros religiosamente venerados tenga un principio no auténtico ; y que en fin era innegable la superioridad de las Santas Escrituras sobre el Alcorán , y teología de los Judios.

Verdad es que muchos abusaron de ella , que-

riendo hacer un código de injusticia , una sancion á sus malvadas pasiones , pero siempre vendremos á parar que se puede abusar de todo , y ¿ de cuándo acá el abuso de una cosa escelente tiene derecho de decir que es mala en sí misma ? Jesucristo lo declaró : toda la ley , y los profetas , toda esa coleccion de sagrados libros se reduce al precepto de amar á Dios y á los hombres. Y ¿ tales escritos no serán la verdad adaptada á todos los siglos ? ¿ no serán la palabra siempre viva del Espiritu Santo ?

Despertadas en mí estas reflexiones , renové el propósito de coordinar á la religion todos mis pensamientos sobre las cosas humanas , todas mis opiniones acerca de los progresos de la civilizacion , mi filantropía , mi amor patrio , y todos los afectos de mi alma. Los pocos dias que habia pasado en el cinismo me habian contaminado mucho ; sentí sus efectos por largo tiempo , y debí trabajar mucho en vencerlos. Cada vez que el hombre cede algun tanto á la tentacion de envilecer su entendimiento , de mirar las obras de Dios con el infernal lente de la burla , de cesar el benéfico ejercicio de la oracion , el trastorno que opera en su propia razon lo dispone á recaer fácilmente. Varias semanas estuve molesto casi todo el dia con fuertes pensamientos de incredulidad , y fue necesaria toda la fuerza de mi espíritu para apartarlos.

XXVI.

Cuando hubieron cesado estos combates, y creí estar firme de nuevo en el hábito de honrar á Dios en todas mis voluntades, disfruté por algun tiempo una dulcísima paz. Las declaraciones que me tomaba la comision cada dos ó tres dias, aunque eran molestas, no me daban inquietudes durables. Procuraba en esta árdua posicion no faltar á mis deberes de honor y de amistad, y despues decia: haga Dios lo restante. Volví á ser exacto en la práctica de prever diariamente toda sorpresa, toda conmocion, toda calamidad posible, y este ejercicio me era tambien bastante grato.

Sin embargo mi soledad aumentó: ambos hijos del alcaide que al principio me tenian algunas veces compañía fueron enviados á la escuela, y como estaban poquísimo en casa, no venian mas á verme. La madre y la hija que cuando las acompañaban los chicos se detenian á menudo á hablar conmigo, ahora no parecian mas que para traerme el café, y al instante me dejaban. Por la madre me daba poco, porque no mostraba ánimo compasivo, pero la hija, aunque basta, tenia cierta dulzura en las miradas, y cierta suavidad en las palabras que no eran para mí sin algun precio. Cuando me traia ella el café

y decia: « soy yo quien lo he hecho, » lo encontraba siempre exquisito; cuando decia: « lo ha hecho mamá, » era agua caliente.

Viendo tan rara vez criaturas humanas, paré la atencion en algunas hormigas que venian á mi ventana, las echaba de comer tan suntuosamente que fueron á buscar un ejército de compañeras, y la ventana fue plagada de estos insectos. Me llamó igualmente la consideracion una hermosa araña que fabricaba su tela en una de mis paredes, le ponía moscas y mosquitos, y se hizo tan amiga mia que venia á la cama y á mi mano á agarrar la presa que le presentaba en mis dedos.

¡Ojalá hubieran sido estos insectos los únicos que vinieron á visitarme! Estabamos todavía en primavera, y ya los mosquitos se multiplicaban, por decirlo así, espantosamente; el invierno habia sido sumamente templado, y en seguida de algunos vientos de marzo llegaron los calores. Es increíble cómo se abrasó el ambiente de la huronera en que yo habitaba, pues situada totalmente al mediodía bajo un techo de plomo, y con la ventana hacia la boveda de San Márcos tambien cubierta del mismo metal cuya reverberacion era tremenda, me ahogaba, en términos que nunca me acuerdo haber tenido un bochorno tan escesivo. A mas de este terrible suplicio, era tal el enjambre de mosquitos que por mas que los sacudia y mataba, estaba conti-

nuamente cubierto; la cama, mesa, silla, suelo, paredes, techo, todo estaba lleno de ellos, en él aire habia infinidad, entraban y salian por la ventana haciendo un zumbido infernal. Las picaduras de estos insectos son dolorosas, y cuando se reciben de la mañana á la noche y de la noche á la mañana, y se tiene la perenne molestia de pensar en disminuir su número, se sufre verdaderamente de cuerpo y espíritu.

Vista la incomodidad de semejante plaga, sin poder conseguir que me mudasen de prision, tuve tentaciones de suicidio, y á veces temí volverme loco; mas, gracias á Dios, estos arrebatos no eran duraderos, y la religion continuaba á sostenerme, persuadiéndome ella que el hombre debe padecer, y padecer con aliento haciéndome experimentar en el dolor una especie de deleite, el deseo de no dejarme sojuzgar y de superar todo. Decia pues: cuanto mas incómoda me sea la vida, tanto menos grande sera mi terror, si jóven como soy, me veo condenado al suplicio, sin estos tormentos preparatorios moriria tal vez cobardemente; y de todos modos ¿tengo yo tales virtudes de merecer felicidades? ¿dónde estan estas? Y examinándome con justo rigor, no hallaba en los años que habia vivido, sino un corto número de acciones algo dignas de aprobacion, todo lo demas era pasiones locas, idolatrías, orgullosa y falsa virtud. Y bien, concluia,

sufre, ¡indigno! Si los hombres y los mosquitos te sacrifican solo por furor y sin derecho, considéralos como instrumentos de la justicia divina, y cállate.

XXVII.

¿Necesita el hombre de esfuerzo para humillarse sinceramente, y reconocerse por pecador? ¿No es verdad que en general gastamos la juventud en vanidades, y en vez de poner todo nuestro conato en la carrera del bien, empleamos gran parte en envilecernos? Habrá escepciones, pero confieso que estas no alcanzan á mi pobre persona, y no tengo ningun mérito en estar descontento de mí: cuando se ve una lámpara despedir mas humo que luz, no se requiere gran sinceridad para decir que no arde como debiera. Sí, sin envilecimiento, sin escrúpulos de mogigato, considerándome con toda la tranquilidad posible de espíritu, me encontraba digno de los castigos de Dios. Una voz interior me decia: eres acreedor á estos castigos sino por esto, por aquello, válgante para dirigirte hácia Aquel que es perfecto, y los mortales son llamados á imitar, segun se lo permiten sus fuerzas. ¿Con qué razon, pues, mientras estaba obligado de acusarme de mil infidelidades á Dios, me hubiera quejado si algu-

nos hombres me parecían viles, y algunos otros inicuos, si las prosperidades del mundo me eran arrebatadas, si debía consumirme en la cárcel, ó perecer de muerte violenta?

Procuré grabarme profundamente en el corazón tales reflexiones tan justas y tan bien sentidas; lo cual hecho, veía que me precisaba ser consecuente, y que no podía serlo de otro modo, sino bendiciendo á los rectos juicios de Dios, amándolos y estinguendo en mí toda voluntad contraria á ellos. Para asegurarme mas en este propósito, pensé en hacer desde ahora en adelante un exámen riguroso de todos mis sentimientos, escribiéndolos. Lo malo era que la comision, permitiendo que yo tuviese recado de escribir, me contaba los pliegos, con prohibicion de destruir ninguno, y reservándose examinar en qué los habia empleado. Para suplir el papel, recurrí al inocente artificio de raspar con un pedazo de vidrio una mesa basta que tenia y en la que escribia cada dia largas meditaciones sobre los deberes de los hombres, y de los míos en particular. No exagero diciendo que las horas así empleadas me eran á veces deliciosas, á pesar de la dificultad de respirar que padecia con motivo del enorme calor y las picaduras dolorosísimas de los mosquitos. Para disminuir el número de estas últimas, estaba obligado, malgrado el calor, á envolverse bien la cabeza y piernas, y escribir, no solo

con guantes, sino con las muñecas fajadas para que no entráran los mosquitos por las mangas.

Estas meditaciones tenían un carácter biográfico, pues componia la historia de todo el bien y el mal que habia advertido formarse en mí desde la infancia acá, discutiendo conmigo mismo, ingeniándome en aclarar toda duda, ordenando lo mejor que podia todos mis conocimientos, todas mas ideas sobre cada cosa.

Cuando toda la superficie disponible de la mesa estaba escrita, leia y releia, meditaba sobre lo ya meditado, y al fin me decidia (frecuentemente con disgusto) á rasparlo todo con el vidrio, para volver á tener lista esta superficie á recibir nuevamente mis pensamientos.

Continuaba en seguida mi historia siempre truncada con digresiones de toda especie, con analisis ya de este, ya de aquel punto de metafísica, moral, política y religion, y cuando todo estaba lleno, volvía á leer y releer, y despues á raspar.

No queriendo tener ningun obstáculo en repetir-me con la mas libre fidelidad los hechos que recordaba y mis opiniones, y previendo posible alguna visita inquisitorial, escribia en cifras, esto es, con trasposiciones de letras y abreviaturas, á las cuales estaba muy acostumbrado. No tuve sin embargo ninguna visita semejante, y ninguno podia sospechar que pasaba tan bien mi tristísimo tiempo. Cuando

oia al alcaide ó á otros abrir la puerta, cubria la mesa con un paño, y ponía encima la escribanía y el *legal* cuadernillo de papel.

XXVIII.

Dedicaba tambien algunas horas en este cuadernillo, y á veces todo un dia ó una noche entera; escribia en él obras literarias; compuse entonces *Esther d'Engaddi* é *Iginia d'Asti* y los cuatro cantos intitulados: *Tancreda*, *Rosilde*, *Eligi e Valafredo*, y *Adello*, ademas varios esqueletos de tragedias y de otras producciones, como un poema sobre la *Liga lombarda*, y otro sobre *Cristobal Colon*.

Como el obtener se me renovase el cuadernillo, cuando estaba concluido, no era siempre cosa fácil y pronta, hacia el borrador de toda composicion encima de la mesa, ó en los pedazos de papel malo en que me hacia traer hijos secos ú otras frutas. Algunas veces con dar mi comida á uno de los *secondini*, ó hacerle creer que estaba desganado le inducia á regalarme algunos pliegos de papel, lo que solo sucedia en ciertos casos, cuando no cabia ya mas en la mesa, y no podia resolverme á rasparla. Entonces sufría el hambre, y aunque el alcaide tenia en depósito dinero mio, no le pedia en todo el dia de comer, ya porque no sospechase que habia dado mi

comida, ó bien porque el *secondino* no advirtiese que yo habia mentido asegurándole mi inapetencia. Por la tarde me sostenia con café muy fuerte, y suplicaba lo hiciese la *siora Zanze* (Angela). Esta era la hija del alcaide, la cual si podia hacerlo sin saberlo su madre, lo cargaba estraordinariamente, de forma que teniendo mi estómago vacío, me causaba una especie de agitacion nerviosa sin dolor que me tenia despierto en toda la noche.

En este estado de embriaguez moderada sentia redoblárseme las fuerzas intelectuales, poetizaba, filosofaba y oraba hasta la madrugada con maravilloso placer, á cuya hora me asaltaba una repentina flaqueza, por lo que me tendia en la cama, y á pesar de los mosquitos que venian á chuparne la sangre, bien que me tapase, dormia profundamente una ó dos horas.

Estas noches agitadas á causa del café tomado en ayunas, y pasadas en tan dulce exaltacion, me parecian demasiado agradables para no deber proporcionármelas con frecuencia. Así es que sin tener necesidad del papel del *secondino*, no raras veces tomaba el partido de no tocar á mi comida, para lograr por la noche el deseado encanto de la mágica bebida. ¡Feliz cuando conseguia mi intento! Mas de una vez me sucedió que el café no estaba hecho por la compasiva Zanze, y era ineficaz, lo que me ponía algo mal humorado, y en vez de sentirme

electrizado, desfallecia, bostezaba, tenia hambre, me acostaba, y no podia dormir.

Despues me quejaba á Zanze, y ella tenia lástima de mí: un dia que la regañé aspéramente, dándole á entender que me habia engañado, la pobre cilla se puso á llorar y me dijo: señor, nunca he engañado á nadie, y todos me tienen por embustera.

— ¿Todos? luego no soy yo el solo que rabia por esa mala bebida.

— No quiero decir eso, señor. ¡Ah! si supierais... si pudiese abriros mi pecho....

— No lloreis así. ¿Qué diantres teneis vos? Os pido perdon si os he reñido sin razon; me persuado que no es vuestra culpa si el café es tan pésimo.

— Eh, no lloro por eso, señor.

Mi amor propio quedó algo mortificado, pero me reí.

— ¿Con que vos no llorais, por mis reprensiones, sino por otra cosa?

— Sí por cierto.

— ¿Quién os ha llamado embustera?

— Un amante.

Y se puso encarnada, y en su ingenua confianza me contó un idilio cómico-serio que me conmovió.

XXIX.

Desde este dia, fui el confidente de la jovencita, sin saber porqué, y tuvo conmigo largas conversaciones. Me decia: -- Vos sois tan bueno que os miro como una hija puede mirar á su padre.

— Vos me haceis un mal cumplido, le respondí desviando su mano; tengo apenas treinta y dos años, y ya me considerais como vuestro padre.

— Diré, pues, como un hermano.

Y me agarraba por fuerza la mano, y me la apretaba con afecto; y todo esto era inocentísimo.

Decia luego entre mí: fortuna que no es una beldad, pues de lo contrario esta inocente familiaridad podria desconcertarme. Otras veces me decia: fortuna que es tan jóven, no hay peligro de que me enamore de muchachas de esta edad. Algunas veces tenia cierta inquietud, pareciéndome que me habia engañado en juzgarla fea, y me veia en la precision de convenir que no carecia de cierta regularidad en las formas de su cuerpo y facciones de su rostro. Si no estuviese tan descolorida, decia yo, y no tuviese esas pecas en la cara, podria pasar por hermosa.

Verdad es que es imposible no encontrar algun atractivo en la presencia, miradas y conversacion

de una jovencita vivaracha y afectuosa. Nada habia yo hecho por grangear su cariño, y me queria como padre ó como hermano, á eleccion mía. ¿Porqué? Porque habia leído la *Francesca da Rimini* y *Eufemio*, y mis versos la hacian llorar mucho; mas de eso porque estaba preso, *sin haber robado ni matado*, segun ella decia.

Finalmente yo que habia cobrado aficion á Magdalena sin verla, ¿cómo hubiera sido indiferente á los cuidados fraternales, graciosos alhagos y esquisito café de la

Venetianina adolescente sbirra.

Sería un impostor, si atribuyese á cordura el no haberme prendado; no me enamoré, únicamente porque tenia un amante de quien estaba apasionada perdida. ¡Pobre de mí si hubiese sido de otra manera.

Mas si el sentimiento que ella despertó en mí no fue lo que se llama amor, confieso que algo se aproximaba. Deseaba fuese dichosa, lograrse casars con el que le agradaba, no tenia los menores celos, la mas mínima idea de que pudiese escogermé por objeto de su amor. Mas cuando oia abrir la puerta me latia el corazon con la esperanza de que fuese Zanze; si no era ella, no estaba contento, y si lo era, el corazon me palpitaba con mas fuerza, y me ponía alegre.

Sus padres que ya tenian buen concepto de mí

sabian que estaba desatinada por otro, no tenian gran reparo de dejarla venir casi siempre á traerme el café de la mañana, y á veces el de la tarde.

Era tal su simplicidad que me decia: — estoy tan prendada de otro, y no obstante me quedo con gusto á vuestro lado. Cuando no veo á mi amante, me aburro por todas partes, menos aquí.

— ¿No sabes tú porqué?

— No lo sé.

— Te lo voy á decir, porque te dejo hablar de tu amante.

— Por decontado; pero creo que es tambien porque os aprecio sobremanera.

— ¡Pobre moza! tenia el bendito vicio de agarrarme siempre la mano, y apretármela, sin reparar en el placer junto con la turbacion que eso me causaba.

¡Bendito sea Dios que puedo acordarme de esta buena criatura sin el menor remordimiento!

XXX.

Estas memorias serian ciertamente mas divertidas, si la Zanze hubiese estado enamorada de mí, ó si cuando menos yo hubiera hecho extravagancias por ella; y con todo eso la cualidad de simple simpatía que nos unia me era mas grata que el amor, y

si en algun momento temia que en el extravío de mi corazon cambiase de naturaleza, entonces me entristecia seriamente. Una vez, en dudas que esto viniese á suceder, desconsolado de encontrarla (no sabia por qué encanto) cien veces mas hermosa que me habia parecido al principio, sorprendido de la melancolía que experimentaba algunas veces lejos de ella, y del gozo que me causaba su presencia, me puse á hacer el enfadado durante dos dias, imaginándome que se desacostumbraria algun tanto de la familiaridad contraida conmigo. El proyecto no surtia gran efecto : ¡ esta chica era tan sufrida, tan compasiva ! Apoyaba su codo en la ventana, y se quedaba mirándome en silencio. Despues me decia : — Señor, mi compañía os importuna, y sin embargo si pudiera, me quedaria aquí todo el dia, cabalmente porque veo que vos teneis necesidad de distraccion : ese mal humor es efecto natural de la soledad, y si trataseis de charlar un poco, se disipará ; si no quereis vos charlar, charlaré yo.

— ¿ De vuestro amante, eh ?

— ¡ Eh no ! no siempre de él ; sé tambien hablar de otra cosa.

Y empezaba en efecto á contarme las cosillas de su casa, la aspereza de su madre, la bondad del padre, las travesuras de los hermanos, y todo esto lo referia con simplicidad y gracia ; pero sin apercibirse

recaia siempre en el tema predilecto, en su desventurado amor.

No queria yo cesar de hacer el enojado, esperando que ella se indispusiese contra mí ; pero sea inadvertencia ó arte, lo cierto es que no se daba por entendida, y tenia que acabar por serenarme, reir, enternecerme, y agradacerle su dulce paciencia para conmigo. Deseché de mí el ingrato pensamiento de quererla enfadar, y poco á poco se fueron calmando mis temores. En verdad no estaba prendado de ella ; examiné largo tiempo mis escrúpulos, escribí mis reflexiones sobre este punto, y la esplanacion de ellas me agradaba. A veces el hombre se forma fantasmas de nada, y para no temerlas, lo mejor es considerarlas con mas atencion y mas de cerca. ¿ Qué culpa, pues, era, si yo deseaba con tierna zozobra sus visitas, si apreciaba la dulzura de ellas, si gustaba de ser compadecido por ella, y de retribuirle piedad por piedad, puesto que nuestros pensamientos relativos uno á otro eran puros como los mas puros pensamientos de la infancia, puesto que sus apretones de manos y sus mas halagüeñas miradas al mismo tiempo que me turbaban me colmaban de saludable respeto ? Una tarde, desahogando su pecho con motivo de una grande afliccion que habia experimentado, la infeliz me echó los brazos al cuello, y me bañó el rostro con sus lágrimas. En este abrazo no habia la mas mínima idea profana ;

una hija no abraza á su padre con mas respeto. Solo si mi imaginacion quedó demasiado turbada; este abrazo se me venia á la idea con frecuencia, y entonces no podia pensar en otra cosa.

Otra vez que se abandonó á semejante impulso de filial confidencia, me desprendí pronto de sus queridos brazos, sin estrecharla en mi seno, ni besarla, y le dije con voz balbuciente os ruego, Zanze, no me abraceis nunca; eso no está bien. Me clavó los ojos, bajólos, y se abochornó; y ciertamente fue la primera vez que leyó en mi alma la posibilidad de alguna flaqueza para con ella.

Desde entonces en adelante no cesó de ser familiar conmigo, pero su familiaridad se volvió mas respetuosa, mas conforme á mi deseo, y la fui agradecido.

XXXI.

No puedo hablar del mal que aflige á los demás hombres; mas en cuanto al que me ha cabido en suerte, desde que vivo, debo confesar que examinándolo bien, le he hallado siempre útil á alguna cosa, hasta á ese horrible calor que me oprimia, y esos ejércitos de mosquitos que me hacian guerra tan feroz. Mil veces he reflexionado en ello: sin un estado de perenne tormento como era este ¿hubiera

yo tenido la constante vigilancia necesaria para conservarme invulnerable á los dardos de un amor que me amenazaba, y que me hubiera costado trabajo en contener en los límites del respeto, con una índole tan jovial y cariñosa como la de la muchacha? Si temia algunas veces por mí en tal estado, ¿cómo hubiera podido gobernar las vanidades de mi fantasía en un ambiente espuesto al placer y regocijo?

En vista de la imprudencia de los padres de Zanze que tanta confianza tenian en mí, en vista de la imprudencia de ella que no preveia poderme ser causa de culpable arrebató, en vista de la poca seguridad de mi virtud, no hay duda que el sufocante calor de aquel horno, y los crueles mosquitos eran cosa provechosa. Este pensamiento me reconciliaba algo con tal calamidad, y entonces me preguntaba; ¿querrás tú verte libre de ella, y pasar á una buena vivienda bien fresca, y no ver mas á esa afectuosa criatura? Debo decir la verdad, no tenia ánimo para responder á esta pregunta. Cuando se desea algun bien á alguien, es indecible el placer que hacen las cosas mas indiferentes en apariencia, asi una palabra de la Zanze, una sonrisa, una lágrima, el dejar de su dialecto veneciano, la agilidad de su brazo en sacudir con el pañuelo ó abanico los mosquitos que nos picaban á ambos, infundian en el ánimo un contento pueril que duraba todo el dia, siéndome dulce principalmente el ver que se cal-

maban sus aflicciones conversando conmigo, que le era gustosa mi piedad, que la persuadian mis consejos, y que se enardecia su corazon cuando razonabamos de virtud y de Dios.

Cuando hemos hablado juntos de religion, decia ella, rezo con mas voluntad y fe. Y algunas veces interrumpiendo ella de pronto un discurso frivolo, tomaba la Biblia, la abria, besaba el primer versículo que le caia á sus ojos, y queria se lo tradujese y comentase. Añadia en seguida: quisiera que todas las veces que vos leais este versículo, trajeseis á la memoria que he impreso en él mis labios.

No siempre á la verdad sus besos caian á propósito, mayormente si le acontecia abrir el Cántico de los Cánticos, en cuyo caso por no avergonzarla me aprovechaba de su ignorancia del latin, y me valia de frases que salváran la santidad del libro: la inocencia de ella, ambas cosas que me inspiraban profunda veneracion. En tales circunstancias nunca me permití reir; era sin embargo grande mi apuro cuando algunas veces no entendiendo bien ella una falsa version, me suplicaba traducirle el periodo palabra por palabra, y no me dejaba pasar ligeramente á otro punto.

XXXII.

Nada hay durable acá abajo: la Zanze cayó mala; en los primeros dias de su enfermedad venia á verme, quejándose de grandes dolores de cabeza, lloraba y no me esplicaba el motivo de su llanto, solo decia entre dientes algunas quejas contra su amante: es un malvado, exclamaba, ¡Dios le perdone! Por mas que le instaba abriese su pecho como solia, no pude saber lo que tanto la apesadumbraba.

— Volveré mañana por la mañana, me dijo una tarde: mas al dia siguiente me trajo el café su madre, los otros dias los *secondini*, y la Zanze estaba gravemente enferma.

Los *secondini* me referian cosas ambiguas del amor de esta desgraciada, las cuales me hacian erizar los cabellos. ¡Una seduccion! acaso era calumnia. Confieso que lo creí, y estuve muy contristado de tan gran desdicha; mas conservaba todavía la esperanza de que fuese mentira.

Pasado mas de un mes de enfermedad, la pobrecita fue conducido al campo, y no la ví mas. Es increíble cuánta pena tuve de esta pérdida. ¡O cómo mi soledad era mas horrenda! cómo me era mil veces mas amargo saber estaba ausente esta buena

criatura que infeliz ! pues me habia consolado tanto en mis miserias con su dulce compasion , y la mía era estéril para ella. Pero ciertamente estará persuadida que la tengo lástima , y que haria no leves sacrificios por darle algun consuelo , si fuera posible , no cesando de bendecirla y hacer votos por su felicidad.

En tiempo de la Zanze , sus visitas , aunque siempre demasiado cortas , interrumpiendo agradablemente la monotonía de mis continuas meditaciones y silenciosos estudios , mezclando á mis ideas otras , escitándome algun suave efecto , hermosaban verdaderamente mi adversidad , y duplicaban mi existencia. Pasado aquel , la prision volvió á ser para mí un sepulcro ; por espacio de varios dias estuve oprimido de tal tristeza que siquiera tenia gusto en escribir ; esta no obstante era pacífica en comparacion de los furors que habia experimentado otras veces. ¿ Significaba eso que estaba yo ya mas familiarizado con el infortunio ? era mas filósofo , mas cristiano ? ¿ ó bien solamente que el bochorno de mi cuarto postraba hasta la vehemencia de mi dolor ? ; Ah ! ; no la vehemencia del dolor ! me acuerdo que lo sentia violentamente en el fondo del alma , y tal vez con mas vigor , porque me oponia á desahogarlo con clamores y agitaciones.

No hay duda que el largo aprendizaje me habia ya hecho mas capaz de soportar nuevas aflicciones ,

resignándome á la voluntad de Dios. Me habia dicho tantas veces *ser cobardía quejarse* , que al fin sabia refrenar las quejas próximas á prorumpir , y me avergonzaba estuviesen tan listas en mis labios. El ejercicio de escribir mis pensamientos habia contribuido á confortarme el ánimo , á desengañarme de las pompas y vanidades de este mundo , á reducir la mayor parte de los razonamientos á estas conclusiones : hay un Dios : luego infalible justicia : luego todo cuanto sucede , está ordenado al mejor fin : luego el padecer el hombre en la tierra es para bien suyo.

El conocimiento , pues , de la Zanze habia sido un beneficio para mí ; habia moderado mi genio , su dulce aprobacion me habia impelido á no desmentir en algunos meses el deber que incumbe á todo hombre de ser superior á la fortuna , y por consiguiente sufrido , bastando estos pocos meses de constancia para resignarme.

La Zanze me vió solo dos veces en cólera , una con motivo del pésimo café de que ya he hecho relacion , y la otra en el caso siguiente : cada dos ó tres semanas me traia el alcaide una carta de mi familia , carta que pasaba por decontado antes por las manos de la comision , y rigurosamente mutilada con borrones de la mas negra tinta. Sucedió un dia que en vez de rayarme solo algunas frases , me borraron toda la carta , esclusive las palabras *querido Silvio*

que estaban al principio, y las del fin *te abrazamos todos de corazon*. Me puse tan rabioso por eso que en presencia de Zanze empecé á vociferar, y maldije á no sé quién; la pobre jóven tuvo lástima de mí, reprendiéndome al mismo tiempo de incoherencia en mis principios; conocí que ella llevaba razon, y me abstuve de maldecir mas.

XXXIII.

Un día uno de los *secondini* entró en mi prision, y me dijo con aire misterioso: — Cuando estaba aquí la *siora* Zanze.... como era ella quien traía á vos el café... y yo me temía que la taimadilla esplorase todos vuestros secretos...

— No esploró ni uno, le contesté enfadado, y yo, si los tuviese, no seria tan bobo de dejármelos sacar. Continúad.

— Disimuladme; no digo que vos seais bobo á ese punto, pero yo de la *siora* Zanze no me fiaba, y ahora que vos no teneis nadie que venga á hacer os compañía... espero... que...

— ¿Qué? Esplicaos de una vez.

— Juradme primero de no descubrirme.

— ¡Eh! jurar de no descubriros lo puedo: jamas he descubierto á nadie.

¿Decid, pues, de veras que jurais?

— Sí, lo juro, pero tened entendido, mentecato que sois, que el que fuese capaz de descubrir á alguien lo seria tambien de violar su juramento.

Sacó de la faltriquera una carta, y me la entregó temblando, conjurándome de rasgarla despues de leerla.

— Aguardad, le dije abriéndola, tan pronto como la lea la haré añicos en vuestra presencia.

— Mas será necesario que vos respondais, y yo no puedo aguardar; haced como gustéis, solo si pongámonos de acuerdo sobre lo que os voy á decir: cuando vos oigais venir alguien, tened presente que si soy yo siempre cantaré *Sognai, mi gera un gato*, entonces no habeis de temer sorpresa ninguna y podeis conservar guardado en el bolsillo cualquier papel, pero si no oyeseis vos esa copla será señal que ó no soy yo, ó vengo acompañado, en tal caso nunca os debeis fiar en tener oculto algun papel, pues podrán registrar, y si vos teneis alguno rompedlo pronto y tiradlo por la ventana.

— No tengais cuidado: veo que sois despabilado, y lo seré yo tambien.

— Con todo, vos me habeis llamado tonto.

— Haceis bien de echármelo en cara, le dije apretándole la mano. Disimulad.

Marchóse y leí lo que sigue: « soy... (y aquí decia el nombre) uno de vuestros admiradores, sé de memoria vuestra *Francesca da Rimini*; he sido

preso por... (y aquí me ponía el motivo de su prision y la fecha) y daría no sé cuántas libras de mi sangre por tener la dicha de estar en vuestra compañía, ó tener cuando menos una prision contigua á la vuestra, á fin de poder hablar juntos. Desde que supe por Tremereño (asi llamaremos al confidente) que estabais preso, y por qué causa, deseé con ansia deciros que nadie mas que yo os ama. ¡Tendreis bastante bondad para aceptar la siguiente propuesta: que aligerariamos entrambos la pesada carga de nuestra soledad escribiéndonos? Os prometo, á fe de hombre de honor, que alma en el mundo nunca sabrá nada por mi parte, persuadido que si vos aceptais, puedo esperar de la vuestra el mismo sigilo. Entre tanto para que tengais algun conocimiento de quién yo soy, os haré un compendio de mi historia. (Seguia la historia.)

XXXIV.

El lector comprenderá sin dificultad, por poco que esté dotado de imaginacion, el efecto eléctrico de semejante escrito sobre un cuitado preso, mayormente un preso de genio nada salvaje, y de corazon amante. Mi primer impulso fue sentir afecto por este conocido, interes por sus desgracias, y re-

conocimiento por la benevolencia que me manifestaba. Sí, exclamé, acepto tu propuesta, ¡hombre generoso. ¡Quiera Dios que mis cartas te lleven igual consuelo al que me traerán las tuyas, al que ya me proporcionó tu primera! Leí y releí esta carta con un júbilo infantil, y bendije mil veces á quien la habia escrito, pareciéndome que cada expresion revelaba un alma noble y generosa.

Estaba poniéndose el sol, y era la hora de mi oracion. ¡Ah! cómo Dios se hacia conocer á mí, ¡cómo le daba gracias de suscitarme siempre nuevo arbitrio de no dejar ociosas las potencias de mi alma y de mi corazon! ¡cómo se reanimaba la memoria de todos sus preciosos dones! Estaba de pie en la ventana grande, con los brazos fuera de las rejas, y las manos cruzadas: la iglesia de San Márcos estaba debajo de mí, una multitud prodigiosa de palomas torcaces se picoteaban, revoloteaban, y hacian sus nidos sobre el tejado de plomo; el mas magnífico cielo se presentaba á mi vista, dominaba yo á toda la parte de Venecia que alcanzaba á ver desde mi prision, un rumor lejano de voces humanas me heria dulcemente los oidos. En este parage infeliz, pero estupendo, conversaba con Aquel que solo me veia, le recomendaba mi padre, mi madre, y una por una todas las personas que yo amaba, y creia que me respondía: «confía en mi bondad,» y yo exclamaba: «sí, en tu bondad confío.» Y

preso por... (y aquí me ponía el motivo de su prision y la fecha) y daría no sé cuántas libras de mi sangre por tener la dicha de estar en vuestra compañía, ó tener cuando menos una prision contigua á la vuestra, á fin de poder hablar juntos. Desde que supe por Tremereño (asi llamaremos al confidente) que estabais preso, y por qué causa, deseé con ansia deciros que nadie mas que yo os ama. ¿Tendreis bastante bondad para aceptar la siguiente propuesta: que aligerariamos entrambos la pesada carga de nuestra soledad escribiéndonos? Os prometo, á fe de hombre de honor, que alma en el mundo nunca sabrá nada por mi parte, persuadido que si vos aceptais, puedo esperar de la vuestra el mismo sigilo. Entre tanto para que tengais algun conocimiento de quién yo soy, os haré un compendio de mi historia. (Seguia la historia.)

XXXIV.

El lector comprenderá sin dificultad, por poco que esté dotado de imaginacion, el efecto eléctrico de semejante escrito sobre un cuitado preso, mayormente un preso de genio nada salvaje, y de corazon amante. Mi primer impulso fue sentir afecto por este conocido, interes por sus desgracias, y re-

conocimiento por la benevolencia que me manifestaba. Sí, exclamé, acepto tu propuesta, ¡hombre generoso. ¡Quiera Dios que mis cartas te lleven igual consuelo al que me traerán las tuyas, al que ya me proporcionó tu primera! Leí y releí esta carta con un júbilo infantil, y bendije mil veces á quien la habia escrito, pareciéndome que cada expresion revelaba un alma noble y generosa.

Estaba poniéndose el sol, y era la hora de mi oracion. ¡Ah! cómo Dios se hacia conocer á mí, ¡cómo le daba gracias de suscitarme siempre nuevo arbitrio de no dejar ociosas las potencias de mi alma y de mi corazon! ¡cómo se reanimaba la memoria de todos sus preciosos dones! Estaba de pie en la ventana grande, con los brazos fuera de las rejas, y las manos cruzadas: la iglesia de San Márcos estaba debajo de mí, una multitud prodigiosa de palomas torcaces se picoteaban, revoloteaban, y hacian sus nidos sobre el tejado de plomo; el mas magnífico cielo se presentaba á mi vista, dominaba yo á toda la parte de Venecia que alcanzaba á ver desde mi prision, un rumor lejano de voces humanas me heria dulcemente los oidos. En este parage infeliz, pero estupendo, conversaba con Aquel que solo me veía, le recomendaba mi padre, mi madre, y una por una todas las personas que yo amaba, y creía que me respondía: «confía en mi bondad,» y yo exclamaba: «sí, en tu bondad confío.» Y

concluía mi plegaria enternecido, consolado, y poco inquieto de las mordeduras que me habian dado tan á las suyas los mosquitos.

Esta noche, despues de tanta exaltacion, empe-
zándose á calmar la fantasía, principiando á ser in-
sufribles aquellos insectos, teniendo por precision
que taparme cara y manos, un pensamiento ruin
y malo se ocurrió, me hizo estremecer, quise dese-
charlo y no pude. Tremerello me habia inspirado
una infame sospecha sobre la Zanze, á saber, que
era una exploradora de mis secretos; ¡ella! ¡esa
alma cándida! que nada sabia de política, y que
mas es, nada queria saber. Dudar de ella era im-
posible, mas me pregunté: ¿tengo la misma cer-
teza con respecto á Tremerello? ¿quién sabe si este
trapacero no es el instrumento de alguna odiosa
trama? ¿si la carta está escrita por un cualquiera,
para inducirme á hacer importantes confidencias al
nuevo amigo? Quizá el supuesto preso que me es-
cribe, tan siquiera existe; tal vez existe, y es un
pérfido que inquiere el conocer secretos para resca-
tar su vida revelándolos, acaso es un hombre de
bien, sí, y el pérfido es solo Tremerello que quiere
perdernos á ambos para ganar un salario mas cre-
cido. ¡O posición terrible, mas harto natural á
aquel que gime en la cárcel, el temer por todos la-
dos enemistad y fraude!

Tales dudas me angustiaban, me envilecian. No,

por Zanze nunca habia podido tenerlas un momento.
No obstante desde que Tremerello habia soltado al-
gunas palabras acerca de ella, una media duda me
quedaba, no sobre ella, sino sobre los que la dejaban
venir á mi estancia. ¿Le habian dado el encargo de
espía por propio celo ó por voluntad superior? ¡Oh!
si lo último, fueron muy mal servidos.

Ahora bien, por lo que respecta al desconocido,
¿qué hay que hacer? ¿Atenerse á los severos y re-
ducidos consejos del miedo que se apellidan pru-
dencia? ¿Devolverle la carta á Tremerello, y decirle:
no quiero arriesgar la paz. Y ¿si no habia algun
dolo? Y ¿si el individuo desconocido es un hombre
digno de mi amistad, y acreedor á que se esponga
alguna cosa por templarle las angustias de la sole-
dad? ¡Cobarde! tú estás quizás á dos pasos de la
muerte, la fatal sentencia puede pronunciarse de un
día á otro, y ¿rehusarás hacer un postrer acto de
amor? Debo responder sí, lo debo, mas si por des-
gracia viniendo á descubrirse esta correspondencia,
y ninguno pudiese en conciencia hacernos un crí-
men, ¿no es verdad, pues, que un terrible castigo
alcanzará á ese pobre Tremerello? ¿No es bastante
esta consideracion para imponerme como absoluto
deber el no emprender correspondencia clandes-
tina?

XXXV.

Estuve agitado toda la tarde, no cerré los ojos en toda la noche, y en medio de tantas perplejidades no sabia qué resolver. Salté de la cama al amanecer, subí á la ventana para orar, pues en los casos árdüos se debe consultar á Dios con confianza, escuchar sus inspiraciones, y atenerse á ellas. Así lo hice, y despues de una larga oracion, me bajé, sacudi los mosquitos, pasé suavemente la mano por mis mejillas cubiertas de picaduras, y abracé mi partido, cual era esponer á Tremerello mi temor de que aquella correspondencia le podria perjudicar, renunciar á ella si estaba indeciso, aceptar si no manifestaba inquietud alguna. Me estuve paseando hasta que oí *Sognai, mi gera un gato, E ti me carezzevi*; Tremerello me traía el café. Le participé mis escrúpulos, no omitiendo nada por meterle miedo; le encontré firme en la voluntad *de servir*, decia él, á *dos caballeros tan cabales*. Esto estaba en oposicion con la cara de maricon que tenia, y con el nombre de Tremerello que le dabamos. Y bien, tambien yo me mantuve firme.

Os dejaré mi vino, le dije, proveedme de papel necesario para la empresa, y estad seguro que si oigo sonar las llaves sin vuestra copla, destruiré en un vuelo cualquier objeto oculto.

— Ved aquí cabalmente un pliego, os daré siempre cuantos quiera, y me atengo perfectamente á vuestra prudencia.

Me quemé el paladar por engullir pronto el café, Tremerello se fué, y me puse á escribir. ¿Obraba yo bien? ¿la resolucion que tomaba estaba verdaderamente inspirada por Dios? ¿no era mas bien un triunfo de mi natural osadía de anteponer lo que me agrada á penosos sacrificios? ¿una mezcla de orgullosa complacencia por el aprecio que me mostraba el desconocido, y de temor de parecer pusilánime, si prefiria un prudente silencio á una correspondencia algo arriesgada? ¿Cómo resolver estas dudas? Las espuse cándidamente á mi compañero de cárcel respondiéndole, y añadí no obstante era mi dictámen que cuando se cree obrar con buenas razones y sin manifesta repugnancia de la conciencia, no es culpa el temer; le supliqué tambien reflexionase con toda la seriedad que requeria el asunto, y me dijese francamente con qué grado de tranquilidad ó de inquietud se determinaba á ello. Si por nuevas reflexiones juzgaba demasiado temeraria la empresa, haríamos el esfuerzo de renunciar al consuelo que nos prometia la correspondencia, y nos contentariamos con habernos conocido por medio del trueque de pocas palabras, indelebles y garantes de grande amistad.

Escribí cuatro caras llenas del mas sincero afecto,

indiqué brevemente el motivo de mi arresto, hablé con desahogo de mi familia y de algunas otras personas de mi aprecio, y procuré darme á conocer hasta en lo íntimo del alma.

Por la tarde fue llevada mi carta. No habiendo dormido la noche antes, estaba muy rendido, por lo mismo no se hizo desear el sueño, y me desperté en la mañana siguiente descansado, alegre, y palpitando al dulce pensamiento de tener tal vez dentro de poco la respuesta del amigo.

XXXVI.

La respuesta vino con el café. Salté al cuello de Tremereño, y le dije con ternura : ¡ Dios te remunerar de tanta caridad ! Mis sospechas sobre él y el desconocido se habían disipado, sin saber precisamente porqué ; por la razón de que me eran odiosas, por motivo de tener la cautela de no hablar nunca inconsideradamente de política, pareciéndome inútiles, porque, al paso que soy admirador del ingenio de Tácito, tengo poca fe en la infalibilidad de esta justicia á la Tácito, que consiste en ver casi todo en negro.

Juliano (así se firmaba el que me escribía) empezaba la carta con un preámbulo de urbanidad, y

se decía esento de toda inquietud respecto á la correspondencia proyectada ; en seguida se chanceaba primero moderadamente sobre mi vacilación, luego la chanza venía á ser picante. En fin á continuación de un elocuente elogio acerca de la sinceridad, me pedía excusas de no poder ocultarme la desazon que había experimentado, apercibiendo en mí, según su entender, *cierta fluctuación escrupulosa, cierta cristiana delicadeza de conciencia que no puede concordar con la verdadera filosofía.*

« Os apreciaré siempre, añadía, aun cuando no » podamos estar acordes sobre este punto, pero la » sinceridad que me caracteriza me pone en la obligación de deciros que no tengo religión, las » aborrezco á todas, tomando por *modestia* el nombre de Juliano, porque este buen emperador era » enemigo de los cristianos, pero en realidad voy » mucho mas lejos que él, pues el coronado Juliano » creía en Dios, y tenía sus ciertas *santurroneñas*, » y yo no tengo ninguna, no creo en Dios, cifro » toda virtud en amar la verdad y á quien la busca, » y en odiar á quien me disgusta. »

Y continuando por este estilo, no daba razones sobre nada, invectivaba á derecha é izquierda contra el cristianismo, alababa con pomposa energía la sublimidad de la irreligión, y con estilo, ya serio, ya burlesco, hacia el elogio del emperador Juliano con motivo de su apostasia y de la *filantrópica ten-*

tativa que hizo de no dejar en la tierra vestigio alguno del Evangelio.

Temiendo luego haber contrareestado demasiado mis opiniones, me pedia otra vez perdon, y declaraba contra la falsedad tan comun en los hombres. Repetia su grandísimo deseo de estar en relacion conmigo, y me saludaba.

En posdata decia : « no tengo mas escrúpulos » que el no ser bastante franco. No puedo por consiguiente callaros la sospecha que tengo, y es que el lenguaje cristiano que vos manifestais en la vuestra, lo creo fingido; lo deseo ardientemente. » En tal caso arrojad la mascarilla, yo os he dado ejemplo de ello. »

No podré decir el efecto extraordinario que me hizo esta carta : palpitaba como un enamorado á los primeros renglones, y despues creí que una mano de nieve estrechaba mi corazon. Me ofendió el sarcasmo sobre la delicadeza de mi conciencia. Me pesó el haber entrado en conexion con tal hombre : ¡yo que desprecio tanto el cinismo ! ¡yo que le miro como la mas antifilosófica, y soez de todas las tendencias ! ¡yo que me dejo tan poco imponer por la arrogancia.

Leida la última sílaba, cogí la carta entre el pulgar é índice de una mano, y el pulgar é índice de la otra, y alzando la mano izquierda, bajé rápidamente la derecha, por manera que cada

una de ambas manos quedó posesionada de media carta.

XXXVII.

Miré estos dos pedazos, y me quedé meditando por un instante sobre la inconstancia de las cosas humanas, y la falsedad de sus apariencias. Poco antes ¡tanto deseo de esta carta ! y ahora la desgarró con desprecio; poco antes ¡tanto presentimiento de futura amistad con este compañero de adversidad, tanta persuasion de mutuo consuelo, tanta disposicion á mostrarme con él afectuoso ! y ahora le llamo insolente.

Puse ambos pedazos uno sobre otro, y los rompí segunda vez del mismo modo ; iba á hacer otro tanto, mas uno de ellos cuatro se me cae de la mano, me bajé á cogerlo, y en el breve espacio de tiempo de bajarme y levantarme, cambié de parecer, y me dió ganas de releer este orgulloso escrito. Me siento, junto los cuatro retazos sobre la mesa, y vuelvo á leer ; los dejo en este estado, me paseo, los releo aun, haciendo estas reflexiones : « si no le respondo, juzgará que estoy aterrado de confusion, y no me atrevo á comparecer ante tal Hércules : » respondámosle, hagámosle ver que no tememos la confrontacion de las doctrinas, demostrémosle con

buen modo que no es cobardía madurar los proyectos, estar vacilante cuando se trata de una resolución algo peligrosa, y mas peligrosa para otros que para nosotros. Tenga entendido que el verdadero ánimo no consiste en mofarse de la conciencia, y que la verdadera dignidad no estriba en el orgullo. Descubramosle la invencible razón del cristianismo, y el poco fundamento de la incredulidad. Y finalmente si Juliano manifiesta opiniones tan opuestas á las mías, si no me escasea los punzantes sarcasmos, si se digna tan poco de cautivar mi ánimo, ¿no prueba eso á lo menos que es una espía? ¿No podrá ser una sutileza de arte el chocar con tanta vehemencia mi amor propio? Aun no, no puedo creerlo; soy un perverso que, porque me siento ofendido de esas temerarias chanzas, quisiera persuadirme que el que me las dirige es el mas despreciable de los hombres. ¡Perversidad vulgar que he condenado mil veces en los demas, desvíate de mi corazón! No, Juliano es lo que es, y nada mas, es un insolente, y no una espía. ¿Y yo tengo verdaderamente derecho de dar el odioso nombre de *insolencia* á lo que él reputa sinceridad? ¡Esta es tu humildad, o hipócrita! Basta que uno, por error de juicio, sostenga opiniones falsas, y se burle de tu fe, al instante te arrogas el derecho de vilipendiarle. ¡Dios sabe si esta humildad furibunda, y este celo depravado en el pecho de un cristiano co-

mo yo, no son peores que la atrevida sinceridad de ese incrédulo! Quizá no le falta sino un rayo de la gracia, para que su enérgico amor se mude en religión mas sólida que la mia. ¿No obraria yo mejor en rogar por él, que irritarme y suponerme mas bueno? ¿quién sabe si mientras yo rompía furiosamente su carta, no leía y releía él la mia con dulce afecto, si confiaba tanto en mi bondad para creerme incapaz de ofenderme de sus libres palabras? ¿Cuál será el mas inicuo de dos, uno que ama y dice: «no soy cristiano,» ó bien el que dice: «soy cristiano» y no ama? Es cosa difícil conocer á un hombre, despues de haber vivido con él varios años, y ¿yo quisiera juzgar á este por una mera carta? Entre tantas posibilidades, ¿no puede suceder que sin confesarlo á sí mismo no esté tranquilo con su ateísmo, y que me escita á combatirlo con la secreta esperanza de deber ceder? ¡Ojalá sea así! ¡O gran Dios, en cuyas manos los mas indignos instrumentos pueden ser eficaces, elegidme, elegidme para esta obra! ¡Dictadme tales poderosas y santas razones que convenzan á este infeliz, para llevarle á bendeciros, y á hacerle ver que lejos de vos, no hay virtud que no sea contradicción!

XXXVIII.

Rompí mas menudamente los cuatro pedazos de la carta, pero sin residuo de cólera, fui á la ventana, alargué la mano, y me quedé mirando la suerte de todos esos papelillos á la clemencia del viento: algunos se posaron en los plomos de la iglesia, otros giraron largamente por el aire, y cayeron al suelo; los ví tan dispersados que no habia peligro que alguien los recogiese y penetrase el misterio.

Escribí en seguida á Juliano, y puse todo mi esmero en no estar picado ni darlo á entender. Me chancée sobre el temor suyo de que yo llevase la delicadeza de conciencia á un grado no conforme con la filosofía, y le supliqué suspendiese por lo menos sobre esto su juicio, alabé la profesion que hacia de sinceridad, asegurándole que respecto á esto me encontraría siempre de su misma opinion, y añadí que para darle una prueba me constituia por defensor del cristianismo, « bien persuadido, decia yo, que así como estaré siempre pronto á oír amigablemente todas vuestras opiniones, así tambien tendreis vos la generosidad de escuchar las mias pacíficamente. »

Esta apología me proponia hacerla poco á poco,

y desde luego la comenzaba con un analisis fiel de la esencia del cristianismo, es á saber: culto de Dios, esento de supersticion — fraternidad entre los hombres — aspiracion perpetua á la virtud — humildad sin bajeza — dignidad sin orgullo — modelo, un Hombre-Dios. ¿Qué cosa mas filosófica y mas grande?

Quería luego demostrar, cómo esta profunda sabiduría estaba esparcida mas ó menos eficazmente en cuantos con la luz de la razon habian buscado la verdad, pero nunca se habia difundido en la universalidad, y cómo venido el divino Maestro á la tierra, dió señal estupenda de ella misma, operando con los medios humanamente mas débiles esta difusion. Lo que los sumos filósofos no pudieron jamas hacer, á saber, la destruccion de la idolatría, y la predicacion general de la fraternidad, lo ejecutaron algunos toscos mensajeros. Entonces la emancipacion de los esclavos se hizo mas frecuente cada dia, y al cabo apareció una civilizacion sin aquellos, estado de sociedad que parecia imposible á los filósofos de la antigüedad.

Una reseña de la historia del mundo desde Jesu-
cristo debia por último demostrar, cómo la religion establecida por él se habia encontrado siempre adaptada á todos los grados posibles de civilizacion. Es pues falso que esta continuando su marcha progre-

siva, el Evangelio cese un día de estar en armonía con ella.

Escribí en letra muy menuda, y bastante estendido, mas con todo no pude ir muy adelante, pues me faltó papel. Leí y releí mi introduccion, y no me pareció mal; no habia tan siquiera una frase de resentimiento tocante á los sarcasmos de Juliano, y las espresiones de benevolencia abundaban por el contrario, habiéndolas dictado el corazon vuelto ya del todo tolerante.

Despaché la carta, y en la mañana siguiente esperaba con ansia la respuesta. Tremereño vino, y me dijo:

— Ese caballero no ha podido escribir, mas os ruega continueis vuestras chanzas.

— ¿Chanzas? exclamé; ¡eh! no habrá dicho chanzas; habreis entendido mal.

— Habré entendido mal, repitió Tremereño, encogiéndose de hombros.

— ¿Con que estais vos seguro que ha dicho chanzas?

— Vaya si estoy seguro, como lo estoy de oír en este instante las campanadas de San Marcos (cabalmente estaban repicando). Sorbí el café y calléme.

— Decidme ¿ese caballero habia leído toda mi carta?

— Discurro que sí, porque se reia, se reia como un desatinado y hacia con la carta una pelotilla que

arrojaba al aire, y cuando le advertí no olvidase romperla en seguida la hizo añicos al punto.

— Está muy bien.

Y dí á Tremereño la taza diciéndole que se conocia que habia hecho el café la *siora* Bettina.

— ¿Vos le habeis encontrado malo?

— Pésimo.

— Pues yo lo he hecho, y os aseguro que estaba bien cargado y no tenia posos.

— Tal vez será mi paladar que no está en su punto.

XXXIX.

Me paseé toda la mañana echando pestes. ¿Qué casta de hombre es ese Juliano? ¿porqué llamar mi carta una chanza? ¿porqué reirse y jugar con ella á la pelota? ¿porqué no escribirme siquiera un renglon? Todos los incrédulos son lo mismo. Conociendo la debilidad de sus opiniones, si alguno llega á impugnarlas, no dan oídos á nada, se mofan, ostentan una superioridad de ingenio, que no tiene ya necesidad de examinar nada. ¡Desgraciados! ¿De cuándo acá hay filosofía sin exámen ni seriedad? Si es verdad que Demócrito siempre se estaba riendo, era al fin un bufon. Me está bien empleado. ¿Por-

qué emprender esa correspondencia? Un momento de ilusion es perdonable, mas cuando ví que se insolentaba, ¿no fui un necio de escribirle otra vez?

Estaba resuelto á no tomar mas la pluma para él. A la comida Tremereño tomó mi vino, lo echó en un frasquillo, y metiéndoselo en la faltriquera: ¡ah! me acuerdo, dijo él, que tengo papel que dar á vos. Y me lo alargó.

Salióse, y yo mirando aquel papel blanco, me venia la tentacion de escribir por la última vez á Julian, de despedirle con una buena leccion sobre lo impertinente que es la insolencia. — ¡Bella intencion! dije luego, ¡volverle desprecio por desprecio! ¡hacerle odiar aun todavía mas el cristianismo, cuando le muestre en mí, que soy cristiano, impaciencia y orgullo! No, esto no puede ir asi, cesemos totalmente la correspondencia. — Y si la ceso tan atropelladamente, ¿no dirá él asimismo que me vencieron la impaciencia y orgullo? Conviene escribirle otra vez y sin hiel; mas si puedo escribirle sin hiel, ¿no será mejor no darme por entendido de sus risas y del nombre de chanza que ha dado á mi carta? ¿no valdrá mas continuar buenamente mi apología del cristianismo? Reflexione algo en ello, y me ature á este partido.

Por la tarde envié mi pliego, y en la mañana siguiente recibí algunos renglones de agradecimiento, muy frios, sí, pero sin espresiones mordaces, y tam-

poco sin la menor muestra de aprobacion ni de invitacion á proseguir.

Esta esquila me disgustó: con todo resolví no desistir hasta el fin. Mi tesis no podia tratarse con brevedad, y fue el objeto de cinco ó seis largas cartas, á cada una de las cuales me venia en respuesta un lacónico agradecimiento, acompañado de alguna declamacion estraña al tema, ya imprecando contra sus enemigos, ya riéndose de haberlos imprecado, y diciendo ser natural que los fuertes opriman á los débiles, y no quejarse de otra cosa sino de no ser fuerte, y ya haciéndome confidente de sus amoríos, y el imperio que estos ejercian en su atormentada imaginacion.

Sin embargo á mi última carta sobre el cristianismo, decia él que me estaba preparando una larga respuesta. Esperé mas de una semana, y entre tanto me escribia todos los dias de otras cosas que eran las mas veces obscenas. Le rogué se acordára de la respuesta que me debia, y le recomendé de querer aplicar su ingenio en pesar seriamente todas las razones que le habia dado. Me respondió con algun desabrimiento prodigándose los atributos de filósofo, de hombre seguro, de hombre que no necesitaba de reflexionar tanto para no recibir gato por liebre; y volvió á hablar alegremente de aventuras escandalosas.

XL.

Todo lo sufría yo con paciencia para no hacerme llamar *hipócrita* é intolerante, y porque no desesperaba que tras esta fiebre de eróticas bufonadas, vendría un periodo de seriedad. Entre tanto manifestaba á Juliano mi desaprobacion por su poco respeto para con las mugeres, por su profano modo de tratar el amor, y me compadecía de las desventuradas que me decia haber sido víctimas suyas.

Aparentaba creer poco á mi desaprobacion y repeticion: « aunque declamais vos tanto contra la inmoralidad, estoy seguro que os divierten mis historias; todos los hombres aman el placer como yo, mas no todos tienen la franqueza de hablar á las claras, os diré tantas que os encantarán, y estaréis obligado en conciencia á aplaudirme. »

Pasábanse semanas y mas semanas, y nunca desistía de estas infamias, y yo que á cada carta, contando siempre con un nuevo tema, me dejaba llevar por la curiosidad, lo leía todo, y mi alma quedaba, no ya seducida sino turbada y alejada de pensamientos nobles y santos, pues el conversar con hombres estragados envilece, á no ser que se tenga una virtud mucho mayor de la comun, superior á la mia.

Ya estás castigado, decia yo á mí mismo, de tu presuncion: eso es lo que se gana con querer hacer el misionero sin tener en sí el carácter sagrado de él.

Un dia me decidí á escribirle estas palabras: « hasta la presente todos mis esfuerzos han sido demasiado rígidos á llamar á vos á otros puntos, y me enviais siempre patrañas que os digo francamente me desagradan. Si vos gustais de que hablemos de cosas mas dignas, continuaremos la correspondencia, de otro modo, toquémonos la mano, y cada uno allá se las avenga. »

Estuve dos dias sin respuesta, y por de pronto me alegré. ¡ O bendita soledad! exclamé, ¡ cuán menos amarga eres que una conversacion sin conformidad de pareceres y sin nobleza! En vez de atormentarme leyendo relaciones impúdicas, en vez de fatigarme en valde en oponer contra ellas la expresion de sentimientos que honran á la humanidad, volveré á hablar con Dios, con la amada memoria de mi familia y de mis verdaderos amigos. Volveré á leer la Biblia, á escribir mis pensamientos en la mesa, estudiando lo interior de mi corazon, y procurando mejorarle, y á disfrutar de las dulzuras de una melancolía inocente, mil veces preferible á imágenes alegres é inicuas.

Todas las veces que Tremereño entraba en mi prision, me decia: no tengo todavía respuesta. Está bien, le respondia yo.

El tercer día me dijo: — el señor N. N. está medio malo.

— ¿Qué tiene?

— No lo dice, está siempre tendido en la cama, no come, ni bebe, y tiene mal humor.

Me desazoné, pensando que padecía, y no tenía nadie que le consolara. Escapáronse de mis labios ó mas bien del corazón: — « le escribiré dos renglones: »

— Los llevaré esta noche, dijo Tremello; y se marchó.

Estuve algo perplejo, poniéndome á la mesa: ¿hago bien de escribirle? ¿no bendecía poco ha la soledad como un tesoro recuperado? Qué inconstancia es pues la mía! A todo esto, el infeliz ni come, ni bebe, seguramente está enfermo. ¿Es este el momento de abandonarle? La última escuela era áspera, habrá contribuido á afligirle; acaso, á pesar de nuestros diversos modos de sentir, nunca hubiera roto él nuestra amistad. Mi papel le habrá parecido mas duro de lo que era, le habrá tomado por una despedida absolutamente despreciable.

XLI.

Escribí en los términos siguientes: « he sabido que vos no estais bueno, lo que siento sobremanera, quisiera con todo mi corazón estar á vuestro lado

para ofreceros todos los servicios de amigo. Espero que el quebranto de vuestra salud ha sido el único motivo de vuestro silencio desde tres días á esta parte. ¿Por ventura os habreis ofendido de mi última carta? Pues os aseguro que la escribí sin la menor malicia con solo la intencion de atraeros á otros objetos mas serios de conversacion. Si el escribir os hace mal, enviadme solamente noticias exactas de vuestra salud, yo os escribiré todos los días alguna cosita para distraeros, y para que vos no olvideis que os quiero bien. »

Nunca me hubiera esperado á la carta que me respondió; comenzaba así: « te retiro la amistad; si « no sabes qué hacer de la mía, tampoco sé qué hacer de la tuya. No soy hombre que perdona ofensas, no soy hombre que desechado una vez, vuelve. Porque sabes que estoy enfermo, te acoges hipócritamente á mí, esperando que la enfermedad debilite mi espíritu, y me disponga á escuchar tus sermones... » Y continuando de este modo, me vituperaba con violencia, se burlaba de mí, ridiculizaba cuanto le habia dicho de religion y moral, protestando vivir y morir siempre el mismo, esto es, con el mayor odio y desprecio contra todas las filosofías diversas de la suya.

Quedéme atolondrado. — ¿Qué bellas conversiones hago! exclamé con estrechamiento y dolor. ¿Dios es testigo si mis intenciones no eran puras! No, es-

tas injurias no las he merecido. Pues bien, paciencia, y un desengaño de mas. Allá se lo haya, si se imagina ofendido, por tener el gusto de no perdonarle. Mas de lo que he hecho no estoy obligado á hacer.

Pasados no obstante algunos dias, se mitigó mi indignacion, y creí que una carta frenética podia haber sido fruto de una exaltacion pasagera. Acaso está ya avergonzado de ello, decia yo, y es demasiado orgulloso para confesarse culpado. ¿No será una accion generosa, ahora que ha tenido tiempo de apaciguarse, escribirle otra vez? Me costaba bastante hacer tamaño sacrificio de amor propio, mas al fin lo hice, pues quien se humilla sin bajeza, no sedesdora, cualquier injusto desprecio que le avenga.

Tuve por respuesta una carta menos violenta, pero no menos insultante. Me decia, como implacable que estaba, que admiraba mi evangélica moderacion. » Ahora bien, proseguia, continuemos nuestra correspondencia, pero hablemos claro: no nos amamos uno á otro, escribámonos para divertirse cada uno de por sí, poniendo en la carta libremente cuanto se nos pase por la cabeza, vos sus cavilaciones seráficas, y yo mis blasfemias, vos sus éxtasis por la dignidad del hombre y de la muger, y yo el cuadro ingénuo de mis profanaciones, esperanzado yo de convertir á vos, y vos á mí. Responedme si le agrada este pacto. »

Respondí: « no es un pacto lo que vos me proponéis sino una irrisión; abundo de buena voluntad para con vos, la conciencia no me obliga á mas que á deseáros toda especie de felicidad en esta vida y en la otra. »

Así se acabó mi clandestina relacion con este hombre (¿quién sabe?) tal vez mas irritado por la desgracia, y delirante por la desesperacion que depravado.

XLII.

Bendije otra vez de todas veras la soledad, y mis dias se pasaron de nuevo por algun tiempo sin aventuras. El estío se acabó, en la última mitad de setiembre iba disminuyéndose el calor, llegó octubre y me alegraba entonces tener una habitacion que debia ser buena en el invierno, cuando hete aquí que una mañana el alcaide me dice tener orden de mudarme de prision.

— ¿Y adónde vamos?

— A pocos pasos de aquí, en un cuarto mas fresco.

— ¿Y porqué no haber pensado en ello cuando me moria de calor, y el aire estaba plagado de mosquitos, y la cama de chinches?

— La orden no ha llegado primero.

tas injurias no las he merecido. Pues bien, paciencia, y un desengaño de mas. Allá se lo haya, si se imagina ofendido, por tener el gusto de no perdonarle. Mas de lo que he hecho no estoy obligado á hacer.

Pasados no obstante algunos dias, se mitigó mi indignacion, y creí que una carta frenética podia haber sido fruto de una exaltacion pasagera. Acaso está ya avergonzado de ello, decia yo, y es demasiado orgulloso para confesarse culpado. ¿No será una accion generosa, ahora que ha tenido tiempo de apaciguarse, escribirle otra vez? Me costaba bastante hacer tamaño sacrificio de amor propio, mas al fin lo hice, pues quien se humilla sin bajeza, no sedesdora, cualquier injusto desprecio que le avenga.

Tuve por respuesta una carta menos violenta, pero no menos insultante. Me decia, como implacable que estaba, que admiraba mi evangélica moderacion. » Ahora bien, proseguia, continuemos nuestra correspondencia, pero hablemos claro: no nos amamos uno á otro, escribámonos para divertirse cada uno de por sí, poniendo en la carta libremente cuanto se nos pase por la cabeza, vos sus cavilaciones seráficas, y yo mis blasfemias, vos sus éxtasis por la dignidad del hombre y de la muger, y yo el cuadro ingénuo de mis profanaciones, esperanzado yo de convertir á vos, y vos á mí. Responde ponedme si le agrada este pacto. »

Respondí: « no es un pacto lo que vos me proponéis sino una irrisión; abundo de buena voluntad para con vos, la conciencia no me obliga á mas que á deseáros toda especie de felicidad en esta vida y en la otra. »

Así se acabó mi clandestina relacion con este hombre (¿quién sabe?) tal vez mas irritado por la desgracia, y delirante por la desesperacion que depravado.

XLII.

Bendije otra vez de todas veras la soledad, y mis dias se pasaron de nuevo por algun tiempo sin aventuras. El estío se acabó, en la última mitad de setiembre iba disminuyéndose el calor, llegó octubre y me alegraba entonces tener una habitacion que debia ser buena en el invierno, cuando hete aquí que una mañana el alcaide me dice tener orden de mudarme de prision.

— ¿Y adónde vamos?

— A pocos pasos de aquí, en un cuarto mas fresco.

— ¿Y porqué no haber pensado en ello cuando me moria de calor, y el aire estaba plagado de mosquitos, y la cama de chinches?

— La orden no ha llegado primero.

— Vaya ¡paciencia!

Sin embargo de haber padecido bastante en esta prision, me costaba dejarla, no solo porque en la estacion fria debia ser muy buena, sino por otras muchas razones, á saber, allí estaban las hormigas que yo tanto quería, y daba de comer con una solicitud, si no fuese espresion ridícula, diria casi paternal, hacia unos dias que la querida araña de que he hablado se habia escapado sin saber porqué, y me decia; ¿quién sabe si se acordará de mí y si volverá? y ahora que me voy, encontrará vacía la prision, ó si está algun otro huesped en ella, podrá ser enemigo de arañas, y romperá con su zapato esa hermosa tela, y despachurrará al pobre animalito. Ademas ¿esa triste prision no habia sido hermoseada con la presencia de la compasiva Zanze? en esa ventana se apoyaba tantas veces, y dejaba caer generosamente migajillas de pan á mis hormigas. Aquí se solia sentar, allí me refirió tal cuento, mas allá cual otro, de aquel lado se inclinaba hacia la mesa, y sus lágrimas caian encima.

El lugar donde me pusieron estaba tambien debajo de los plomos, con ventanas, una al norte, y otra al poniente, mansion de perpetuos resfriados, y de horrible hielo en los meses rígidos. La ventana de poniente era grandísima, la del norte pepueña y alta, encima de mi cama; me asomé primero á aquella y ví que caía al palacio del patriarca. Habia

otras prisiones junto á la mia, en un ala no muy larga á derecha, y en otra recién construida en frente; en la cual habia dos prisiones una encima de otra, la inferior tenia una ventana enorme por la cual veia pasearse dentro á un sugeto vestido elegantemente: era el comandante de Cesena quien me miró, me hizo una seña, y nos dijimos nuestros nombres. Quise despues examinar dónde miraba la otra ventana, y para ello puse la mesa sobre la cama y sobre aquella una silla, me encaramé encima, y ví que estaba al ras de una parte del tejado del palacio, á cuyo lado opuesto se dejaba ver un buen pedazo de la ciudad y de la laguna. Me quedé á considerar esta hermosa vista, y aunque oí abrir la puerta, no me moví. Era el alcaide, quien viéndome arriba trepado, olvidó que yo no podia pasar como un raton por entre las rejas, se figuró que intentaba escaparme, y en el primer impulso de su turbacion saltó encima de la cama, á pesar de una ciática que le martirizaba, y me agarró por las piernas gritando como un desaforado.

— ¿No veis vos, so atolondrado, le dije, que no se puede escapar uno por entre las rejas? ¿No os haceis cargo que he subido por mera curiosidad?

— Veo, caballero, veo, me hago cargo, pero abajo, le digo, abajo, esas son tentativas de escapar.

Bajé de buenas, y me reí.

XLIII.

En las ventanas de las prisiones laterales conocí á otros seis arrestados por cosas políticas. Así, pues, me encuentro en una especie de mundo, cuando me creía en una soledad mayor que en lo pasado; sentílo por de pronto, ya sea que el largo vivir aislado hubiese hecho algo insociable mi genio, ó ya que el desagradable éxito de mi conocimiento con Juliano me hubiese vuelto desconfiado. Con todo eso la poca conversacion que tuvimos juntos, parte de viva voz y parte por señas, me pareció en breve un beneficio sino como estímulo á alegría, á lo menos como distraccion. De mi connexion con Juliano no dije palabra á nadie, pues nos habíamos prometido mutuamente á fe del honor, que el secreto quedaria sepultado en nosotros. Si le miento en estas memorias, es porque á cualquiera que las lea le será imposible adivinar quién era Juliano entre tantos como estaban encarcelados en aquella época.

Al nuevo conocimiento mencionado de compañeros de cárcel se juntó otro que me fue tambien de mucho agrado. Por el ventanon veia, ademas de la manzana de prisiones que estaba enfrente, una fila de tejados con chimeneas, miradores, cam-

panarios y cúpulas, que iban á perderse con la perspectiva del mar y cielo. En la casa mas inmediata que era un ala del palacio patriarcal habitaba una buena familia, que adquirió derechos á mi reconocimiento, mostrándome con sus cortesías la compasion que yo le inspiraba. Un saludo, una palabra de amor á los desvalidos es una grande caridad.

Allí desde una ventana comenzó á alzar sus manecitas hácia mí un niño de nueve ó diez años, y le oí gritar: mamá, han puesto á alguno allá arriba en los plomos. Pobre preso, ¿quién eres?

— Soy Silvio Pellico, respondí.

Otro niño mas grandecito corrió tambien á la ventana y gritó: — ¿Tú eres Silvio Pellico?

— Sí, y ¿vosotros, queridos niños?

— Yo me llamo Antonio S..... y mi hermano José. Despues volvia la cara atras para decir: ¿Qué mas debo preguntarle? Y una dama que supongo era su madre, y estaba medio oculta, sugeria palabras graciosas á estos muchachitos, y ellos las repetian, agradeciéndoselas yo con la mas viva ternura.

Estas conversaciones eran poca cosa, y era preciso no abusar de ellas por no descontentar al alcaide, pero cada día se repetian con gran consuelo mio al alba, á mediodía y á la tarde. Cuando se encendia luz, la dama cerraba la ventana, y los niños gritaban: «buenas noches, Silvio, » y ella, mas atrevida

con la oscuridad, repetía con voz compungida: «buenas noches, Silvio, ¡ánimo!»

Cuando los muchachos almorzaban ó merendaban, me decían: ¡Oh! si pudiesemos darte de nuestro café con leche, de nuestra fruta y dulces. El día que te pondrán en libertad, acuérdate de vernos á ver, te daremos de nuestros dulces, y muchos besos.

XLIV.

El mes de octubre era el recuerdo del mas cruel de mis aniversarios, pues habia sido preso el 13 de él en el año anterior. Varias tristes memorias me recordaban tambien en el mismo mes: dos años antes en octubre se habia anegado por funesto accidente en el Ticino un sugeto de mérito á quien yo apreciaba mucho; tres años antes en octubre se habia quitado la vida involuntariamente con una escopeta Eduardo Briche, jóven al que queria como si hubiese sido mi propio hijo; en mi primera juventud tambien en octubre experimenté otra grave afliccion. Aunque no soy supersticioso, el encontrarse fatalmente en este mes tantas desgracias me ponía tristísimo.

Cuando me ponía en la ventana á hablar con aquellos chicos y con los compañeros de detención,

me fingia alegre, pero apenas vuelto á entrar en mi mazmorra, un peso indecible de dolor agoviaba á mi alma. Tomaba la pluma para componer algunos versos, ú ocuparme de alguna tarea literaria, y una fuerza irresistible parecia forzarme á escribir otra cosa. ¿Qué pues? largas cartas que no podia enviar, varias de ellas á mi familia, en las que esplayaba mi alma. Las escribia sobre la mesa, y despues las raspaba: eran ardientes espresiones de ternura, y recuerdos de la felicidad que habia gozado al lado de mis padres, hermanos y hermanas tan indulgentes y afectuosos, el deseo que tenia de verlos me inspiraba una infinidad de cosas encarecidas, y despues de haber escrito horas y horas, me quedaban siempre que espresar otros sentimientos de ánimo.

Esto era, bajo una nueva forma, un repetirme mi vida, y hacérme ilusion representándome lo pasado, un esforzarme á tener presente el tiempo feliz que ya no existia. Mas ¡o Dios! ¡cuántas veces, despues de haber trazado en un cuadro animadísimo un rasgo de mi mas bella vida, despues de haber embriagado la fantasía hasta creerme con las personas con quienes hablaba, recordándome repentinamente lo presente, se me caía la pluma de la mano, y me horrorizaba. ¡Momentos verdaderamente espantosos eran estos! ya los habia experimentado otras veces, pero jamas con agitación se-

mejante á la que ahora me daba asalto. Tales pavores y horribles angustias los atribuía á la escensiva exaltacion de los afectos, á la forma epistolar que daba á mis escritos, y á causa de dirigirlos á personas tan amadas.

Por mas que hacia de querer escribir de otro modo, no podia; tomaba la pluma, y siempre resultaba una carta llena de ternura y dolor. ¿Con que ya no soy dueño de mi albedrío? decia; ¿esta necesidad de hacer lo que no quiero es un trastorno de mi juicio? esto no me sucedia en lo pasado. Seria cosa fácil de esplicar en los primeros tiempos de mi detencion, pero ahora que estoy connaturalizado con la vida carcelera, ahora que mi imaginacion deberia estar serenada sobre todo, ahora que estoy absorto en reflexiones filosóficas y religiosas ¿cómo soy esclavo de los obcecados deseos del corazon, y hago el niño? Apliquémonos á otra cosa.

Procuraba entonces orar, ó refrenarme con el estudio de la lengua alemana, ¡vanos esfuerzos! pues notaba que volvia á escribir otra carta.

XLV.

Tal estado era una verdadera dolencia, no sé si debo decirlo, una especie de somnambulismo, efecto sin duda de una grande fatiga causada por el pervigilio y la tension de espíritu. No paró en esto, no

dormia ninguna noche, y me entró calentura, en vano cesé de tomar café por la tarde, el insomnio era el mismo.

Parecia que en mí habia dos hombres diferentes uno que queria siempre escribir cartas, y otro que queria hacer cosa opuesta: pues bien, decia yo, transijamos, escribe cartas, pero en aleman, asi aprenderás esta lengua. Desde entonces escribia todo en mal aleman, por cuyo medio adelanté á lo menos algo en este estudio.

Por la mañana, despues de un largo desvelo, mi cerebro debilitado caia en algun sopor; entonces en mis ensueños ó mas bien en mi delirio, veia á mi padre, madre ú á otros amigos desesperarse sobre mi destino, oia sus lamentables sollozos, y al instante me despertaba acongojado y asustado. Algunas veces en estos brevísimos sueños me parecia oír á mi madre consolar á los demas, entrando con ellos en mi cárcel, y dirigirme las mas santas palabras sobre los deberes de la resignacion, y cuando me regocijaba de su valor y del de otros, prorumpia de improviso en lágrimas, y todos á la vez llorabamos. Nadie puede figurarse qué trances tan crueles padecia entonces mi alma.

Para salir de tantas miserias, probé el no acostarme, tenia encendida la luz toda la noche, y me quedaba en la mesa á leer y escribir, mas ¿qué resultaba? venia el momento en que leia bien despierto,

pero sin comprender una sílaba, y absolutamente la cabeza no estaba ya en estado de formar ideas, en cuyo caso copiaba alguna cosa, pero no era á esto á lo que yo pensaba, estaba ocupado en mis penas. Y no obstante si me metia en la cama, estaba peor, pues ninguna postura me era soportable, acostado me agitaba convulso, y era preciso levantarme; ó si me embelesaba algo, los sueños desesperantes me hacian mas daño que el pervigilio.

Mis oraciones eran áridas, y con todo las repetia á menudo, no con muchas palabras, sino invocando á Dios, á ese Dios hecho hombre que habia experimentado los dolores de la humanidad.

En estas horrendas noches, mi imaginacion se exaltaba á tal punto que aunque muy despierto creia oir gemidos en mi prision, ó risas contenidas. Desde mi infancia acá, no creia ya en duendes, y ahora estas risas y gemidos me atemorizaban, y no sabiendo cómo explicar esto, me veia obligado á dudar fuese yo el ludibrio de algun espíritu maligno. Varias veces tomé la luz temblando, y miré si habia debajo de la cama alguien que se mofase de mí, varias veces se me ocurrió que me habian sacado de mi primer cuarto y trasladado á este, porque aquí habia alguna trampa, ó en las paredes alguna secreta rendija por donde mis verdugos espiaban cuanto yo hacia, y se divertían cruelmente en espantarme. Estando á la mesa, me parecia que alguno

me tiraba del vestido, ó daba un empujon á un libro, que caia al suelo, ó que soplabla la luz por detras de mí para apagarla; entonces me ponía en pie, miraba al rededor, me paseaba con desconfianza, y preguntaba á mí mismo, si estaba loco ó en mi sano juicio. No sabia distinguir si lo que veia y sentia era realidad ó ilusion, y esclamaba con angustia: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* «Dios mio, Dios mio ¿porqué me has desamparado?»

XLVI.

Una vez, metiéndome en la cama poco antes de amanecer, creí estar perfectamente seguro haber puesto el pañuelo á la cabecera. Despues de haberme adormilado algo desperté como de costumbre, y me parecia que me ahogaban; siento en efecto mi cuello estrechamente apretado. ¡Cosa estraña! estaba torcido á su alrededor un pañuelo atado fuertemente con varios nudos. Hubiera jurado no haberlos hecho, ni haber tocado al pañuelo, desde que le habia puesto en la almohada; preciso es que yo lo habia hecho soñando ó delirando, sin conservar ninguna memoria de ello, mas no lo podía creer, y desde entonces en adelante me creia todas las noches en peligro de ser ahogado.

Me hago cargo de cuán ridiculos deben ser semejantes devaneos en concepto de los demas, pero yo que los experimentaba me hacian tan mal que todavía me dan grima. Todas las mañanas se disipaban, y mientras duraba la claridad del dia me sentia con el ánimo tan firme contra estos pavores que me parecia imposible deberlos padecer mas, pero al declinar la tarde, principiaba á temer de nuevo, y cada noche se repetian las estravagantes visiones de la anterior.

Cuanto mayor era mi fragilidad en las tinieblas, tantos mas esfuerzos ponía durante el dia para mostrarme alegre en las conversaciones con los compañeros, con los dos niños del palacio patriarcal y con los carceleros. Ninguno, oyéndome bromear como hacia, se podia recelar de la miserable enfermedad que padecia. Con estos esfuerzos esperaba vigorizarme, y de nada servian, pues estas apariciones nocturnas que de dia yo llamaba necedades, por la noche tornaban á ser para mí horribles realidades.

A haberme atrevido, hubiera suplicado á la comision que se me mudára de cuarto, pero nunca pude resolverme á ello, temiendo se burlasen de mí.

Siendo pues inútiles todos los razonamientos, propósitos, estudios y oraciones, se apoderaba de mí la horrible idea de estar totalmente y por siempre abandonado de Dios. Todos estos malos sofismas

contra la Providencia, que en estado de razon pocas semanas antes los tenia por tan necios, ahora venian á atropellarse en mi cabeza, y me parecieron dignos de atencion. Luché contra esta tentacion varios dias, y luego me abandoné á ella. Desconocí la bondad de la religion, repetí lo que habia oido decir á los furiosos ateistas, y lo que en otro tiempo Juliano me escribia: la religion no sirve mas que á debilitar los espíritus. Tuve la arrogancia de creer que con renunciar á Dios, mi espíritu recobraría sus fuerzas. ¡Loca confianza! yo negaba á Dios, y no sabia negar los invisibles entes maléficos que parecian rodearme, y saborearse con mis dolores. ¿Cómo calificar este martirio? ¿basta decir que era una dolencia? ¿ó era al mismo tiempo un castigo divino para abatir mi soberbia, y hacerme conocer que sin una luz particular podia volverme incrédulo como Juliano y mas insensato que él?

Sea lo que fuere, Dios me libró de tanto mal, cuando menos lo esperaba: una mañana, tomado el café, tuve vómitos violentos, y cólicos; discurro me habian envenenado. Tras las fatigas del arrojo estaba todo sudoso, y me quedé en la cama; á eso de las doce del dia me adormecí, y dormí apaciblemente hasta la noche. Desperté sorprendido de tanta quietud, y sintiéndome haber ya vencido el sueño, me levanté. Estando de pie, dije, seré mas uerte contra los ordinarios terrores.

Estos no llegaron, de lo que tuve gran júbilo, y en la plenitud de mi reconocimiento, volviendo á sentir á Dios, me prosterné á adorarle y á pedirle perdón de haberle negado por varios días, cuya efusión de gozo dejó exhaustas mis fuerzas, y manteniéndome arrodillado un rato afirmado en una silla, me cogió el sueño, y me dormí en esta postura. Una ó varias horas despues, no sé cuántas, medio me desperté, y apenas tuve tiempo de echarme vestido en la cama, volví á dormir hasta la aurora. Estuve soñoliento todo el día, por la noche me acosté temprano, y la pasé toda en sueño. ¿Qué crisis se operó en mí? lo ignoro, mas quedé sano.

XLVII.

Cesaron las náuseas que padecía mi estómago desde tanto tiempo, desaparecieron los dolores de cabeza, y me vino un apetito extraordinario, digería esceleramente y crecían mis fuerzas. ¡Admirable Providencia! ella me las habia suprimido para humillarme, y ella me las devolvía porque se aproximaba la época de las sentencias, y queria que no muriese al oirlas.

El día 24 de noviembre, uno de nuestros compañeros el doctor Foresti fue sacado de las prisiones

de los *Plomos*, y trasladado no sabíamos á qué parage. El alcaide, su muger y los *secondini* estaban aterrados, ninguno de ellos queria aclararme este misterio.

— ¿Qué quereis vos saber, decíame Tremereello, si nada bueno hay que saber? ya os he dicho demasiado, demasiado.

— Ea vamos, ¿qué sirve callarlo? exclamé temblando, ¿no os he comprendido? ¿está pues condenado á muerte?

— ¿Quién?... ¿el?... ¿el doctor Foresti?...

Tremereello titubeaba, pero el flujo de chacharear no era la ínfima de sus virtudes.

— No digais vos despues que soy hablador, no queria siquiera despegar los labios sobre estas cosas: tened vos presente que me ha obligado á ello.

— Sí, sí, os he obligado, ¡ánimo pues! desembuchad todo. ¿cuál es el paradero del pobre Foresti?

— ¡Ah! señor, le hicieron pasar el *punte de los Suspiros*, está en las prisiones criminales; la sentencia de muerte le ha sido leida á él y á otros dos.

— ¿Y le ajusticiarán? ¿y cuándo? ¡O infelices! ¿y quiénes son los otros dos?

— No sé mas, no sé mas: las sentencias no estan pregonadas; corre el rumor por Venecia que habrá varias conmutaciones de pena. ¡Quiera Dios que ninguno de ellos sea ajusticiado! ¡Quiera Dios que si no todos se salvan de la muerte, sea á lo menos

vos quien se salve! pues os tengo tanto afecto, perdonad la libertad, como si fuerais un hermano mio. Y se marchó perturbado.

El lector puede imaginarse en qué agitacion estuve todo aquel dia y la noche siguiente, y otros muchos en que no pude saber nada. Duró la incertidumbre un mes: al fin se publicaron las sentencias relativas al primer proceso, comprendian á muchas personas, nueve de ellas eran condenadas á muerte, y despues por indulto al *cárcere duro*, unos por veinte años y otros por quince (y en ambos casos debian sufrir la pena en la fortaleza de Espielberga, junto á la ciudad de Brünn en Moravia), otros por diez años ó menos (y estos en la fortaleza de Lubiana).

¿El estar conmutada la pena á todos los del primer proceso era una prueba que la muerte debia tambien respetar á los del segundo? ¿ó se usaria de indulgencia solamente con los primeros, porque presos antes de las notificaciones publicadas contra las sociedades secretas, y todo el rigor recaerá sobre los segundos?

La solucion de la duda no puede tardar mucho, dije yo, demos gracias al cielo que me deja tiempo de prever la muerte y aparejarme á ella.

XLVIII.

Mi único pensamiento era morir cristianamente y con el debido valor; tuve la tentacion de sustraerme al patíbulo con el suicidio, pero esta desapareció. ¿Qué mérito hay en no dejarse matar uno por manos del verdugo, para hacer oficio de tal por sí mismo? ¿Por salvar el honor? ¿Y no es niñada creer que hay mas honor en jugar una perrada al verdugo, que en no jugarla, cuando de todos modos es forzoso morir? Aun suponiendo que yo no fuese cristiano, el suicidio, bien reflexionado, me hubiera parecido un placer necio, una inutilidad.

Si ha llegado el término de mi vida, me decia yo, ¿no soy afortunado que suceda de modo que me deje tiempo para recogerme y purificar la conciencia con deseos y arrepentimientos dignos de un hombre? A juzgar como el vulgo, el marchar al cadalso es la peor de las muertes: en sentir del sabio, ¿no es esa mejor que otras muchas que acaecen por enfermedad con grande abolicion del entendimiento que no da ya margen á realzar al alma de pensamientos bajos?

La exactitud de este razonamiento penetró con tanta vehemencia en el ánimo que el horror de la

muerte y de aquella especie de muerte se desterró enteramente de mí. Medité mucho acerca de los sacramentos que debían fortalecerme en el solemne paso, y creía estar dispuesto á recibirlos de modo que me fueran eficaces. ¿Esa elevacion de ánimo que me parecia tener, esa paz, ese indulgente afecto para con aquellos que me odiaban, esa alegría de poder sacrificar mi vida á la voluntad de Dios, todas estas felices disposiciones las hubiera conservado yo á haber sido conducido al suplicio? ¡Ay! ¿qué de contradicciones en el hombre! y cuando parece estar mas lozano y mas puro, puede caer en un instante en desfallecimiento y culpa. Dios solo sabe si entonces hubiera muerto dignamente, pues yo no me conozco bastante para afirmarlo.

Entre tanto la verosimil proximidad de la muerte afianzaba sobre esta idea de tal modo á mi imaginacion que el morir me parecia no solo posible, sino anunciado con infalibles vaticinios. Ninguna esperanza de evitar este destino daba ya cabida en mi corazon, y á cualquier ruido de pasos y llaves, y cada vez que se abria mi puerta, me decia: ¡ánimo! tal vez vienen á buscarte para oír la sentencia: escuchémosla con dignidad y sosiego, y bendigamos al Señor.

Medité lo que debia escribir por la postrera vez á mi familia y separadamente á mi padre, madre,

á cada uno de mis hermanos y hermanas, y revolviendo en mi cabeza estas espresiones de afectos tan profundos y sagrados, me enternecia con mucha dulzura y lloraba, y mis lágrimas no minoraban mi resignada voluntad.

¿Cómo, pues, no habia de volver el insomnio? mas ¿cuán diverso era del primero! No oía gemidos ni risas en la habitacion, no soñaba espíritus ni hombres escondidos, la noche me era mas deliciosa que el dia, porque me reconcentraba mas en la oracion. A cosa de las cuatro solia meterme en la cama, y dormia apaciblemente unas dos horas; despierto me estaba en ella tarde para reposar, y solo me levantaba á eso de las once.

Una noche, me habia acostado mas temprano de lo ordinario, y habia dormido apenas un cuarto de hora, cuando despierto y veo una grande claridad en la pared enfrente de mí. Tuve miedo de haber recaído en los pasados delirios, mas lo que estaba viendo no era una ilusion, pues aquella luz venia de la ventanilla del norte, debajo de la cual estaba tendido. Salto al suelo, tomo la mesa, la pongo encima de la cama, encaramo una silla y subo; y veo uno de los mas bellos y terribles espectáculos de fuego que imaginarse puede. Era un grande incendio á un tiro de escopeta de nuestra cárcel, en la casa en que estaban los hornos públicos, la que fue consumida.

La noche estaba oscurísima, por lo mismo veía mucho mas bien elevarse los vastos remolinos de llamas y humo, agitados como eran por un viento impetuoso. Volaban por todas partes chispas que parecían llover del cielo. La laguna inmediata reflejaba el incendio, una multitud de góndolas iban y venían. Me representaba el pavor y el riesgo de los que moraban en la casa incendiada y en las vecinas, y me conolia de su suerte. Oía á lo lejos voces de hombres y mugeres que gritaban: ¡Toquina! ¡Momolo! ¡Beppo! ¡Zanze! Este último nombre resonó en mi oído, pues aunque se encuentran por millares en Venecia, temia pudiese ser aquella cuya memoria me era tan dulce. ¿Será acaso esa desgraciada? ¿estará quizá circundada de las llamas? ¡Oh! ¡si pudiera precipitarme á su socorro!

Palpitando, estremeciendo, y admirando permanecí en la ventana hasta rayar el día, me bajé luego oprimido de tristeza mortal, figurándome mucho mayor daño que el que habia sucedido, pues Tremello me anunció no haberse abrasado sino los hornos y los almacenes adyacentes con grande cantidad de costales de harina.

XLIX.

Mi imaginacion estaba todavía vivamente impresionada con el espectáculo de este incendio, luego

que pocas noches despues (aun no me habia acostado, y sentado á mi mesa estudiaba, todo tiritando) oigo voces poco lejanas: eran las del alcaide, su muger, hijos y *secondini*: ¡el fuego! ¡el fuego! ¡O Virgen Maria! ¡pobres de nosotros!

El frio que tenia cesó en un instante: salté en pie todo sudando, y miré alrededor mio si ya se veían llamas; no ví ninguna.

Por lo tanto, el incendio estaba en el palacio mismo, en algunas oficinas pegadas á la cárcel.

Uno de los *secondini* gritaba: *pero, patron, ¿qué haremos de esos señores enjaulados, si se avanza el fuego?*

El alcaide respondia: *no tengo corazon para dejarlos achicharrar; sin embargo no se pueden abrir las prisiones, sin permiso de la comision. Vete, despáchate, corre á pedir esta licencia. — Allá voy en un brinco, mi amo; mas la respuesta no llegará á tiempo, ¿habéislo entendido?*

¿Dónde estaba, pues, esa heróica resignacion que creía tan seguro poseer pensando en la muerte? ¿Porqué la idea de arder vivo me daba calentura? ¡Como si fuese mas gustoso dejarse ápretar el gañote que quemarse! Hice esta reflexion, y quedé corrido de mi miedo, estaba por gritar al alcaide que por caridad me abriese, pero me contuve: no obstante no las tenia todas conmigo.

He aquí pues, dije entre mí, cuál será mi valor,

si escapado del fuego me veo conducido á la muerte. Me refrenaré, encubriré á los demas mi cobardía, pero temblaré. Solo si.... ¿no es tambien valor obrar como si no se sintiesen los temblores, y sentirlos? ¿No es, pues, generosidad esforzarse en dar de buena gana lo que se siente dar? ¿No es obediencia obedecer con repugnancia?

La batahola en casa del alcaide era tan grande que indicaba un peligro cada vez mas inminente. Y á todo esto el *secondino* que habia ido á buscar la órden de sacarnos de estos lugares no volvia. Al fin creí oír su voz, me puse á escuchar, y no distinguí sus palabras. Aguardo, espero, ¡en vano! no viene alma viviente. ¿Posible que no hayan concedido trasladarnos á un sitio en salvo del fuego? ¡Y si ya no hay arbitrio ninguno de escapar! ¿Y si el alcaide y su familia no piensan mas que en ponerse á salvo ellos mismos, y ninguno ya se acuerda de los pobres enjaulados?

Esta no es filosofia, proseguia yo, esta no es religion. ¿No haré yo mejor de prepararme á ver las llamas entrar en mi cuarto y devorarme?

Entre tanto, se apaciguaban los clamores, poco á poco no oí ya nada, y ¿esto prueba que habia cesado el incendio? ¿ó todos cuantos pudieron se habrán huido, y ya no quedan mas aquí que las víctimas abandonadas á tan cruel destino?

La continuacion del silencio me serenó: conocí

que debia haberse apagado el fuego. Fui á la cama, y me reproché haber sufrido cobardemente, y ahora que no se trataba ya de quemarse, sentí no haber perecido en las llamas mas bien que dentro de pocos dias verme morir á manos de los hombres.

En la mañana siguiente supe por Tremarello cuál habia sido el incendio, y me reí del miedo que me dijo haber tenido, como si el mio no hubiera sido igual ó mayor que el suyo.

L.

El dia 11 de enero (1822) á eso de las nueve de la mañana Tremarello aprovecha una ocasion para venir á mí, y decirme todo agitado: — ¿Sabeis vos que en la isla de San Miguel de Murano, ahí poco lejos de Venecia, hay una prision donde estan tal vez mas de cien *carbonari*?

— Ya me lo habeis dicho otras veces. Y bien.... ¿qué quereis decir?... Vaya, hablad. ¿Hay acaso algunos que esten condenados?

— Cabalmente.

— ¿Quiénes?

— No sé.

— ¿Será uno de ellos mi pobre Maroncelli?

— ¡Ah! señor, no sé, no sé quiénes son. Y se fue turbado, mirándome en ademan de compasion.

si escapado del fuego me veo conducido á la muerte. Me refrenaré, encubriré á los demas mi cobardía, pero temblaré. Solo si.... ¿no es tambien valor obrar como si no se sintiesen los temblores, y sentirlos? ¿No es, pues, generosidad esforzarse en dar de buena gana lo que se siente dar? ¿No es obediencia obedecer con repugnancia?

La batahola en casa del alcaide era tan grande que indicaba un peligro cada vez mas inminente. Y á todo esto el *secondino* que habia ido á buscar la órden de sacarnos de estos lugares no volvía. Al fin creí oír su voz, me puse á escuchar, y no distinguí sus palabras. Aguardo, espero, ¡en vano! no viene alma viviente. ¿Posible que no hayan concedido trasladarnos á un sitio en salvo del fuego? ¡Y si ya no hay arbitrio ninguno de escapar! ¿Y si el alcaide y su familia no piensan mas que en ponerse á salvo ellos mismos, y ninguno ya se acuerda de los pobres enjaulados?

Esta no es filosofia, proseguia yo, esta no es religion. ¿No haré yo mejor de prepararme á ver las llamas entrar en mi cuarto y devorarme?

Entre tanto, se apaciguaban los clamores, poco á poco no oí ya nada, y ¿esto prueba que habia cesado el incendio? ¿ó todos cuantos pudieron se habrán huido, y ya no quedan mas aquí que las víctimas abandonadas á tan cruel destino?

La continuacion del silencio me serenó: conocí

que debia haberse apagado el fuego. Fui á la cama, y me reproché haber sufrido cobardemente, y ahora que no se trataba ya de quemarse, sentí no haber perecido en las llamas mas bien que dentro de pocos dias verme morir á manos de los hombres.

En la mañana siguiente supe por Tremarello cuál habia sido el incendio, y me reí del miedo que me dijo haber tenido, como si el mio no hubiera sido igual ó mayor que el suyo.

L.

El dia 11 de enero (1822) á eso de las nueve de la mañana Tremarello aprovecha una ocasion para venir á mí, y decirme todo agitado: — ¿Sabeis vos que en la isla de San Miguel de Murano, ahí poco lejos de Venecia, hay una prision donde estan tal vez mas de cien *carbonari*?

— Ya me lo habeis dicho otras veces. Y bien.... ¿qué quereis decir?... Vaya, hablad. ¿Hay acaso algunos que esten condenados?

— Cabalmente.

— ¿Quiénes?

— No sé.

— ¿Será uno de ellos mi pobre Maroncelli?

— ¡Ah! señor, no sé, no sé quiénes son. Y se fue turbado, mirándome en ademan de compasion.

De allí á poco vino el alcaide, acompañado de los *secondini*, y de un hombre que no habia visto en mi vida. El alcaide parecia confuso; el forastero tomó la palabra :

— La comision ha mandado que vengais vos conmigo.

— Partamos, respondí, y vos pues ¿quién sois?

— Soy el alcaide de las prisiones de San Miguel adonde vais á ser trasferido.

El alcaide de los *Plomos* entregó á este último mi dinero que tenia en su poder. Pedí y obtuve el permiso de hacer algun regalo á los *secondini*. Puse en órden mi ropa, cogí la Biblia debajo del brazo, y partí. Bajando las escaleras á nunca acabar, Tremmerello me asió la mano á hurtadillas, parecia querer decirme : "¡Desgraciado, estás perdido !

Salimos por una puerta que caia á la laguna, y allí estaba una góndola con dos *secondini* del nuevo alcaide. Entré en ella, y opuestos sentimientos me conmovian, á saber, cierta pesadumbre de abandonar la morada de los *Plomos* donde habia sufrido mucho, pero donde tambien habia amado á alguien, y alguien me habia correspondido, el placer de encontrarme en aire libre, despues de tanto tiempo de reclusion; de ver el cielo, la ciudad y las aguas sin el infausto cuadrado de las rejas de hierro, el recuerdo de la divertida góndola que en tiempos mas felices me llevaba por esta misma laguna, y de las góndolas

del lago de Como, y de las del Mayor, y de las barquillas del Pò, y de las del Ródano y Saona..... ¡O risueños años desvanecidos ! ¿Quién habia entonces en el universo que me igualase en felicidad?

Nacido de los mas cariñosos padres, en una condicion que no es pobreza, y que aproximándose casi igualmente al pobre y al rico pone á las claras el verdadero conocimiento de ambos estados (condicion que reputo la mas ventajosa para ganar los afectos); yo, despues de una infancia pasada entre todas las dulzuras de la vida doméstica, habia ido á Leon de Francia al lado de un anciano primo de mi madre, riquísimo y muy digno de sus riquezas, en donde todo cuanto puede servir de encanto para un corazon deseoso de elegancia y amor habia colmado de delicias el primer ardor de mi juventud; de allí vuelto á Italia, y domiciliado en Milan con mis padres habia continuado á estudiar y amar la sociedad y los libros, no hallando sino amigos escelentes y lisonjeros aplausos. Monti y Foscolo, aunque adversarios en sí, tenian por mí igual benevolencia. Cobré mas afecto á este último, y este iracundo hombre que con su genio áspero y desabrido promovia á tantos á desamarlo, era para conmigo todo dulzura y cordialidad, y yo le veneraba tiernamente. Los demas literatos de mérito me amaban tambien como estos, y yo les correspondia del mismo modo. Ninguna envidia, ninguna ca-

lumnia me alcanzó nunca, ó á lo menos eran de gentes tan desacreditadas que no podia causarme detrimento. A la ruina del reino de Italia, mi padre habia trasladado su domicilio á Turin con el resto de la familia, y yo dejando de un dia á otro el proyecto de reunirme á tan caras personas, habia acabado por permanecer en Milan en donde me rodeaba tanta felicidad que no podia resolverme á abandonarla.

Entre otros buenos amigos, tres, en esta última ciudad, predominaban en mi corazón, D. Pietro Borsieri, Monseñor Lodovico de Breme y el conde Luigi Porro Lambertenghi. Mas adelante se agregó á estos el conde Federigo Confalonieri. Encargado de la educacion de dos hijos de Porro, era para ellos como un padre, y su padre como un hermano. En esta casa afluía no solo cuanto habia de mas distinguido en la ciudad sino copia de viageros respetables. Allí conocí á madama de Staël, á Schlegel, Dawis, Byron, Hobhouse, Brougham, y á otros muchos ilustres personajes de varias partes de Europa. ¡Oh! ¡cuánto alegría y estimula á ennoblecerse el conocimiento de los hombres de nota! Sí, yo era feliz, no hubiera cambiado mi suerte con la de un príncipe. Y de suerte tan gustosa saltar en medio de carceleros, pasar de una prision á otra, y acabar por ser ahorcado ó perecer en los cepos.

LI.

Haciendo estas reflexiones, llegué á San Miguel y fui encerrado en un cuarto que daba vista á un patio, á la laguna y á la bella isla de Murano. Pregunté por Maroncelli al alcaide, á su muger, y á cuatro *secondini*; pero me hacian visitas cortas y llenas de confianza, y no querian decirme nada. Sin embargo entre cinco ó seis personas, es difícil no se encuentre una asequible á compadecerse y á hablar: hallé una de esta especie y supe cuanto sigue: Maroncelli despues de haber estado largo tiempo solo, permaneció encerrado con el conde Camilo Laderchi: este habia salido de la cárcel hacia pocos dias, como inocente, y aquel volvió á quedarse solo. Entre nuestros compañeros habian tambien salido, como inocentes, el profesor Juan Domingo Romagnosi y el conde D. Juan Arrivabene. El capitán Rezia y el caballero Canova estaban juntos. El profesor Ressi se hallaba moribundo en una prision vecina á la de estos dos.

— De los que no han salido, pues, dije, han llegado las sentencias. ¿Y qué se espera para dárseles á conocer? Acaso, que el pobre Ressi muera, ó esté en estado de oír su sentencia, ¿no es verdad?

— Discurro que sí.

Todos los dias preguntaba yo por ese infeliz.

— Ha perdido el habla— la ha recuperado, mas delira y no comprende — da pocas muestras de vida — arroja á menudo sangre, y el delirio sigue — está peor — va mejor — está agonizando. Tales respuestas me dieron durante varias semanas, hasta que una mañana me se dijo : murió.

Vertí una lágrima por él, y me consolé con pensar que habia ignorado su condena.

Al dia siguiente 21 de febrero (1822), el alcaide vino á buscarme, eran las diez de la mañana; me condujo á la sala de la comision, y se retiró. Estaban sentados, y se levantaron el presidente, el inquisidor y dos jueces asesores. El presidente con tono de noble conmiseracion me dijo que habia llegado la sentencia, la cual era terrible, mas ya el Emperador la habia mitigado. El inquisidor me la leyó : — condenado á muerte; despues leyó el rescripto imperial : — se commuta la pena en quince años de *cárcere duro*, en la fortaleza de Espielberga.

Respondí : ¡ hágase la voluntad de Dios ! Y mi intencion era verdaderamente recibir en cristiano este horrendo golpe, y no mostrar ni tener resentimiento contra cualquiera que sea.

El presidente alabó mi moderacion, y me aconsejó conservarla siempre, diciéndome que de ella podia depender quizá, dentro de dos ó tres años,

ser meritorio de mayor gracia. (En vez de dos ó tres, fueron despues muchos mas.) Los demas jueces me dirigieron tambien palabras de afecto y esperanza; pero uno de ellos que en el proceso me habia parecido siempre muy hostil, me dijo algo de cortés que no por eso dejó de parecerme pungitivo, y juzgué esta cortesía desmentida por sus miradas, en las cuales hubiera jurado que habia una risa de alegría y de insulto. Ahora ya no juraria fuese así, pues pude muy bien haberme engañado, pero entonces se me revolvió la sangre, y me costó trabajo contener mi furor. Disimulé, y mientras me estaban aun elogiando por mi cristiana paciencia, ya la habia perdido yo interiormente.

— Mañana, dijo el inquisidor, sentiremos tener que anunciar á vos la sentencia en público; mas es formalidad indispensable.

— Sea, respondí.

— Desde este instante, añadió, os concedemos la compañía de vuestro amigo.

Y llamado el alcaide, me entregaron de nuevo á él, mandándole que fuese puesto con Maroncelli.

LII.

¡ Qué dulce momento fue para mí el volvernos á ver, despues de un año y tres meses de separa-

ción y de tantos sufrimientos ! Los gozes de la amistad nos hicieron casi aliviar por algunos instantes la condenacion.

Me desprendí no obstante en breve de sus brazos para tomar la pluma y escribir á mi padre, pues deseaba ardientemente que el anuncio de mi triste muerte llegase á la familia mas bien por mí que por otros, á fin de que la angustia de estos amados razones fuese templada con mi lenguaje de paz y religion. Los jueces me prometieron de expedir sin pérdida de tiempo esta carta.

Maroncelli me habló en seguida de su proceso, y yo del mio, nos confiamos varias aventuras de cárcel, nos pusimos á la ventana, y saludamos á otros tres amigos que estaban en la suya; dos eran Canova y Rezia que se encontraban juntos, el primero condenado á seis años de *carcere duro*, y el segundo á tres; el tercero era el doctor Cesare Amari que en los meses anteriores no habia sufrido ninguna sentencia, y salió despues declarado inocente.

El hablar con unos y con otros fue agradable distraccion por todo el día y parte de la noche. Mas apenas en la cama, apagada la luz, y hecho silencio no me fue posible dormir, la cabeza parecia un volcán, estaba congojoso pensando en mi casa. ¿Podrá soportar tanta desgracia mis ancianos padres? ¿Bastarán los otros hijos para consolarlos? Toda

eran amados tanto como yo; pero ¿un padre y una madre encuentran jamas en los hijos que les quedan una compensacion por el que han perdido?

¡ Ah! si hubiese solo pensado en mis parientes y en alguna otra persona dilecta, su recuerdo me afligia y enternecia; mas pensé tambien en la creida risa de gozo y de insulto de aquel juez, en el proceso, en la causa de mi condenacion, en las pasiones políticas, en la suerte de tantos amigos míos... y no pude ya juzgar con indulgencia á ninguno de mis adversarios. Dios me ponía en una grande prueba. Mi débito era sostenerla con virtud; no quise. El deleite del odio me agradó mas que el perdon: pasé una noche de infierno.

Por la mañana no hice mis oraciones, pareciéndome el universo obra de una potestad enemiga del bien. Otras veces habia ya sido así calumniador de Dios, mas no hubiera creído volverlo á ser, principalmente en tan pocas horas. Juliano en sus mayores estravíos no podia ser mas impío que yo. Con recapacitar pensamientos de odio, mayormente cuando uno está perseguido de sumas desdichas, la cual deberia hacerle mas religioso, aun siendo justo, se vuelve inicuo. Sí, aun siendo justo, porque no se puede odiar sin soberbia. ¿Y quién eres tú, miserable mortal, para pretender que ningún semejante tuyo te juzgue severamente? ¿para pre-

tender que ninguno te puede hacer mal de buena fe, creyendo obrar con justicia ? para lamentarte si Dios permite que mas padezcas de un modo que de otro ? Me persuadia era infeliz de no poder rogar, pero en donde reina soberbia, no se puede encontrar otro Dios que uno mismo. Hubiera querido recomendar á un supremo consolador mis parientes desconsolados, y en él ya no creia.

LIII.

A las nueve de la mañana entramos en una góndola Maroncelli y yo para conducirnos á la ciudad. Arribamos al palacio del Dux, y subimos á la cárcel; nos pusieron en el cuarto en que pocos dias antes estaba el comandante; ignoro á dónde este fue trasladado. Nueve ó diez esbirros estaban allí sentados para custodiarnos. y nosotros dando paseos aguardabamos el instante de sacarnos á la plaza. La espera fue larga, pues el inquisidor solo llegó á las doce á anunciarnos que era preciso marchar. El médico se presentó, aconsejándonos el beber un vaso de agua de yerba buena; aceptamos, y se lo agradecemos no solo por su atencion, sino por la profunda lástima que nos manifestaba el buen anciano. Era el doctor Dosmo. En seguida se acercó el gese

de los esbirros, y nos puso las esposas; seguimosle, acompañados de los demas esbirros.

Al bajar la magnífica escalera de los *Gigantes*, nos acordamos del Dux Marin Faliero allí decapitado, entramos en el gran pórtico que del patio del palacio da á la plaza, y llegados á este punto volvimos á izquierda hácia la laguna. En medio de la plaza estaba el tablado en que debiamos subir. Desde la escalera de los *Gigantes* hasta este tablado habia dos filas de soldados alemanes; pasamos por enmedio de ellas.

Allí subimos, miramos al rededor, y vimos en este inmenso populacho el terror. Por varias partes se apercebían a lo lejos otros soldados armados; se nos dijo que estaban en aquel sitio los cañones con las mechas encendidas.

Y era esta plaza en donde en setiembre de 1820, un mes antes de mi prision, un mendigo me habia dicho: este es sitio de maldicion. Me acordé de este pobre, y dije entre mí: ¿Quién sabe si entre tantos millares de espectadores no está él tambien, y quizá me reconozca?

El capitán alemán gritó que nos volviésemos hácia el palacio, y mirasemos arriba. Obedecimos, y vimos en el balcón un curial con un papel en mano que era la sentencia. Leyóla en voz alta.

Reinó profundo silencio hasta las espresiones: *condenados á muerte*. Entonces se levantó un ge-

neral murmullo de compasion. Siguió nuevo silencio para oir el resto de la lectura. Nuevo murmullo se alzó á las espresiones : *condenados al carcere duro, Maroncelli por veinte años, y Pellico por quince.*

El capitán nos hizo seña de bajar. Echamos otra vez la vista alrededor, y bajamos. Volvimos á entrar en el patio, á subir la escalera, y á meternos en el cuarto de que nos habian sacado, nos quitaron las esposas, y fuimos conducidos á San Miguel.

LIV:

Los que habian sido condenados antes de nosotros habian ya partido para Lubiana y Espielberga, acompañados de un comisario de policía. Ahora se estaba aguardando el regreso de este para conducirnos tambien á nuestro destino. Este intervalo duró un mes.

Mi vida era entonces hablar mucho, y oir hablar para distraerme. A mas de eso Maroncelli me leía sus composiciones literarias, y yo las mías. Una tarde leí desde la ventana *Ester d'Engaddi* á Canova, Rezia y Armari; y en la tarde siguiente: *Yginia d'Asti*.

Mas por la noche me desesperaba y lloraba, y

dormia poco ó nada. Deseaba y temia á un tiempo saber cómo mis padres habian recibido la noticia de mi infortunio. Al fin llegó una carta de ellos; Cuál fue mi dolor! viendo que mi última no les habia sido enviada sin demora, segun habia yo rogado tanto al inquisidor. Mi infeliz padre, lisonjeado siempre de la esperanza de verme enviar absuelto, toma un día la gaceta de Milan, en la que leyó mi sentencia; él mismo me contaba este cruel descubrimiento, y me dejaba imaginar cuán angustiada quedaba su alma. ¡Oh! ¡cómo á la inmensa compasion que sentí por él, por mi madre, y toda mi familia me indigné de que mi carta no habia sido espedida con mayor diligencia! No habrá habido malicia en esta tardanza, mas la supuse infernal, creí ver en ello una barbarie refinada, un deseo feroz que el azote tuviese toda la violencia posible aun para mis inocentes padres. Hubiera querido poder verter un mar de sangre para castigar esta inhumanidad imaginaria.

Ahora que reflexiono de sangre fria, no la encuentro verisimil; este atraso sin duda no tuvo otro origen que la negligencia.

Furioso como estaba me estremecí oyendo que mis compañeros se proponian cumplir con la iglesia antes de partir, y conocí que no debia yo hacerlo, no teniendo ninguna voluntad de perdonar. ¡Hubiera yo dado tal escándalo!

LV.

Llegó al fin el comisario de Austria, y vino á decirnos que dentro de dos dias partiriamos. — Tengo la satisfaccion, añadió, de poder daros un consuelo, y es que á mi regreso de Espielberga ví en Viena á S. M. el Emperador, quien me dijo que los dias de vuestra pena serian de doce horas, y no de veinticuatro; de este modo está disminuida de mitad.

Este anuncio jamas se nos fue confirmado despues de oficio; pero no era probable que faltase á la verdad el comisario, mayormente no dándonos esta noticia en secreto, pues era á sabiendas de la comision. No me pude con todo regocijar, siendo á mi ver poco menos horribles siete años y medio de hierros que quince, puesto que me era imposible creer viviese tan largo tiempo. Mi salud era de nuevo bastante endeble, padecia dolores vehementes de pecho, tosia mucho y creia dañados mis pulmones: comia poco, y este poco no lo digería.

La partida se efectuó en la noche del 25 al 26 de marzo. Nos fue permitido dar un abrazo al doctor Cesare Armari nuestro amigo. Un esbirro nos encadenó transversalmente la mano derecha y el pie izquierdo con el objeto de que no pudiesemos huir. Entramos en una góndola, y los guardias remaron

hácia Fusina. Llegados aquí encontramos listos dos coches, en uno subieron Rezia y Canova, Maroncelli y yo en el otro, en aquel estaba el comisario, y en este el subcomisario; completaban la comitiva seis ó siete guardias de policía, armados de fusiles y sables, repartidos unos dentro del coche, y otros en el asiento del cocheró.

Es siempre doloroso verse obligado por la desgracia á espatriarse uno, pero encadenado, conducido en climas horrendos, destinado á vivir penando años y años entre esbirros, es cosa tan angustiosa que no hay términos con que esplicarla.

Antes de pasar los Alpes, el amor por mi nacion se acrecentaba de hora en hora con motivo de la comiseracion que por todas partes nos manifestaban cuantos encontrabamos. En cada ciudad, en cada aldea, en cada choza, siendo ya notoria nuestra condenacion algunas semanas hacia, nos estaban aguardando. En varios puntos, los comisarios y guardias tenian sumo trabajo en disipar el gentío que nos rodeaba, siendo admirable la simpatía que nos mostraban.

En Udina nos sucedió una dulce sorpresa: llegados á la posada, el comisario mandó cerrar la puerta del patio, y apartar al populacho, nos señaló un cuarto, y dió orden á los criados que nos trajeran la cena, y lo necesario para dormir; un instante despues entran tres hombres con colchones á cuestras. ¡Cuál es nuestra admiracion al ver que uno solo

de ellos es sirviente del meson, y los otros dos conocidos nuestros! Hicimos como si les ayudabamos á posar aquellos, y les tocamos furtivamente la mano: las lágrimas se derramaban del corazon á ellos y nosotros. ¡Oh! ¡cuán cruel nos fue no poderlos arrojar en los brazos unos de otros!

Los comisarios no echaron de ver esta tierna escena, mas sospeché que uno de los guardias penetró el misterio, en el acto mismo que el buen Dar me estrechaba la mano: este guardia era un veciano, miró á la cara á aquel y á mí, se puso blanco pareció titubear si debia alzar la voz, mas se calló y volvió los ojos á otro lado, dándose por desentendido; y si no adivinó que eran amigos nuestros pensó á lo menos que eran criados de nuestro conocimiento.

LVI.

Salimos de Udina en la mañana siguiente cuando apenas clareaba el dia: el excelente Dar estaba ya en la calle, embozado en su capa, nos saludó otra vez, y nos siguió gran trecho. Vimos tambien un coche venir detras de nosotros en espacio de dos ó tres millas, y en él uno estaba ondeando su pañuelo; al fin retrocedió. ¿Quién era pues? lo sospechamos.

¡O Dios! ¡benedicid todas las almas generosas que no tienen á menos amar á los desafortunados! ¡Ah! ¡tanto mas las aprecio, cuanto en los años de mi calamidad conocí cobardes que me renegaron, y creyeron ganar algo repitiendo improperios contra mí! Afortunadamente estos últimos fueron pocos, y no escaso el número de los primeros.

Me engañaba creyendo que esta compasion que hallabamos en Italia deberia cesar desde el momento que entrasemos en tierra estrangera. ¡Ah! el bueno es siempre compatriota de los infelices. Cuando estuvimos en paises ilíricos y alemanes, acontecia lo mismo que en los nuestros; era universal este gemido: *arme herren!* (¡pobres señores!)

Algunas veces llegando á un pais, habia precision de mandar parar nuestros coches antes de decidir á dónde iriamos á hospedarnos, entonces la poblacion se apiñaba al rededor nuestro, y oiamos palabras compasivas que verdaderamente salian del corazon. La bondad de esta gente me conmovia todavía mas que la de mis compatriotas. ¡Oh! ¡cuánto yo se lo agradecía á todos! ¡Oh! ¡cuán suave es la piedad de nuestros semejantes! ¡cuán dulce amarlos! El consuelo que esto me traía disminuía hasta mis resentimientos contra los que yo llamaba enemigos míos.

¿Quién sabe, reflexionaba yo, si viese de cerca

sus semblantes y si ellos viesan el mio, y si pudiese leer en sus almas, y ellos en la mia, quién sabe, digo, si no estarían obligados á confesar que no habia en ellos perversidad alguna, como ellos tambien que no veian ninguna en mí? ¿quién sabe si no hubieramos podido menos de compadecernos respectivamente y de amarnos? Pues hartas veces se aborrecen los hombres, porque no se conocen reciprocamente, y solo con comunicarse algunas palabras, bastaria para darse con confianza el brazo unos á otros.

Nos detuvimos un dia en Lubiana, en donde Canova y Rezia se separaron de nosotros, y fueron conducidos al castillo; es fácil imaginarse cuán dolorosa fue para todos cuatro esta separacion.

En la noche de nuestra llegada á Lubiana y en el dia siguiente tuvo la atencion de venirnos á hacer compañía un caballero que se nos dijo (si me equivoco), ser un secretario municipal: era muy humano, y hablaba afectuosa y dignamente de religion. Sospeché fuese un sacerdote, pues los eclesiásticos en Alemania suelen vestirse como los seglares. Tenia una de esas caras francas que infunden aprecio: sentí no poder hacer mas largo conocimiento con él, y me pesa haber tenido la inconsideracion de olvidar su nombre.

¡Cuán dulce me seria tambien saber el tuyo, o jovencita, que en una aldea de Estiria nos seguiste

en medio de la turba, y luego cuando nuestro coche hubo de detenerse por algunos minutos, nos saludaste con ambas manos, en seguida partiste con el pañuelo en los ojos, apoyada en el brazo de un moceton triste cuya rubia cabellera parecia descubrir un origen aleman; pero que tal vez habia estado en Italia, cobrado amor á nuestra infeliz nacion! ¡Cuán dulce me seria igualmente saber el nombre de cada uno de vosotros, o venerables padres y madres de familia, que en diversos lugares os acercábais á nosotros para preguntarnos si teniamos padres, y con nuestra afirmativa respuesta os poniais pálidos exclamando: ¡Oh! ¡restitúyaos pronto Dios á estos míseros ancianos!

LVII.

Llegamos á nuestro destino el 10 de abril. La ciudad de Brünn es capital de Moravia, y en ella reside el gobernador de ambas provincias de Moravia y Silesia: está sita en un valle risueño, y tiene cierto aspecto de opulencia, pues muchas fábricas de paños prosperaban allí entonces, las cuales despues decayeron; la poblacion era de cerca de treinta mil almas.

No lejos de sus muros al poniente se eleva un

montecillo, y sobre él reposa la infausta peña de Espielberga, antiguamente palacio de los señores de Moravia, y hoy día el mas riguroso presidio de la monarquía austriaca. Era ciudadela bastante fuerte pero los Franceses la bombardearon y tomaron en tiempo de la famosa batalla de Austerlitz (la aldea de este nombre está á poca distancia). No ha sido despues restaurada para poder servir de fortaleza pero se reconstruyó una parte del recinto que estaba derrocada. Cerca de trecientos reos, los malos ladrones y asesinos, estaban allí custodiados, uno sufriendo el *cárcere duro* y otros el *durisimo*.

El *cárcere duro* significa estar obligado al trabajo, llevar una cadena á los pies, dormir sobre una tarima desnuda, y alimentarse de la mas pobre y escasa comida que darse puede; el *durisimo* es estar encadenado mas horriblemente con un aro de fierro alrededor de los hijares, y la cadena fija á la pared, por manera que apenas puede uno arrastrarse alrededor de la tarima que sirve de cama: la comida es la misma, aunque la ley diga: *pan y agua*. Nosotros, presos de Estado, estabamos condenados al *cárcere duro*.

Subiendo á la cima de esta colina, volviámos los ojos atras par decir adios al mundo, inciertos si el abismo que nos iba á tragar vivos se abriria ya para nosotros. Yo estaba sereno esteriormente, pero dentro bramaba; en valde queria acudir á la filosofía

para apaciguarme, la filosofía no tenia razones suficientes para mí. Partido de Venecia con quebrantada salud, el viage me habia estropeado sobremanera: la cabeza y todo el cuerpo me dolian, estaba ardiendo en calentura. El mal físico contribuia á tenerme iracundo, y probablemente la ira agravaba la dolencia corporal.

Fuimos entregados al superintendente de Espielberga, y nuestros nombres fueron inscritos entre los de los ladrones. El comisario imperial al regresar nos abrazó, y estaba enternecido: os recomiendo á todos particularmente la docilidad, nos dijo; la mas mínima infraccion de la disciplina podrá ser castigada por el superintendente con penas severas.

Hecha la entrega, Maroncelli y yo fuimos conducidos á un corredor subterráneo en donde se nos abrieron dos tenebrosos cuartos no contiguos: cada uno de nosotros fue encerrado en su mazmorra.

LVIII.

Acerbísima cosa es, despues de haberse despedido de tantos objetos, cuando no quedan mas que dos amigos igualmente desventurados, ¡ah! sí, acerbísima cosa es el separarse uno de otro. Maroncelli al dejarme me veia enfermo, y compadecia en mí á un hombre que probablemente no veria ya jamas: yo compadecia en él una flor rozagante,

montecillo, y sobre él reposa la infausta peña de Espielberga, antiguamente palacio de los señores de Moravia, y hoy día el mas riguroso presidio de la monarquía austriaca. Era ciudadela bastante fuerte pero los Franceses la bombardearon y tomaron en tiempo de la famosa batalla de Austerlitz (la aldea de este nombre está á poca distancia). No ha sido despues restaurada para poder servir de fortaleza pero se reconstruyó una parte del recinto que estaba derrocada. Cerca de trecientos reos, los malos ladrones y asesinos, estaban allí custodiados, uno sufriendo el *cárcere duro* y otros el *durisimo*.

El *cárcere duro* significa estar obligado al trabajo, llevar una cadena á los pies, dormir sobre una tarima desnuda, y alimentarse de la mas pobre y escasa comida que darse puede; el *durisimo* es estar encadenado mas horriblemente con un aro de fierro alrededor de los hijares, y la cadena fija á la pared, por manera que apenas puede uno arrastrarse alrededor de la tarima que sirve de cama: la comida es la misma, aunque la ley diga: *pan y agua*. Nosotros, presos de Estado, estabamos condenados al *cárcere duro*.

Subiendo á la cima de esta colina, volvíamos los ojos atras par decir adios al mundo, inciertos si el abismo que nos iba á tragar vivos se abriria ya para nosotros. Yo estaba sereno esteriormente, pero dentro bramaba; en valde queria acudir á la filosofía

para apaciguarme, la filosofía no tenia razones suficientes para mí. Partido de Venecia con quebrantada salud, el viage me habia estropeado sobremanera: la cabeza y todo el cuerpo me dolian, estaba ardiendo en calentura. El mal físico contribuia á tenerme iracundo, y probablemente la ira agravaba la dolencia corporal.

Fuimos entregados al superintendente de Espielberga, y nuestros nombres fueron inscritos entre los de los ladrones. El comisario imperial al regresar nos abrazó, y estaba enternecido: os recomiendo á todos particularmente la docilidad, nos dijo; la mas mínima infraccion de la disciplina podrá ser castigada por el superintendente con penas severas.

Hecha la entrega, Maroncelli y yo fuimos conducidos á un corredor subterráneo en donde se nos abrieron dos tenebrosos cuartos no contiguos: cada uno de nosotros fue encerrado en su mazmorra.

LVIII.

Acerbísima cosa es, despues de haberse despedido de tantos objetos, cuando no quedan mas que dos amigos igualmente desventurados, ¡ah! sí, acerbísima cosa es el separarse uno de otro. Maroncelli al dejarme me veia enfermo, y compadecia en mí á un hombre que probablemente no veria ya jamas: yo compadecia en él una flor rozagante,

arrebataada acaso para siempre á la luz vital del sol. Y esta flor en efecto ; cómo se marchitó ! Volvió á ver la claridad un día , mas ; ay ! ; en qué estado

Cuando me encontré solo en esta hórrida cueva y oí echar los cerrojos , y columbré á la poca claridad que venia de arriba por una ventanilla la pesada tarima que me era dada por lecho , y vi una enorme cadena en la pared , me senté horrorizado en aquel , y tomando esta en mi mano , medí su tamaño , creyendo estaba destinada para mí. Mañana hora despues , oigo rechinar las llaves , la puerta se abre , el carcelero mayor me traía un cántaro de agua.

— Esto es para beber , me dijo con voz bronca , mañana por la mañana os traeré pan.

— Gracias , buen hombre.

— No soy bueno , replicó.

— Peor que peor para vos le dije airado. Ya me traen una cadena , añadí , ¿ es por ventura para mí ?

— Sí , si vos no estais quieto , si os enfureceis , decís insolencias , pero si sois cuerdo , no os pondremos mas que una cadena en los pies ; el carcelero la está preparando. Paseábase con pausa arriba y abajo , meneando un manojo de llaves tremendamente , y yo con ojo airado miraba su agigantada , flaca y vieja persona , y á pesar de las facciones nada desagradables de su rostro , todo en él me parecia la expresion odiosísima de una brutal severidad.

¡ Oh ! ; cómo los hombres son injustos , juzgando por la apariencia , y segun sus orgullosas preocupaciones ! Este á quien yo me imaginaba movia alegremente las llaves , para hacerme conocer su triste potestad , este á quien yo reputaba descarado por su larga costumbre de crueldad , estaba poseido de pensamientos compasivos , y ciertamente no hablaba asi con acento duro sino por ocultar este afecto ; hubiera querido encubrirle á fin de no parecer débil , y por temor que yo no lo mereciese , mas al mismo tiempo presumiendo que tal vez era yo mas infeliz que inicuo , hubiera deseado manifestármelo.

Fastidiado de su presencia , y mas aun de su aire de autoridad , juzgué oportuno humillarle diciéndole imperiosamente como á un criado : — dadme de beber.

Me echó una mirada que parecia significar : — Arrogante , aquí es preciso desacostumbrarse á mandar. Callóse no obstante , bajó su largo espinazo , tomó del suelo el cántaro , y me lo alargó. Noté al agarrarle que él temblaba , y atribuyendo este temblor á su vejez , una mezcla de piedad y respeto moderó mi orgullo.

— ¿ Cuántos años teneis vos ? le dije con voz halagüeña.

— Setenta y cuatro , caballero ; ya he visto muchas desgracias mias y ajenas. Estas palabras sobre

sus desgracias y las ajenas fueron acompañadas de nuevo temblor, en el acto que volvía á asir el cántaro, y sospeché fuese efecto no solo de la edad, sino de cierta generosa perturbacion. Esta duda borra en mi alma el odio que me habia infundido su primer aspecto.

— ¿Cómo os llamais? le dije.

— La fortuna, caballero, se burló de mí dándome el nombre de un grande hombre: me llamo Schiller. En seguida me contó en pocas palabras cuál era su país, cuál su origen, cuáles las guerras que habia visto, y las heridas ganadas en ellas. Era esguizaro, de familia campesina, habia peleado contra los Turcos bajo el mando del general Laudon en tiempo de María Teresa y de José II, luego en todas las guerras de Austria contra Francia hasta la caída de Napoleón.

LIX.

Quando de un hombre que creíamos á primera vista malo, concebimos despues mejor opinion, reparando entonces en su semblante, en su voz y en sus modales, nos parece descubrir evidentes señales de hombría de bien. ¿Este descubrimiento es pues una realidad? Yo sospecho que es ilusion, porque este mismo semblante, esta misma voz, estos mis-

mos modales nos parecian poco antes patentes indicios de bribonería; tan pronto como se ha mudado nuestro juicio sobre las prendas morales, tan pronto se han cambiado tambien las conclusiones de nuestra ciencia fisonómica. ¡Cuántos semblantes veneramos, porque sabemos que pertenecen á hombres probos, y no nos parecerian acomodados para inspirar veneracion, si perteneciesen á otros sugetos! y vice versa. Reíme una vez de una dama que viendo un retrato de Catilina, y confundiéndole con Colatino, se imaginaba dar una esplicacion del sublime dolor de este último por la muerte de Lucrecia; y sin embargo tales ilusiones son comunes. No que no haya semblantes de personas buenas que lleven bien impreso el carácter de bondad, y semblantes de malas que lleven el de maldad, pero sostengo que hay muchos de dudosa espresion.

Sea como fuere, habiéndome puesto algun tanto bien quisto con el viejo Schiller, le miré con mas atencion que antes, y ya no me desagradó. En su hablar á la verdad en medio de cierta rusticidad habia tambien rasgos de alma elevada.

— Cabo de escuadra cual soy, decia él, me han dado por retiro el triste oficio de carcelero: y Dios sabe si no me cuesta mas sentimiento que arriesgar la vida en el campo de batalla.

Me pesó haberle pedido de beber con altanería.

— Mi querido Schiller, le dije, asiéndole la mano,

por mucho que vos lo negueis, conozco que sois bueno, y porque he caido en esta adversidad, doy gracias al cielo de haberme dado á vos por custodio mio.

Escuchó mis palabras, meneó la cabeza, y respondió refregándose la frente como hombre que tiene un pensamiento molesto: — Soy malo, señor; me han hecho prestar un juramento, al cual nunca faltaré: estoy obligado á tratar á todos los presos sin atender á su condicion, sin indulgencia, sin concesion de abusos, y mucho mas á los presos de Estado. El Emperador sabe lo que hace, y yo debo obedecerle.

— Vos sois un hombre honrado, y yo respetaré lo que reputais como deber de conciencia, pues el que obra con sincera conciencia puede errar, mas está puro delante de Dios.

— ¡Pobre señor! tened paciencia, y compadece-me: seré de bronce en el cumplimiento de mis deberes, pero el corazon.... el corazon está sumamente pesaroso por no poder aliviar á los infelices; esto era lo que queria deciros. Ambos estabamos conmovidos: me suplicó de estar quieto, de no entrar en furor, como suelen hacerlo los presos, y de no precisarle á tratarme duramente. Tomó despues un tono áspero, como por encubrirme una parte de su conmocion, y dijo: — Ahora es menester que me vaya.

Volvióse luego atrás, preguntándome cuánto tiempo hacia que me duraba esa triste tos que tenia, y profirió un solemne juramento contra el médico, porque no venia en aquella noche misma á visitarme.

— Teneis vos una calentura de toro, añadió, soy inteligente en la materia; necesitariais cuando menos un jergon, mas como el facultativo no lo ha mandado, no podemos dársele. Salióse, cerró la puerta, y yo me tendí encima de la dura tarima, febricitante, sí, y con fuerte dolor de pecho, pero menos irritado, menos enemigo de los hombres, y menos distante de Dios.

LX.

Por la tarde vino el superintendente, acompañado de Schiller, de un cabo y dos soldados para hacer una requisa. Cada dia estaban prescritas tres, una por la mañana, otra por la tarde, y otra á media noche: registraban todos los rincones de la prision, toda menudencia; en seguida salian los inferiores, y el superintendente (que nunca faltaba por mañana y tarde) se detenía á conversar algun rato conmigo.

La primera vez que ví aquella pequeña escolta, me ocurrió un extraño pensamiento, pues ignorante todavía de estos usos importunos, y con el desvarío

de la calentura, me figuré que venian á descuartizarme, y agarré la larga cadena que estaba á mi lado, para romper con ella los cascós del primero que se arrimára.

— ¿Qué haceis? dijo el superintendente; no venimos á haceros ningun mal, esta es una visita de formalidad de todas las prisiones, con la mira de asegurarnos que nada hay que no esté en órden.

Titubeaba yo; mas cuando ví á Schiller adelantarse hácia mí, y tenderme amigablemente la mano, su aspecto paternal me infundió confianza: solté la cadena, y tomé su mano entre las mías.

— ¡Oh! ¡cómo está abrasando! dijo él al superintendente; si se pudiese á lo menos darle un jergon. Pronunció estas palabras con tal espresion de verdadero afecto cordial que me enternecí.

El superintendente me tomó el pulso, y me tuvo lástima: era un sugeto de bellos modales, mas no se atrevia por sí á disponer nada.

— Aquí todo es rigor hasta para mí, dijo él; si no ejecuto á la letra lo que está prescrito, me aventuro á que me quiten el empleo.

Schiller alargaba los labios, y hubiera apostado que pensaba entre sí: si yo fuese superintendente, no llevaria el miedo hasta ese punto, pues el tomar por sí un arbitrio tan justificado por la necesidad, y tan indiferente á la monarquía, nunca podrá reputarse por gran delito.

Cuando me quedé solo, mi corazón desde algun tiempo incapaz de profundo sentimiento religioso se conmovió y rogó: era una súplica de bendicion por Schiller, y añadía: ¡haced, Dios mio, que yo descubra en los demas alguna prenda que me los haga amar, acepto todos los tormentos de la cárcel, pero permitidme que ame, y libradme del tormento de aborrecer á mis semejantes!

A media noche oí muchos pasos en el corredor; las llaves chillan, la puerta se abre; es el cabo con dos soldados para la requisa.

— ¿En dónde está mi viejo Schiller? exclamé con ansia (Él se habia parado en el corredor).

— Aquí estoy, aquí estoy, respondió. Y viniendo apresurado hasta la tarima en que me hallaba tendido volvió á tomarme el pulso, inclinándose inquieto á mirarme, como un padre en la cama de su hijo enfermo.

— Y ahora que me acuerdo, mañana es jueves, murmuraba él, sí, demasiado que es jueves.

— Y qué quereis vos decir con eso?

— Que el médico no suele venir sino los lunes, miercoles y viernes por la mañana, y que mañana ciertamente no vendrá.

— No os inquietéis por eso.

— Que no me inquiete, que no me inquiete, en toda la ciudad no se habla de otra cosa que de vuestra llegada y el médico no puede ignorarla.

¿Por qué diantres, pues, no ha hecho el esfuerzo extraordinario de venir una vez de mas?

— ¿Quién sabe si no vendrá mañana, aunque es jueves?

El viejo no replicó, pero me apretó la mano con tal fuerza brutal, que medio me la estropeó. Y bien que me hizo mal, tuve en ello gusto, semejante al que experimenta un enamorado, si da la casualidad que su queridita prenda bailando le pisa un pie: pegaría un chillido á causa del dolor, pero se aguanta, se sonríe con ella, y se estima dichoso.

LXI.

El jueves por la mañana, despues de una pésima noche, debilitado y molidos los huesos con las tablas duras, me sobrevino un abundante sudor. Vino la ronda: el superintendente no estaba, pues como esta hora le era incómoda, venia despues algo mas tarde.

Dije á Schiller: — Ved cómo estoy empapado en sudor, se me enfria ya sobre las carnes, tendria necesidad de cambiar pronto de camisa.

— Eso no es posible, gritó con voz brutal. Hízome secretamente señas con ojos y mano. Salidos el cabo y soldados, volvió á hacerme una guiñada, en el acto que cerraba la puerta.

Poco despues estaba de vuelta, trayéndome una

camisa suya larga dos veces como todo mi cuerpo.

— Para vos, dijo él, es algo larga, pero por ahora no tengo otra.

— Os doy mil gracias, amigo, pero como he traído á Espielberga un baul lleno de ropa blanca, espero que no se me rehusará me sirva de mis camises: hacedme favor de pedir al superintendente una de ellas.

— Está prohibido daros vuestra ropa; todos los sábados se os dará una camisa de la casa, como á los demas presos.

— Buen anciano, le dije, vos veis en qué estado estoy; es poco verisimil que yo salga vivo de aquí: nunca podré recompensaros vuestros cuidados.

— Vaya, vaya, exclamó; hablar de recompensa á quien no puede ser de ninguna utilidad, á quien apenas puede prestar á escondidas á un enfermo con qué enjugarse el cuerpo bañado en sudor. Y echándome de zopeton en los hombros su larga camisa, se fué refunfuñando, y cerró la puerta con gran estrépito.

Como dos horas despues me trajo un zoquetazo de pan negro.

— Esta es, dijo, la porcion para dos dias. Despues se puso á dar paseos rabiando.

— ¿Qué teneis vos? le dije. ¿Estais enfadado contra mí? Por lo tanto he aceptado la camisa que me trajisteis.

— Estoy furioso contra el médico, el cual, aunque hoy sea *jueves*, podía haberse dignado venir.

— Paciencia, respondí. Decía paciencia, mas no encontraba modo de reposar así en las tablas sin siquiera una almohada: me dolían todos mis huesos.

A las once, me trajo la comida un preso, acompañado de Schiller: esta se componía de dos pucheros de peltre, en uno había una detestable sopa, y en el otro verduras condimentadas con una salsa tal que solo el olor daba asco. Probé el tragar algunas cucharadas de sopa, no me fue posible.

Schiller me repetía: tened ánimo, procurad acostumbrarse con estas comidas, pues de lo contrario os sucederá lo que á otros, no comer sino un poco de pan, y morir de inanición.

El viernes por la mañana, vino al fin el doctor Bayer: me encontró calentura, mandó me diesen un jergón é insistió para que fuese sacado de este subterráneo y trasladado al piso superior. No se podía, porque no había sitio; pero hecha una demanda al conde Mitrowski, gobernador de ambas provincias, Moravia y Silesia, residente en Brunn, este respondió que vista la gravedad de mi mal, se cumpliese la orden del médico.

En el cuarto que me dieron penetraba alguna claridad, y encaramándome en las rejas de la angosta lumbrera veía el valle que estaba abajo, un pedazo de la ciudad de Brunn, un arrabal con mu-

chos huertecillos, el cimiterio, el pequeño lago de la Cartuja, y las colinas llenas de árboles que nos dividían de los famosos campos de Austerlitz. Esta vista me encantaba. ¡Oh! ¡cuánto me hubiera alegrado de haber podido participarla con Maroncelli!

LXII.

Entre tanto se nos estaban preparando los vestidos de preso: de allí á cinco días me trajeron el mio. Consistía en un par de pantalones de paño muy basto, de color gris á la derecha, y á izquierda pardo oscuro, una casaca de dos colores dispuestos del mismo modo, y un chaleco igual, con la diferencia que el color pardo estaba á derecha, y el gris al lado opuesto; las medias eran de lana muy gruesa, la camisa de cañamazo lleno de pajillas que me desollaban (un verdadero cilicio), al cuello una corbata de tela igual á la de la camisa, los botines eran de cuero no adobado con lazos, y el sombrero blanco.

Completaban esta librea los grillos en los pies, esto es, una cadena de una pierna á otra, cuyos eslabones fueron cerrados con clavos remachados sobre un yunque. El cerrajero que me hizo esta maniobra, creyendo que yo no entendía alemán, dijo á un

guardia : malo como está, se le podía dispensar este juego, no se pasarán dos meses sin que el ángel de la muerte venga á librarle.

— *Möchte es seyn!* (¡ojalá sea así!) le dije yo, dándole una palmadita en el hombro.

El pobre hombre se estremeció y quedó confuso ; despues dijo : — Espero que no seré profeta, y deseo que le liberte otro ángel.

— Antes que de vivir así, ¿no os parece, le respondí, que sea bienvenido también el de la muerte? Hizo señas que sí con la cabeza, y se marchó condoliéndose de mí.

En efecto de buena gana hubiera querido dejar de vivir, pero el suicidio no me tentaba, pues confiaba que la debilidad de mis pulmones seria bastante grande para concluir conmigo pronto : Dios no lo quiso así. La fatiga del viage me habia hecho mucho mal : el reposo me dió algun alivio.

Un instante despues que salió el herrero oí resonar el martillo sobre el yunque en el sótano. Schiller todavía estaba en mi cuarto.

— Oíd esos golpes, le dije ; sin duda ponen los grillos al pobre Maroncelli. Y diciendo esto, se me oprimió de tal modo el corazon que me bamboleé, y á no ser por el buen viejo que me sostuvo, me hubiera caído ; estuve mas de media hora en un estado parecido al desmayo, pero no lo era ; no podia hablar, mis pulsos apenas latian, un sudor frio me

inundaba de pies á cabeza, y no obstante esto oia todas las palabras de Schiller, y conservaba la memoria de lo pasado, y el conocimiento de lo presente.

La órden del superintendente y la vigilancia de las guardias habian tenido en silencio hasta entonces todas las prisiones inmediatas. Tres ó cuatro veces habia oído cantar una copla italiana, mas al instante la cubrian los gritos de las centinelas. Teniamos varias en el terraplen debajo de nuestras ventanas, y una en nuestro mismo corredor, la cual se paraba continuamente á escuchar á las puertas, y á mirar por los postiguillos para prohibir el ruido.

Una tarde al oscurecer (cada vez que pienso en ello, se me renuevan las palpitations que entonces esperimenté) las centinelas, por feliz acaso, hicieron menos atencion, y oí elevarse y proseguirse una copla con voz algo mas baja, pero clara, en la prision contigua á la mia. ¡ O qué alegría, qué emocion se apoderaron de mí ! Me levanté del jergon, me puse á escuchar, y cuando se calló, prorumpí en irresistible llanto.

— ¿Quién eres tú? desdichado, exclamé, ¿quién eres tú? Dime tu nombre ; yo soy Silvio Pellico.

— ¡ Oh Silvio ! respondió el vecino, no te conozco personalmente, mas hace ya tiempo que te amo. Acércate á la ventana, y hablémonos, mal que le pese á los esbirros.

Me agarré á la ventana, me dijo su nombre, y nos dirijimos uno á otro algunas palabras afectuosas. Era el conde Antonio Oroboni, natural de Fratta junto á Rovigo, jóven de veintinueve años.

¡Ay! fuimos interrumpidos muy luego con los gritos amenazadores de las centinelas; la del corredor pegaba recio con la culata del fusil, ya en la puerta de Oroboni, ó en la mia. Ni queríamos ni podíamos obedecer, pero las maldiciones que echaban eran tales que cesamos, quedando convenidos en principiar otra vez, cuando se relevarian las que estaban.

LXIII.

Sucedió como esperábamos, y es que hablando mas quedo, podíamos oirnos uno á otro, y á veces se hallarian centinelas caritativas que finjan no advertir nuestro cuchicheo, pues á fuerza de ensayos llegamos á descubrir un modo de emitir la voz tan débil que bastaba á nuestros oídos, y ó se escapaba á las de los demas, ó se prestaba al disimulo. Sucedia no obstante de cuando en cuando que habia oyentes de oido mas fino, ó que olvidabamos de moderar nuestro temple de voz, en cuyo caso volvan á principiar los gritos y culatazos en las puertas, y, lo que era peor, la cólera del pobre Schiller y del super-

intendente. Poco á poco fuimos perfeccionando todas las precauciones, á saber, hablar mas bien en ciertos cuartos de hora que en otros, cuando era el turno de tales ó tales guardias mas bien que el de otras, y siempre con voz muy moderada, y sea escelencia de nuestro arte, ó en los otros una costumbre de condescendencia que se iba formando, lo cierto es que concluimos por poder conversar bastante todos los dias, sin que ningun superior tuviese casi nunca que amonestarnos.

Asi nos estrechamos de tierna amistad: me refirió su vida, le conté la mia, las penas y consuelos del uno venian á ser los consuelos y penas del otro. ¡Oh! ¡de cuánto alivio nos serviamos recíprocamente! ¡cuántas veces despues de no haber dormido en toda la noche, cada uno por su lado poniéndose por la mañana á la ventana, y saludando á su respectivo amigo y oyendo sus apreciables palabras, sentia en el corazon endulzarse la tristeza, y redoblarse el ánimo! pues uno estaba persuadido de ser útil al otro, cuya certeza despertaba una dulce emulacion de amabilidad en nuestras ideas, y ese contento que tiene el hombre aun en la miseria, cuando puede ayudar á su semejante. Cada coloquio dejaba hueco á continuar y aclarar el punto en cuestion, era un estímulo vital y perenne para la inteligencia, memoria, imaginacion y corazon.

Al principio acordándome de Juliano, descon-

fiaba de la constancia de este nuevo amigo, y reflexionaba: hasta la presente no nos ha sucedido encontrarnos desacordes, el día menos pensado puedo disgustarle en algo, y enviarme enhoramala. Muy en breve desapareció esta sospecha; pues nuestras opiniones concordaban en todos los puntos esenciales, solo sí que á un alma noble, animada de generosos sentimientos, superior al infortunio, unia él la mas cándida y plena fe en el cristianismo, al paso que esta en mí andaba vacilante hacia ya algun tiempo, y aun á veces me parecia estinguida totalmente. Impugnaba él mis dudas con justísimas reflexiones y mucho amor, yo conocia que él llevaba razon y se la daba, pero las dudas volvian, lo que sucede á todos cuantos no tienen el Evangelio en el corazon, á cuantos aborrecen á sus semejantes, y se ensoberbecen de sí mismos. El entendimiento ve por un instante la verdad, mas como esta no le agrade, la pone de lado el instante despues, esforzándose á mirar á otra parte.

Oroboni era propio para fijar mi atencion en los motivos que el hombre tiene de ser indulgente para con los enemigos, pues no se hablaba de persona aborrecida sin que se pusiese hábilmente á defenderla, no solo con palabras sino con el ejemplo; varios le habian perjudicado, lo sentia, mas perdonaba á todos, y si podia citarme alguna accion loable de algunos de ellos, lo hacia con gusto.

La irritacion que me dominaba, y me volvia irreligioso desde mi condenacion acá, duró todavía algunas semanas, y al fin cesó completamente. La virtud de Oroboni se habia apoderado de mí, y esforzándome á alcanzarla, me puse á lo menos á seguir sus huellas. Cuando pude de nuevo rogar sinceramente por todos, y no detestar ya á nadie, se desaparecieron mis dudas sobre la fe: *Ubi charitas et amor, Deus ibi est.* «En donde estan la caridad y el amor, allí está Dios.»

XLIV.

Hablando con verdad, si la pena era severísima y capaz de irritar, teniamos al mismo tiempo la rara suerte de que eran buenos todos cuantos veiamos, y aunque no podian aliviar nuestra situacion sino con buenas y respetuosas atenciones, esto era comun á todos ellos; si habia alguna aspereza en el viejo Schiller, ¡cuán compensada no era con la nobleza de su corazon! hasta ese cuitado Kunda (el reo que nos traia la comida, y tres veces al día el agua) queria que advirtiesemos la lástima que nos tenia, pues era él quien aseaba el cuarto dos veces por semana, y una mañana barriendo, aprovechó el momento que Schiller se habia alejado dos pasos de la puerta, y me ofreció un pedazo de pan blanco;

no lo acepté, mas le estreché la mano cordialmente, cuya accion le conmovió, diciéndome en mal alemán (era polaco): os dan ahora tan poco de comer que seguramente vos padecéis hambre. Aseguré que no, mas aseguraba lo increíble.

Viendo el médico que ninguno de nosotros podía acostumbrarse á esta clase de comida, nos puso á todos á lo que llaman *cuarta parte de porcion*, es decir, al régimen del hospital: eran tres sopitas muy claras al día, un pedacito de asado de cordero que se podia tragar de un bocado, y como unas tres onzas de pan blanco. Como mi salud se iba mejorando, el apetito se aumentaba, y esta porción era demasiado poca, procuré volver al alimento de los sanos, mas no tuve ninguna ganancia, pues que me repugnaba tanto que no podia pasarlo, por lo que se me hizo indispensable atenerme á la *cuarta parte*, conociendo por espacio de mas de un año el grande tormento del hambre, el cual lo sufrían aun con mayor vehemencia algunos de mis compañeros, quienes siendo mas robustos que yo, estaban hechos á nutrirse mas abundantemente, y conozco algunos de ellos que aceptaron pan de Schiller y de los dos guardias empleados en nuestro servicio, y hasta de ese buen hombre de Kunda.

— Corre la voz en la ciudad que os dan á todos en general poco de comer, me dijo una vez el barbero, jovencito practicante de nuestro cirujano.

— Es mucha verdad, respondí naturalmente.

El sábado siguiente (venia todos los sábados) quiso darme de oculto un buen pedazo de pan blanco. Schiller hizo como que no habia visto la oferta. Yo si hubiese escuchado al estómago, le hubiera admitido, mas permanecí firme en rehusar, á fin de que el pobre jóven no repitiese el regalo, el que á la larga le hubiera sido un gravámen. Por el mismo motivo recusaba los presentes de Schiller, varias veces me trajo un tajo de carne cocida, suplicándome la comiera, y protestando que no le costaba nada, que se la daban de mas, que no sabia que hacer con ella, y que la daria de veras á otro, si yo no la tomaba. Me hubiera abalanzado á devorarla, mas aceptándola, ¿no hubiera aquel deseado todos los días darme alguna cosa? Solo dos veces que me trajo un plato de cerezas, y otra algunas peras, la vista de esta fruta me fascinó irresistiblemente; me pesó haberla tomado, cabalmente porque en lo sucesivo no cesaba de ofrecerme siempre.

LXV.

En los primeros días fue convenido que cada uno de nosotros tendria una hora de paseo dos veces por semana, en seguida nos dieron esta distraccion un

no lo acepté, mas le estreché la mano cordialmente, cuya accion le conmovió, diciéndome en mal alemán (era polaco): os dan ahora tan poco de comer que seguramente vos padecéis hambre. Aseguré que no, mas aseguraba lo increíble.

Viendo el médico que ninguno de nosotros podía acostumbrarse á esta clase de comida, nos puso á todos á lo que llaman *cuarta parte de porcion*, es decir, al régimen del hospital: eran tres sopitas muy claras al día, un pedacito de asado de cordero que se podía tragar de un bocado, y como unas tres onzas de pan blanco. Como mi salud se iba mejorando, el apetito se aumentaba, y esta porción era demasiado poca, procuré volver al alimento de los sanos, mas no tuve ninguna ganancia, pues que me repugnaba tanto que no podía pasarlo, por lo que se me hizo indispensable atenerme á la *cuarta parte*, conociendo por espacio de mas de un año el grande tormento del hambre, el cual lo sufrían aun con mayor vehemencia algunos de mis compañeros, quienes siendo mas robustos que yo, estaban hechos á nutrirse mas abundantemente, y conozco algunos de ellos que aceptaron pan de Schiller y de los dos guardias empleados en nuestro servicio, y hasta de ese buen hombre de Kunda.

— Corre la voz en la ciudad que os dan á todos en general poco de comer, me dijo una vez el barbero, jovencito practicante de nuestro cirujano.

— Es mucha verdad, respondí naturalmente.

El sábado siguiente (venia todos los sábados) quiso darme de oculto un buen pedazo de pan blanco. Schiller hizo como que no habia visto la oferta. Yo si hubiese escuchado al estómago, le hubiera admitido, mas permanecí firme en rehusar, á fin de que el pobre jóven no repitiese el regalo, el que á la larga le hubiera sido un gravámen. Por el mismo motivo recusaba los presentes de Schiller, varias veces me trajo un tajo de carne cocida, suplicándome la comiera, y protestando que no le costaba nada, que se la daban de mas, que no sabia que hacer con ella, y que la daría de veras á otro, si yo no la tomaba. Me hubiera abalanzado á devorarla, mas aceptándola, ¿no hubiera aquel deseado todos los días darme alguna cosa? Solo dos veces que me trajo un plato de cerezas, y otra algunas peras, la vista de esta fruta me fascinó irresistiblemente; me pesó haberla tomado, cabalmente porque en lo sucesivo no cesaba de ofrecerme siempre.

LXV.

En los primeros días fue convenido que cada uno de nosotros tendria una hora de paseo dos veces por semana, en seguida nos dieron esta distraccion un

dia sí y otro no, y mas adelante todos los días, exceptuando los de fiesta.

Cada uno era conducido á paseo separadamente entre dos guardias con fusil al hombro; yo que estaba alojado en el fondo del corredor, pasaba, cuando salia, por delante de las prisiones de todos los reos de Estado italianos, escepto de Maroncelli que estaba penando solo abajo.

— ¡Buen paseo! me susurraban todos por el postiguillo de sus puertas, pero no me permitian pararme á saludar á ninguno.

Bajábase una escalera, se atravesaba un espacioso patio, y se llegaba á un terraplen situado al medio día desde donde se veía la ciudad de Brunn, y una gran parte de los alrededores.

En el espresado patio habia siempre un crecido número de reos comunes, que iban ó venian del trabajo, ó se paseaban en grupos conversando: entre ellos habia varios ladrones italianos que me saludaban con gran respeto, y decian entre sí: — no es un tunante como nosotros, y con todo su pena es mas rigurosa que la nuestra (En efecto tenian mucha mas libertad que yo).

Oia estas y otras espresiones, y les devolvía de corazon su cortesía. Uno de ellos me dijo una vez: — vuestra venia me hace bien, acaso vos estais viendo en mi fisonomía alguna cosa que no es depravacion; una pasion infeliz me arrastró á cometer

un delito, pero no señor, no soy un depravado. Y prorumpió en lágrimas. Le alargué la mano, mas no pudo asírmela, pues mis guardias, no por perversidad, sino por las instrucciones que tenian, le empujaron; no debian dejarme acercar cualquiera que fuese. Las palabras que estos reos me dirigian, aparentaban las mas veces decírselas entre ellos, y si mis dos soldados se apercibian que eran dirigidas á mí, intimaban silencio.

Pasaban tambien por aquel patio sugetos de varias condiciones no pertenecientes al castillo, los cuales venian á visitar al superintendente, ó al capellan, ó al sargento, ó á alguno de los cabos de escuadra. — Ved aquí uno de los italianos, uno de los italianos, decian de quedo, y se paraban á mirarnos, y muchas veces les oí decir en aleman, creyendo que yo no los entendia: ese pobre caballero no hará huesos viejos, tiene la muerte en el rostro.

Efectivamente despues de haberme restablecido en un principio, me fuí aniquilando con motivo de la escasez de alimento, y estaba á menudo calenturiento. Me costaba trabajo arrastrar mi cadena hasta el sitio del paseo, y allí me tendía sobre la yerba donde permanecia ordinariamente hasta que estaba concluida mi hora.

Estaban en pie, ó se sentaban junto á mí los guardias y charlabamos: uno de ellos, por nombre

Kral, era Bohemo y aunque de familia campesina y pobre, habia recibido cierta educacion, y la habia perfeccionado por sí mismo en cuanto habia podido, discurriendo con mucho discernimiento sobre las cosas del mundo, y leyendo todos los libros que le caian en las manos. Conocia Klopstock, Wieland, Goethe, Schiller y otros muchos buenos escritores alemanes. Sabia de memoria una infinidad de trozos, y los decia con inteligencia y sentimiento de ánimo. El otro guardia era un Polaco; llamado Kubitzki, ignorante, pero respetuoso y humano. La compañía de ambos me era de bastante agrado.

LXVI.

En una estremidad de este terraplen estaban las habitaciones del superintendente, y en la otra vivia un cabo de escuadra con muger y un hijo. Cuando veia yo á alguno salir de estas viviendas, me levantaba y me acercaba á la persona ó personas que salian, y era colmado de demostraciones de cortesía y compasion.

La muger del superintendente estaba enferma hacia tiempo, y se iba acabando lentamente; se hacia algunas veces llevar en un canapé al aire libre. Es indecible cuánto se enternecia, espresándome la

piedad que experimentaba por todos nosotros; su mirada era sumamente dulce y tímida, y aunque esto último, fijaba la vista de cuando en cuando con viva y curiosa confianza sobre quien la hablaba.

Le dije una vez riendo: — ¿quereis creer vos, señora, que os dais algun aire á una persona que he querido mucho?

Púsose sonrojada, y respondió con seria y amable sencillez: — no me olvideis vos, pues, cuando me muera, pedid por mi pobre alma, y por los hijitos que dejo en este mundo.

Desde este dia en adelante, no pudo ya salir de la cama, y no la volví á ver mas, anduvo tirando aun algunos meses hasta que murió.

Tenia tres hijos bonitos como perlas, y otro todavia mamando. La infeliz los besaba frecuentemente en mi presencia, y decia: ¡quién sabe qué muger les deparará la suerte por madre despues de mí! Cualquiera que sea, el Señor le dé entrañas de madre aun para los hijos no nacidos de ella. Y lloraba.

Mil veces me he acordado de su ruego y lágrimas. Cuando ya no existia, abrazaba yo algunas veces á estos niños, y enternecido repetia este ruego maternal. Pensaba en mi madre, y en los ardientes votos que su amantísimo corazon levantaba sin duda por mí, y sollozando esclamaba: ¡O mas infeliz esta madre que muriendo abandona á sus hijos en

edad tierna que aquella que despues de haberlos criado con infinitos afanes se los ve arrebatat !

Dos buenas ancianas solian estar con estos chicos, una era la madre del superintendente y otra la tia : quisieron saber toda mi historia, y yo se la conté en compendio.

— ¡ Cuán infelices somos, decian ellas con la expresion del mas verdadero dolor, de no poder socorrer á vos en nada ! Mas estad seguro que rogaremos por vos, y que si un dia llega vuestra gracia, será de júbilo para toda nuestra familia.

La primera de ellas que era la que yo veia con mas frecuencia, poseia una dulce y estraordinaria elocuencia en dar consuelos; los escuchaba con filial reconocimiento, y me se quedaban grabados en el corazon. Decia cosas que yo sabia ya, y me admiraban como nuevas; conviene á saber, que la desgracia no degrada al hombre, si no es vil, sino al contrario le eleva; que si pudiesemos penetrar los juicios de Dios, veriamos á menudo tener mas lástima de los vencedores que de los vencidos, de los contentos que de los afligidos, de los ricos que de los faltos de todo; que la amistad particular del Hombre Dios mostrada para con los desdichados es un gran hecho; y que debemos glorificarnos de la cruz desde que fue llevada á hombros divinos.

¡ Y bien ! estas dos buenas ancianas que yo veia con tanto gusto hubieron de partir en breve de Es-

pielberga por razones de familia; los niños cesaron tambien de venir al terraplen. Mucho me afligieron estas pérdidas.

LXVII.

Lo incómodo de la cadena en los pies, impidiéndome de dormir, contribuia á arruinarme la salud. Schiller queria que yo reclamase, y pretendia que la obligacion del médico era mandármela quitar. No le escuche por algun tiempo, despues cedí al consejo, y dije al facultativo que para recuperar el beneficio del sueño, le rogaba hacerme desencadenar al menos por algunos dias, á lo cual respondió que la calentura no habia llegado todavía á tal grado que pudiese condescender á lo que le pedia, y que era necesario acostumbrarme á los grillos. Esta respuesta me indignó, y tuve rabia de haber hecho esta inútil demanda.

— He aquí lo que he ganado, dije á Schiller, en seguir vuestro pertinaz consejo. Fue preciso que le dijera estas palabras de un modo desapacible, por haberse ofendido este buen hombre, brusco de su natural.

— A vos os desagrada, exclamó de haberos esposto á una repulsa, y á mí no me gusta de que seais tan altanero conmigo. Despues continuó un

large sermon en estos términos : « los soberbios hacen consistir su grandeza en no esponerse á repulsas, en no aceptar ofertas, y avergonzarse de mil necedades, *alle Hezeleien!* ; tonterías ! ; vana grandeza ! ; ignorancia de la verdadera dignidad ! ; Esta consiste en gran parte en avergonzarse solamente de las malas acciones ! » Dijo, se salió, é hizo un estrépito infernal con las llaves.

Quedé aterrado. Y sin embargo esta tosca franqueza, dije, me agrada, pues sale del corazon como sus ofertas, como sus consejos y como su piedad. ¿ Y no me predicó la verdad ? ¿ A cuántas debilidades no doy yo el nombre de dignidad, siendo asi que no son mas que soberbia ?

A la hora de la comida Schiller dejó entrar al reo Kunda con los cachivaches y el agua, y se detuvo en la puerta. Le llamé.

— No tengo lugar, respondió secamente.

Bájeme de la tarima, fui á él y le dije : — si vos quereis que la comida me aproveche, no me pongais ese ceño tan duro.

— ¿ Pues qué ceño tengo que poner ? ¿ preguntó serenándose.

— De hombre alegre, de amigo, respondí.

— ¡ Viva la alegría ! exclamó. Y si para que la comida os aproveche, quereis vos tambien verme bailar, ya estais servido. Y se puso á pegar brinco con sus descarnadas y largas zancas de un modo

tan divertido que rebenté de risa. Yo reia y tenia el corazon angustiado.

LXVIII.

Una tarde, Oroboni y yo estabamos en nuestras respectivas ventanas, y nos quejamos uno á otro de estar hambrientos. Alzamos algo la voz, y las centinelas gritaron; el superintendente que por mala ventura pasaba por aquella parte creyó de su deber hacer llamar á Schiller, y darle una famosa reprimenda, porque no vigilaba mejor á que guardasemos silencio.

Schiller vino con grande furia á quejarse á mí, y me intimó la orden de no hablar ya mas á la ventana; queria que yo se lo prometiese.

— No, respondí, no quiero prometérselo.

— ¡ Oh *der teufel!* *der teufel!* (demonio, demonio) exclamó, á mí decirme, no quiero, á mí que acabo de recibir una maldita peluca por culpa vuestra.

— Siento, querido Schiller, hayais recibido esa peluca por culpa mia, lo siento de veras, mas no quiero prometer lo que conozco no cumpliré.

— ¿ Y porqué vos no lo cumplireis ?

— Porque no lo podré, por la razon de que la soledad continua es tormento tan cruel para mí que nunca resistiré á la necesidad de dejar soltar alguna

voz de los labios, y de invitar á mi vecino á responderme, y si este se callase, dirigiria la palabra á las rejas de mi ventana, á las colinas que estan enfrente, ó á las aves que vuelan.

— *Der teufel!* ¿con que vos no quereis prometerme?

— No, no, no, repliqué.

Arrojó al suelo el estrepitoso manojito de llaves, repitiendo: *der teufel! der teufel!* En seguida prorumpió abrazándose: — ¡Y bien! ¿tengo que dejar de ser hombre por esas malditas llaves? Vos sois un caballero completo, y me alegro que no queráis prometerme lo que no cumplireis. Haré lo mismo yo tambien.

— Estas llaves, le dije recogiendo y dándose las, no son tan *malditas*, puesto que no pueden hacer de un buen cabo de escuadra como sois vos un depravado esbirro.

— Y si creyese fueran capaces de eso, respondió, las llevaria á mis superiores, y les diria: si no quereis darme otro pan que el del verdugo, iré á pedir limosna.

Sacó del bolsillo el pañuelo, se enjugó los ojos, los alzó juntando las manos en ademán de oración. Junté las mías, y rogué á la par suya en silencio. Comprendia él que yo hacia ruegos en favor suyo, como yo conocia que él los hacia por mí.

Al irse, me dijo en voz baja: cuando vos conver-

seis con el conde Oroboni, hablad lo mas quedo que podais: de ese modo hareis vos dos bienes, uno de ahorrarme el regaño del señor superintendente, y el otro de no dejar entender algun discurso..... ¿debo decirlo?.... algun discurso que, referido, irritaria siempre mas á quien puede castigar.

Aségurele que de nuestros labios no salia nunca palabra alguna que, contada á quien se sea, pudiese ofender.

No necesitabamos en efecto de avisos para ser cautos, pues dos presos que entran en comunicacion entre sí saben muy bien crearse una jerga por medio de la cual dicen todo sin ser comprendidos de cualquiera que los escuche.

LXIX.

Volvia una mañana del paseo: era el 7 de agosto. La puerta de Oroboni estaba abierta, y dentro se hallaba Schiller, el cual no me habia oído venir; los guardias quieren alargar el paso para cerrarla, yo tomo la delantera, y en un brinco hétame en los brazos de Oroboni.

Schiller se quedó atónito. — *Der teufel!* gritó, *der teufel!* y alzó el dedo para amenazarme. Mas las lágrimas se asomaron á sus ojos, y exclamó sollozando: ¡O Dios mio, tened misericordia de esto

pobres jóvenes y de mí, y de todos los infelices, vos que fuisteis tan infeliz en la tierra!

Los dos soldados lloraban tambien; la centinela del corredor que allí acudió, se echó á llorar igualmente. Oroboni me decia: Silvio, Silvio, este es uno de los mas dulces dias de mi vida. Ignoro lo que le respondi, estaba fuera de mí de alegría y ternura.

Cuando Schiller nos mandó separarnos, forzoso fue obedecerle, Oroboni prorumpe en llanto continuado y dijo: ¿nos volveremos á ver ya mas en este mundo?

Y nunca jamas le volví á ver, pues pasados algunos meses, su cuarto estaba vacante, y Oroboni yacia en aquel cimiterio que yo tenia delante de mi ventana.

Desde que nos habiamos visto aquel instante, parecia que nos amabamos todavía mas dulce y estrechamente que antes, como si fuesemos mas necesarios uno á otro.

Era un gallardo jóven, de noble aspecto, pero descolorido y de triste salud, solo los ojos estaban rebotando vida. Mi afecto por él se habia aumentado á causa de la piedad que me inspiraban su flaqueza y palidez. Lo mismo experimentaba él por mí, por cuanto ambos conociamos cuán verosímil era que al uno de nosotros tocaba de sobrevivir pronto al otro. Dentro de pocos dias en efecto en-

fermó, y yo no hacia mas que gemir y rogar por él. A consecuencia de algunos recargos de calentura recobró algunas fuerzas, y estuvo en estado de volver á los coloquios amistosos. ¡Oh! ¡cuánto el oír de nuevo el metal de su voz me consolaba!

— No te engañes, me decia él, será por poco tiempo; tén la virtud de prepararte á mi pérdida, inspírame espíritu con tu espíritu.

En esta época quisieron blanquear las paredes de nuestras prisiones, y mientras, nos trasladaron á los subterráneos. Desgraciadamente en este intervalo no nos pusieron en lugares vecinos. Schiller me comunicaba que Oroboni estaba bueno, mas yo recelaba no queria decirme la verdad, y me temia que la salud ya tan endeble de aquel se deteriorase en estas mazmorras.

¡Si hubiese tenido yo por lo menos la fortuna de estar contigo en esta ocasion á mi querido Maroncelli! Oia, sí, su voz, nos saludabamos cantando, á despecho de las centinelas.

Llegó á la sazón á visitarnos el protomédico de Brünn, enviado acaso á consecuencia de los informes que hacia el superintendente á Viena sobre la suma inanición á que tanta escasez de alimento nos habia reducido á todos, ó bien porque entonces reinaba en las cárceles un escorbuto muy epidémico.

No sabiendo yo el motivo de esta visita, me ima-

guiné era por nueva enfermedad de Oroboni, dandome un desasiego increíble el temor de perderle. Me acometió entonces una profunda melancolía y deseo de morir. El pensamiento del suicidio volvía á representárseme; le combatía, mas yo era como un viagero cansado que mientras se dice á sí mismo, « mi deber es caminar hasta el fin » se siente con necesidad preponderante de tenderse en el suelo y reposarse.

Me habian dicho que poco ha en uno de estos tenebrosos calabozos se habia quitado la vida un viejo bohemiano, estrellándose la cabeza contra la pared. No podia desechar de mi idea la tentacion de imitarle. Ignoro si mi delirio hubiera llegado á ese punto, á no haberme creido próxima la muerte de resultas de una bocanada de sangre del pecho que arrojé. Dí gracias á Dios de quererme matar de este modo, ahorrándome un acto de desesperacion que reprobaba mi entendimiento. Pero el Ser supremo tuvo á bien al contrario el conservarme. Este arrojó de sangre alivió mis dolencias. A todo esto, fui vuelto á la prision de arriba, cuya mayor claridad, y la recobrada vecindad de Oroboni me apegaron de nuevo á la vida.

LXX.

Confiéle la tremenda melancolía que habia experimentado en nuestra ausencia, y me dijo haber tenido él igualmente que luchar contra el pensamiento del suicidio.

— Aprovechemos, decia él, del escaso tiempo que nos es dado otra vez para fortalecernos mutuamente con el socorro de la religion. Hablemos de Dios, escitémonos á amarle, acordémonos que él es la justicia, la sabiduría, la bondad, la belleza, en fin todo cuanto admiramos de mas sublime. De veras te digo que la muerte no está lejos de mí. Te seré eternamente reconocido, si contribuyes á hacerme tan religioso en estos postreros dias, como hubiera debido serlo toda su vida.

Y nuestros discursos no versaban ya mas que sobre la filosofía cristiana, y el parangon de esta con la mesquindad de la sensualística. Ambos estabamos contentos de encontrar tanta consonancia entre el cristianismo y la razon, ambos en la confrontacion de las diversas comuniones evangélicas veíamos ser sola la católica la que puede verdaderamente resistir á la crítica, y la doctrina del catolicismo estribar en dogmas purísimos y en purísima moral, y no en miserables conceptos de la ignorancia humana.

— Y si por accidente inesperado volviésemos á la sociedad, continuaba Oroboni, ¿seremos nosotros tan pusilánimes de no confesar el Evangelio? ¿de entrar en cuidado, si alguno imaginá que la prision habia debilitado nuestros ánimos, y que por fragilidad nos habíamos vuelto mas firmes en la creencia?

— Oroboni mio, le dije, tu pregunta me revela tu respuesta, y esta es tambien la mia. El colmo de la cobardía es ser esclavo de los juicios de otro, cuando se tiene la persuasion de que son falsos. No creo que esta cobardía ni tú, ni yo la tendremos jamas.

En estos desahogos afectuosos cometí una culpa, pues habia jurado á Juliano el no confiar nunca á nadie, descubriendo su verdadero nombre, las conexiones que habíamos tenido juntos. Contélas á Oroboni, añadiéndole: en el mundo nunca se me escaparia de los labios cosa semejante, mas aquí estamos en el sepulcro, y aun cuando tú salgas de él, sé que puedo fiarme de tí.

Esta buena alma se callaba.

— ¿Porqué no me respondes? le dije.

Al fin se puso á motejarme seriamente de haber violado el secreto. Sus reconvenciones eran justas, pues ninguna amistad por íntima que sea, y por fortalecida que esté en la virtud no puede autorizar tal violacion.

Pero puesto que estaba efectuada esta culpa mia,

Oroboni fue causa de que me redundára un bien, pues habia conocido á Juliano, y sabia varias acciones honrosas de su vida; refiriómelas, añadiendo: este hombre se ha comportado tantas veces como cristiano, que no puede llevar su furor antireligioso hasta á la tumba. Esperemos, esperemos asi sea. Y tú, Silvio, procura perdonarle de corazon su mal humor, y ruega por él.

Estas palabras me eran sagradas.

LXXI.

Las conversaciones de que hablo, ya con Oroboni, ya con Schiller ú otros, ocupaba todavía poca parte de mis largas veinticuatro horas del dia, y no raras eran las veces que ninguna conversacion era posible con el primero.

¿Qué hacia yo, pues, en tan grande soledad? Pasaba mis dias del modo siguiente: me levantaba siempre al amanecer, y subido encima de mi tarima, me agarraba á las rejas de la ventana, y decia mis oraciones. Oroboni ya estaba en la suya ó no tardaba en venir á ella. Nos dabamos los buenos dias, y uno y otro continuaba tácitamente sus pensamientos en Dios. Cuanto horribles eran nuestras guaridas, otro tanto era magestuoso el espectáculo que se presentaba á nuestra vista: ese cielo, esa

campiña, ese movimiento lejano de criaturas vivientes en el valle, esas voces de aldeanás, esas risas, esos cantos nos esparcían el ánimo, y nos hacían sentir con mayor amor la presencia de Aquel que es tan magnífico en su bondad, y cuyo auxilio nos era tan necesario. Llegaba la requisita matutina: los guardias daban una ojeada por el cuarto para ver si todo estaba en orden, y registraban mi cadena eslabon por eslabon, con el fin de asegurarse si algun accidente ó alguna mala intencion la habia roto, ó mas bien (porque era imposible quebrar la cadena) hacían esta inspeccion por obedecer fielmente á las prescripciones de disciplina. Si era día que venia el médico, Schiller preguntaba si uno queria hablarle, y lo apuntaba. Acabada la ronda, Schiller volvia acompañado de Kunda, el cual estaba encargado de asear cada cuarto. Pasado un rato nos traían el almuerzo que consistia en un medio jarro de un líquido encarnado, y tres rebanadas de pan sumamente delgadas; comia el pan y no bebia el licor. Despues de esto me ponía á estudiar. Maroncelli habia traído de Italia muchos libros, y todos nuestros compañeros tenían tambien, cual mas, cual menos; todo junto formaba una buena librería, y esperabamos ademas poderla aumentar con nuestro dinero. Mientras llegaba la respuesta del emperador al permiso que habiamos pedido de leer nuestros libros y adquirir otros, el gobernador

de Brünn nos concedía *provisionalmente* tener cada uno de nosotros dos libros consigo, y cambiarlos por otros todas las veces que quisieramos. A eso de las nueve venia el superintendente, y si se habia requerido al médico, aquel le acompañaba. Me quedaba todavía algun tiempo para el estudio desde este momento hasta las once que era la hora de la comida. Hasta el sol puesto no habia mas visitas, y volvía á estudiar. Entonces Schiller y Kunda entraban á mudarme el agua, y un instante seguido el superintendente con alguna escolta se presentaba para la inspeccion vespertina de todo el cuarto y de mis grillos. En una de las horas del día, sea antes ó despues de la comida, al beneplácito de los guardias, erá el paseo. Terminada la espresada visita de la tarde, Oroboni y yo nos poniamos á conversar, y estos solian ser nuestros mas largos coloquios, pues los estraordinarios sucedían por la mañana, ó despues de comer, y eran por lo regular muy cortos. Algunas veces las centinelas eran tan caritativas que nos decían: « algo mas bajo, señores, de lo contrario el castigo recaerá sobre nosotros. » Otras veces aparentaban no apercibirse que hablabamos, pero viendo asomar al sargento, nos rogaban callásemos hasta que se hubiese ido, y partido qué era, decían: « señores patrones, ahora poder, pero lo mas bajo que ser posible. » A veces tambien algunos de estos soldados se arriesgaban sino á dialogar

con nosotros, satisfacer, sí, á nuestras preguntas, y darnos alguna noticia de Italia. A ciertos discursos no respondíamos sino suplicándoles de callar, pues era natural que dudásemos si eran desahogos de corazones ingenuos, ó tretas con el objeto de escudriñar nuestros ánimos, aunque me inclino mucho mas á creer que hablaban con sinceridad.

LXXII.

Una tarde teníamos centinelas muy benignas, y por lo mismo Oroboni y yo no nos molestábamos en comprimir la voz. Maroncelli en su subterráneo, encaramado en su ventana, nos oyó, y distinguió mi voz. No pudo contenerse, y me saludó cantando, me preguntaba como yo lo pasaba, y me espresaba con las mas tiernas palabras su sentimiento de no haber todavía obtenido que nos pusiesen juntos. Este favor le habia pedido yo tambien, mas ni el superintendente de Espielberga, ni el gobernador de Brünn no tenían facultad de concederle. Nuestro respectivo deseo habia sido trasmitido al emperador, y hasta entonces no habia llegado ninguna respuesta.

A mas de la vez que nos saludamos cantando en los subterráneos, habia oido otras desde el piso superior sus coplas, mas sin comprender la letra, y

apenas pocos instantes, porque no le dejaban proseguir. Ahora alzó mucho mas la voz, no fue tan pronto interrumpido, y entendí todo. No hay términos con que espresar la conmocion que esperimenté. Respondíle, y continuamos el diálogo cerca de un cuarto de hora. Al cabo se remudaron las centinelas en el terraplen, y las nuevas no fueron complacientes, pues que nos disponíamos á volver á empezar el canto, oímos furiosos gritos y maldiciones, y fue preciso respetarlas.

Me representaba á Maroncelli yacente desde tan largo tiempo en aquella prision mucho peor que la mia, me imaginaba la tristeza que allí debia oprimirle frecuentemente, y el detrimento que sufriria su salud, y me abrumaba una profunda angustia. Puede al fin llorar, mas el llanto no me alivió; me cargó un grande dolor de cabeza con recia calentura, y no pudiendo sostenerme en pie, me recosté sobre el jergon; aumentó la convulsion, el pecho me dolia con horrible pasmo, y creí morir aquella noche. Al dia siguiente habia cesado la fiebre, y del pecho iba mejor, mas me parecia tener fuego en el cerebro, y apenas podia mover la cabeza sin que se despertasen en ella atroces dolores.

Participé á Oroboni mi estado; él tambien se sentia mas mal que de costumbre. — Amigo, le dije, no está lejos el dia que uno de nosotros dos no podrá ya venir á la ventana. Cada vez que nos saluda-

con nosotros, satisfacer, sí, á nuestras preguntas, y darnos alguna noticia de Italia. A ciertos discursos no respondíamos sino suplicándoles de callar, pues era natural que dudásemos si eran desahogos de corazones ingenuos, ó tretas con el objeto de escudriñar nuestros ánimos, aunque me inclino mucho mas á creer que hablaban con sinceridad.

LXXII.

Una tarde teníamos centinelas muy benignas, y por lo mismo Oroboni y yo no nos molestábamos en comprimir la voz. Maroncelli en su subterráneo, encaramado en su ventana, nos oyó, y distinguió mi voz. No pudo contenerse, y me saludó cantando, me preguntaba como yo lo pasaba, y me espresaba con las mas tiernas palabras su sentimiento de no haber todavía obtenido que nos pusiesen juntos. Este favor le habia pedido yo tambien, mas ni el superintendente de Espielberga, ni el gobernador de Brünn no tenían facultad de concederle. Nuestro respectivo deseo habia sido trasmitido al emperador, y hasta entonces no habia llegado ninguna respuesta.

A mas de la vez que nos saludamos cantando en los subterráneos, habia oido otras desde el piso superior sus coplas, mas sin comprender la letra, y

apenas pocos instantes, porque no le dejaban proseguir. Ahora alzó mucho mas la voz, no fue tan pronto interrumpido, y entendí todo. No hay términos con que espresar la conmocion que esperimenté. Respondíle, y continuamos el diálogo cerca de un cuarto de hora. Al cabo se remudaron las centinelas en el terraplen, y las nuevas no fueron complacientes, pues que nos disponíamos á volver á empezar el canto, oímos furiosos gritos y maldiciones, y fue preciso respetarlas.

Me representaba á Maroncelli yacente desde tan largo tiempo en aquella prision mucho peor que la mia, me imaginaba la tristeza que allí debia oprimirle frecuentemente, y el detrimento que sufriria su salud, y me abrumaba una profunda angustia. Puede al fin llorar, mas el llanto no me alivió; me cargó un grande dolor de cabeza con recia calentura, y no pudiendo sostenerme en pie, me recosté sobre el jergon; aumentó la convulsion, el pecho me dolia con horrible pasmo, y creí morir aquella noche. Al dia siguiente habia cesado la fiebre, y del pecho iba mejor, mas me parecia tener fuego en el cerebro, y apenas podia mover la cabeza sin que se despertasen en ella atroces dolores.

Participé á Oroboni mi estado; él tambien se sentia mas mal que de costumbre. — Amigo, le dije, no está lejos el dia que uno de nosotros dos no podrá ya venir á la ventana. Cada vez que nos saluda-

mos puede ser la última. Tengámonos, pues, listos uno y otro sea á morir ó á sobrevivir al amigo.

Su voz estaba turbada, yo no podia responderle; guardamos un instante el silencio, y luego prosiguió: — ¡dichoso tú que sabes aleman! ¡podrás á lo menos confesarte! He requerido un sacerdote que sepa italiano, y me han dicho que no hay. Mas Dios ve mi deseo, y desde que me confesé en Venecia, en verdad creo nada tengo que me remuerda la conciencia.

—Yo al contrario en Venecia me confesé, le dije, con ánimo lleno de rencor, é hice peor que si hubiese recusado los sacramentos, mas si ahora me se concede un eclesiástico, te aseguro que me confesaré de todo corazon y perdonando á todos.

— ¡Bendigate el cielo! exclamó, tú me das un gran consuelo; hagamos, sí, hagamos lo posible entrambos por estar eternamente unidos en la felicidad, como lo estuvimos en estos dias de infortunio.

El dia despues le aguardé á la ventana y no pareció. Supe por Schiller que estaba enfermo gravemente. Pasados ocho ó diez dias, estaba mejor y volvió á saludarme, yo sufría, mas me iba sosteniendo. Varios meses se pasaron tanto para él como para mí en estas alternativas de mejor y peor.

LXXIII.

Pude tirar hasta el dia 11 de enero de 1823: por la mañana me levanté con mal de cabeza no fuerte, pero con amagos de desmayo; me temblaban las piernas, y me costaba trabajo exhalar el aliento. Oroboni tambien hacia dos ó tres dias iba mal, y no se levantaba.

Tráenme la sopa, apenas gusto una cucharada que caigo privado de sentido. Pasado un rato, la centinela del corredor miró casualmente por el postigo, y viéndome tendido por el suelo, con el pucherillo en que estaba la sopa volcado á mi lado, me creyó muerto y llamó á Schiller. Vino tambien el superintendente, se fué á buscar inmediatamente al médico, y me metieron en la cama; volví en mí con suma dificultad. El médico declaró mi vida en peligro, y me hizo quitar los grillos; me recetó no sé qué cordial, mas el estómago no podia retener nada. El dolor de cabeza se acrecentaba terriblemente. Dióse parte sin dilacion al gobernador, el cual despachó un correo á Viena para saber cómo debia yo ser tratado. La respuesta fue que no me pusiesen en la enfermería, sino que me cuidasen en la prision con la misma diligencia que lo hubieran hecho en aquella. Ademas autorizaban al superin-

tendente á abastecerme los caldos y sopas de su cocina, interin duraba la gravedad del mal. Esta última providencia me fue al principio inútil, pues ni comida ni bebida pasaba. Empeoré una semana seguida, y desbarraba día y noche.

Kral y Kubitzky me fueron dados por enfermeros; ambos me servían con amor. Cada vez que volvía algo en mí, Kral me repetía: — Tened confianza en Dios; Dios solo es bueno.

— Pedid por mí, le decía yo, no que me sane, sino que acepte mis desgracias y mi muerte en espion de mis pecados.

Me sugirió reclamar los sacramentos.

— Si no los he pedido, repuse, hay que atribuirlo á la debilidad de mi cabeza; mas será para mí gran consuelo el recibirlos.

Kral refirió mis palabras al superintendente, é hizo venir al capellan de cárcel. Me confesé, comulgé y tomé el santo óleo. Estuve contento de este sacerdote: se llamaba Sturm. Las reflexiones que me hizo sobre la justicia de Dios, sobre la injusticia de los hombres, sobre el deber del perdon y sobre la vanidad de las cosas terrenales, no eran trivialidades, pues llevaban el sello de un entendimiento sublime y culto, y de un vehemente sentimiento de verdadero amor de Dios y del prójimo.

LXXIV.

El esfuerzo de atencion que hice para recibir los sacramentos, pareció estenuar mi vitalidad, mas al contrario me ayudó para hacerme caer en un letargo de algunas horas que me reposó. Despertéme algo aliviado, y viendo á Schiller y Kral á mi lado, tomé las manos de ellos y les dí gracias por todos sus cuidados.

Schiller me dijo: — Mis ojos estan ejercitados en ver enfermos, y apostaria que vos no morís de esta.

— ¿No os parece hacerme con eso un mal pronóstico? dije yo.

— No, respondió, las miserias de la vida son grandes, es verdad, pero el que las sobrelleva con nobleza de ánimo y con humildad gana siempre en vivir. Añadió luego: — Si vos vivís, espero que dentro de algunos días tendéis un gran consuelo.

Habéis solicitado el ver al señor Maroncelli?

— Tantas veces lo he solicitado, y en valde, que no me atrevo ya á esperarlo.

— Esperad, esperad y repetid la demanda.

La repetí en efecto aquel día. El superintendente dijo tambien que debia yo esperar, y añadió ser verosímil que no solo Maroncelli pudiese verme,

sino que me le seria dado por enfermero, y en lo sucesivo por inseparable compañero.

Como todos los presos de Estado teniamos mas ó menos arruinada la salud, el gobernador habia requerido á Viena que pudiesemos estar puestos todos de dos en dos, á fin de socorrernos mutuamente.

Yo tambien habia pedido la merced de escribir un último adios á mi familia.

Hácia el fin de la segunda semana, mi enfermedad tuvo una crisis, y desapareció el peligro. Principiaba á levantarme, cuando una mañana se abre la puerta, y veo entrar risueños al superintendente, á Schiller y al médico. El primero corre á mí, y me dice: tenemos el permiso de daros por compañero á Maroncelli, y de dejaros escribir una carta á vuestros padres. El gozo me cortó la respiracion, y el pobre superintendente que por raptó de buen corazon habia carecido de prudencia, me creyó perdido. Cuando recobré los sentidos, y me acordé del anuncio oído, rogué que no se me retardase tan grande bien. Consintió el médico, y Maroncelli fue conducido en mis brazos. ¡O qué momento fué este! ¡Tú vives pues? esclamabamos alternativamente. ¡O amigo! ¡O hermano! ¡qué dia feliz nos ha tocado aun ver! ¡Dios sea loado!

Pero á nuestro alborozo que era inmenso se juntaba una inmensa compasion. Maroncelli debia estar menos asombrado que yo, hallándome tan menos-

cabado como estaba, pues él sabia la grave enfermedad que acababa de padecer yo: mas por mi parte aun pensando que él habia sufrido, no me le figuraba tan diverso de lo que era antes; estaba desconocido. Aquellas facciones, otras veces tan bellas, tan floridas, estaban consumidas con el dolor, el hambre y el malísimo aire de su lóbrega prision.

Sin embargo el vernos, el oírnos, el estar inseparables nos animaba. ¡Oh! cuántas cosas teniamos que comunicarnos, recordar, y repetirnos! ¡cuánta dulzura en llorar juntos! ¡cuánta armonía en todas las ideas! ¡Qué contento de encontrarnos de acuerdo en materias de religion, de aborrecer asi uno como otro la ignorancia y barbarie, pero de no odiar á ningun hombre, y de tener conmiseracion de los ignorantes y bárbaros, y pedir por ellos!

LXXV.

Me trajeron un pliego de papel y una escribanía para que escribiese á mis padres. Como propiamente el permiso se habia dado á un moribundo que deseaba dirigir á su familia la última despedida, tenia mis dudas si no despacharian mi carta, siendo ahora de otro tenor; por lo que me limité á rogar con la mayor ternura á mis padres, hermanos y hermanas que se resignasen á mi suerte, protestándoles que yo por mi parte lo estaba.

Esta carta no obstante fue mandada, segun luego supe, cuando despues de tantos años volví á ver el techo paterno y fue la única que durante mi largo cautiverio pudieron recibir de mí mis adorables padres. Yo de ellos tampoco tuve ninguna, pues las que me escribian las guardaban siempre en Viena. Los otros compañeros de infortunio estaban privados igualmente de toda relacion con sus familias.

Pedimos infinitas veces la gracia de tener cuando menos papel y tinta para estudiar, y la de hacer uso de nuestro dinero para comprar libros. No fuimos escuchados jamas. El gobernador continuaba entretanto á permitir leyesemos los nuestros.

Tuvimos tambien por bondad suya alguna mejora en la comida, mas ¡ay! no fue durable. Habia otorgado que en vez de ser provistos de la cocina del *fondista* de la cárcel, lo fuéramos de la del superintendente. Algunos fondos mas habia él asignado para tal uso. La confirmacion de estas disposiciones no llegó; mas mientras duró el beneficio experimenté notable alivio. Maroncelli recuperó igualmente algun vigor. Para el infeliz Oroboni era demasiado tarde. Este último tuvo por compañero primero al abogado Solera, y despues al sacerdote D. Fortini.

Cuando fuimos puestos dos á dos en cada prision, se nos renovó la prohibicion de hablar á las ventanas so pena de ponerle solo á quien contraviniese á

ella. Infringimos á decir verdad algunas veces esta veda, para saludarnos, pero no se hicieron ya largas conversaciones.

El genio de Maroncelli y el mio hermanaban perfectamente. El ánimo del uno sostenia al del otro. Si uno de los dos se sentia apoderado de tristeza ó de raptos de ira contra los rigores de nuestra condicion, el otro le divertia con alguna chulada ó con oportunos razonamientos. Una dulce sonrisa atemperaba casi siempre nuestros afanes.

Mientras tuvimos libros, aunque releidos ya tanto para poder saberlos de memoria, eran dulce pábulo á la mente, porque motivaban siempre nuevos exámenes, compulsas, juicios, rectificaciones, etc. Leíamos, ó meditabamos gran parte del dia en silencio, y dabamos á la charla el tiempo de la comida, el del pasco, y toda la noche hasta acostarnos.

Maroncelli en su subterráneo habia compuesto muchos versos de una grande belleza; me los recitaba, y componia otros, yo tambien hacia los que le recitaba, y nuestra memoria se ejercitaba en retener todo esto. Admirable fue la capacidad que adquirimos de versificar largas producciones de memoria, pulirlas y repulirlas infinitas veces, y reducir las al mismo grado de perfeccion que hubieramos logrado escribiéndolas. Maroncelli compuso asi poco á poco, y retuvo varios millares de versos líricos y

épicos. Yo hice la tragedia de *Leoniero da Dertona* y otras varias cosas.

LXXVI.

Oroboni, despues de haber sufrido mucho durante el invierno y primavera, se encontró mucho peor en el verano. Escupia sangre, y se puso hidrópico. Dejo pensar cuál era nuestra afliccion, cuando se estaba estinguendo tan cerca de nosotros, sin que pudiesemos derribar la cruel pared que nos impedía verle y prestarle nuestros amistosos servicios. Schiller nos traía nuevas de él. El infeliz jóven padeció atrocmente, mas su ánimo nunca se envileció. Recibió los socorros espirituales del capellan (el cual por fortuna sabia francés).

Murió el dia de su santo, el 13 de junio de 1823. Algunas horas antes de espirar, habló de su octogenario padre, se enterneció y lloró. Despues se serenó, diciéndo: mas ¿porqué lloró por el mas afortunado de los míos, puesto que está en vísperas de juntarse conmigo en la eterna paz? Sus postre-ras palabras fueron, «perdono de corazon á mis enemigos.» Cerróle los ojos D. Fortini, su amigo de infancia, hombre todo religion y caridad.

¡Pobre Oroboni! ¡qué hielo corrió por nuestras venas, al decirnos que no existia! Y oímos las voces

y pasos de los que vinieron á tomar el cadáver. Y vimos de la ventana el carro que le llevaba al cimiterio. Era tirado por dos reos comunes, seguiánle cuatro guardias. Acompañamos con los ojos al triste convoy hasta el cimiterio. Entró en el recinto, se detuvo en un ángulo; allí estaba la hoya. Pocos instantes despues, carro, reos y guardias retrocedieron: uno de estos era Kubitzky. Me dijo (pensamiento fino, extraño en un hombre rústico): he señalado con exactitud el lugar de la sepultura con el objeto de que si algun pariente ó amigo pudiese un dia obtener el tomar estos huesos y llevarlos á su pais, se sepa adonde yacen.

Cuántas veces Oroboni me habia dicho, mirando de la ventana al cimiterio: indispensable es que yo me acostumbre á la idea de ir á podrirme allá dentro: y con todo confieso que esta idea me horro-riza, pues en mi concepto no se debe estar tan bien sepultado en este pais como en nuestra amada pe-nínsula. Luego se reía y exclamaba: ¡niñada! cuando un vestido está usado, y es necesario dejarle, ¿qué importa cualquier lugar que se arroje! Otras veces decia: me voy preparando á la muerte, pero me resignaria mas gustoso con una condicion, cual es entrar un instante en el hogar paterno, abrazar las rodillas de mi padre, oir de su boca una palabra de bendicion, y morir. Suspiraba y añadía: si este caliz no puede alejarse de mí, ¡o Dios mío! hágase

tu voluntad. Y la última mañana de su vida dijo todavía, besando un crucifijo que Kral le presentaba: Tú que eres Divino, tuviste tambien horror de la muerte y proferiste : *si possibile est, transeat á me calix iste !* « Si es posible, apártese de mí este caliz. » Perdona si yo lo digo tambien ; pero igualmente quiero repetir las otras palabras tuyas : *verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu !* « Pero no como yo quiero, sino como tú. »

LXXVII.

Despues de la muerte de Oroboni, caí de nuevo enfermo ; creia juntarme pronto con el difunto amigo, y lo deseaba. Solo si ¿ me hubiera separado sin sentimiento de Maroncelli ?

Muchas veces, mientras que él sentado en el jergon leia ó versificaba, ó quizá fingia como yo distraerse con tales estudios, y meditaba sobre nuestras desdichas, y yo le miraba con pena, y decia entre mí: ¿ cuánto mas triste no será tu vida, cuando el soplo de la muerte me habrá tocado, cuando me verás salir de esta estancia, cuando mirando al cimiterio dirás : « ¡ tambien Silvio está allí ! » Y me enternecia de este pobre sobreviviente, y hacia ruegos que le dieran otro compañero capaz de apreciarle como le apreciaba yo mismo, ó que el

Señor prolongase mis martirios, y me dejase el dulce oficio de mitigar los de este infeliz participándolos.

No llevo cuenta de cuántas veces parecian y desaparecian mis dolencias. La asistencia que en ella me daba Maroncelli era la del mas tierno hermano ; notaba cuando el hablar me era perjudicial, y entonces estaba silencioso, advertia si sus dichos podian aliviarme, y en ese caso encontraba siempre materias adecuadas á la disposicion de mi ánimo, ora facilitándola, ora mirando poco á poco á mudarla. Almas mas nobles que la suya, jamas he conocido ; iguales á la suya, pocas. Un grande amor por la justicia, una gran tolerancia, una gran confianza en la virtud humana y en los auxilios de la Providencia, un sentimiento vivísimo de lo bello en todas las artes, una fantasía rica de poesía, todos los mas amables dotes de mente y corazon se unian para hacérmele querer.

No olvidaba yo á Oroboni, y todos los dias lloraba su pérdida, mas á veces se me alegraba el corazon, imaginando que libre de todos los males y en el seno de la Divinidad, debia tambien enumerar entre sus contentamientos verme con un amigo no menos afectuoso que él.

Una voz parecia asegurar á mi alma que Oroboni no estaba en lugar de espiacion, y sin embargo rogaba siempre por él. Muchas veces soñé verle

que suplicaba por mí, y estos sueños, queria persuadirme, no eran accidentales, sino verdaderas manifestaciones suyas, permitidas por Dios para consolarme. Seria cosa ridícula si refiriese la viveza de tales sueños, y el agrado que realmente dejaban en mí por dias enteros.

Los sentimientos religiosos y mi amistad por Maroncelli aligeraban cada dia mas el peso de mis aflicciones. La única idea que me arredraba era la posibilidad de que este desdichado cuya salud estaba ya bien arruinada, aunque menos vacilante que la mia, me precediese en el sepulcro. Todas las veces que él se ponía malo, yo temblaba, y cuando le veía responderse algo, era para mí una fiesta. Estos temores de perderle daban á mi afecto por él una fuerza mas y mas grande, y en él producía el mismo efecto semejante idea con respecto á mí.

¡Ah! ¡cuán dulce es en estas alternativas de zozobras y de esperanzas el cariño que se tiene por la única persona que nos resta! Nuestra suerte era seguramente una de las mas tristes que darse puede, con todo el estimarnos y amarnos tan acendradamente formaban en medio de nuestros dolores una especie de felicidad; y de veras la experimentabamos.

LXXVIII.

Hubiera deseado que el capellan (de quien estuve tan contento en mi primera enfermedad) se nos hubiese concedido por confesor, y que pudiesemos verle de cuando en cuando, aun sin encontrarnos gravemente enfermos. En vez de dar este encargo á él, el gobernador nos destinó un Agustino, llamado Fr. Bautista, en tanto que viniese de Viena ó la confirmacion de este, ó el nombramiento de otro.

Temia perdiésemos en el cambio, me equivocaba, pues el P. Bautista era un ángel de caridad, sus modales eran de la mayor urbanidad y elegancia, raciocinaba profundamente acerca de los deberes del hombre. Rogámosle nos visitase á menudo: venia todos los meses, y mas frecuentemente, si podía. Nos traía tambien con el permiso del gobernador algun libro, y nos decía, en nombre de su superior, que toda la biblioteca del convento estaba á nuestra disposicion. Hubiera sido para nosotros un gran bien, si hubiese durado; nos aprovechamos no obstante por varios meses.

Concluida la confesion, se detenía argamente á platicar, y todos sus discursos dejaban ver un alma recta, llena de dignidad, y apasionada por la gran-

deza y santidad del hombre. Tuvimos la fortuna de gozar cerca de un año de sus luces y afecto, que no se desmintieron jamas. Nunca una sílaba que pudiese hacer sospechar intenciones de servir antes á la política que á su ministerio; nunca una falta á las atenciones las mas delicadas. Verdad es que á los principios desconfiaba de él, esperándome verle usar de la finura de su talento en indagaciones inoportunas. En un preso de Estado semejante desconfianza es harto natural; mas ¡o cuánto alivio se siente cuando aquella se desvanece; y cuando en el intérprete de Dios no se descubre mas celo que el de la causa divina y la de la humanidad! Tenia un modo peculiar suyo y efficacísimo de consolar, yo, v. g. me acusaba de mis raptos de ira contra los rigores de nuestra disciplina carcelaria, él me moralizaba algun tanto sobre la virtud de sufrir con serenidad y perdonando, despues pasaba á pintar con los mas vivos coloridos las miserias de condiciones diversas de la mia, pues habia vivido mucho en ciudades y aldeas, conocido grandes y pequeños, y meditado sobre las injusticias humanas, sabia describir bien las pasiones y costumbres de las varias clases sociales, mostrándome por todas partes fuertes y débiles, opresores y oprimidos, por todas partes la necesidad ó de odiar á nuestros semejantes, ó de amarlos por generosa indulgencia y compasion. Los casos que contaba para recordarme la universalidad

de la desgracia y los buenos efectos que se pueden sacar de ella nada tenian de singular, eran al contrario muy vulgares, mas los decia con espresiones tan exactas y poderosas que me hacian vivamente sentir las deducciones que inferia de ellos.

¡Ah! sí: cada vez que habia oido estas afectuosas reconvenciones y estos nobles consejos, abrasaba en amor de la virtud, no aborrecia ya á nadie, hubiera dado la vida por el menor de mis semejantes, y bendecia á Dios de haberme hecho hombre.

¡Ah! ¡infeliz quién ignora la sublimidad de la confesion! infeliz quién, por no parecer vulgar, se cree obligado á mirarla con escarnio! No es una razon, porque sabiendo ya cada cual que necesita ser bueno, sea inútil oírsele repetir; ¿bastan pues las propias reflexiones y conducentes lecturas? no por cierto; pues la voz viva de un hombre tiene un poderío de que carecen estas y aquellas; el alma es impresionada mas profundamente. En el hermano que habla, hay una vida y una oportunidad que muchas veces se buscarian en vano en los libros y en nuestros propios pensamientos.

LXXIX.

A principios de 1824, el superintendente que tenia su oficina en una de las puntas de nuestro cor-

redor, se trasportó á otro lugar, y las piezas que habitaba con otras adyacentes fueron convertidas en prisiones. ¡Ay! inferimos que se aguardaban de Italia nuevos presos de Estado.

No tardaron en efecto en llegar los de un tercer proceso, todos amigos y conocidos míos. ¡Oh! cuando supe sus nombres ¡cuál fue mi tristeza! Borsieri era uno de mis mas antiguos amigos. Con Confalonieri estaba conexionado no hacia tanto tiempo, pero tambien de todo corazon. Si hubiese podido, pasando al *carcere durissimo* ó á cualquier tormento imaginable, descontar su pena y libertarlos. ¡Dios sabe si no lo hubiera hecho! No digo solo dar la vida por ellos, pues ¡ah! ¿qué cosa es dar la vida? ¡sufrir es mucho mas!

Hubiera tenido entonces grande necesidad de los consuelos del P. Bautista; no le permitieron venir mas.

Nuevas órdenes llegaron para el sostenimiento de la mas severa disciplina. Ese terraplen que nos servia de paseo fue cercado desde luego con una empalizada, de forma que ninguno podia vernos si quiera de lejos con telescopios, y asi perdimos el espectáculo bellissimo de las circunvecinas colinas y de la ciudad sita al pie de ellas. No fue esto todo; para ir á este terraplen, era preciso atravesar el patio segun he dicho, y en este muchos podian apercibirnos; á fin pues de ocultarnos á todas las mira-

das, se nos quitó este lugar de paseo, y se nos señaló uno sumamente reducido, situado contiguamente en nuestro corredor, y espuesto al occidente como nuestros cuartos.

No puedo espresar cuánto nos afligió este cambio de paseo, pues no he anotado todos los recreos que teniamos en el sitio de que nos acababan de privar: la vista de los hijos del superintendente, sus tiernos abrazos en el parage mismo en que habiamos visto enferma á la madre de ellos en sus postreros dias, algunas que otras palabritas con el cerrajero que tenia tambien allí su aposento, las alegres canciones y la armonía de un cabo de escuadra que tocaba la guitarra, y por último un inocente amor, no mio ni de mi compañero, y sí de una buena Húngara, muger de un cabo, y vendedora de fruta, la cual se habia enamorado de Maroncelli.

Ya antes que le hubiesen puesto conmigo, él y la muger viéndose allí casi todos los dias, habian trabado entre si alguna amistad. Él era alma tan buena, tan digna, y tan cándida que ignoraba totalmente haber infundido amor á la apiadada criatura, yo se lo hice notar. Titubeé en creerme, y dudoso solamente de que yo tuviese razon, se impuso á sí mismo el mostrarse mas frio con ella. La mayor circunspeccion suya en vez de amortiguar el amor de la muger, le enardeció mas. Como la ventana del cuarto suyo estaba alta apenas una braza del suelo

del terraplen, saltaba de nuestro lado, con el aparente motivo de tender al sol alguna ropilla, ó hacer alguna otra haciendilla, y se paraba á mirarnos, y si podia, entablaba conversacion.

Nuestras pobres centinelas, siempre rendidas de haber dormido poco ó nada por la noche, aprovechaban con gusto la ocasion de estar en el ángulo donde sin ser vistas de los superiores, podian sentarse en la yerba y dar algunas cabezadillas. Maroncelli se hallaba entonces en un grande apuro, tan visible era el amor de esta desdichada. Mayor era el mio; pues aunque semejantes escenas hubieran sido muy risibles, si la persona nos hubiese infundido poco respeto, eran no obstante para nosotros serias, y pudiera decir patéticas. La infeliz Húngara tenia una de esas fisonomías que anuncian indubitablemente el hábito de la virtud, y la necesidad de estimacion. No era linda, mas dotada de tal espresion de donaire que los contornos algo irregulares de su rostro parecian embellecerse á cada sonrisa, y á cualquier movimiento de los músculos.

Si fuera mi ánimo escribir de amor, me restarian no breves cosas que decir de esta mísera y virtuosa muger (ahora difunta); mas basta haber notado uno de los pocos acontecimientos de nuestra cárcel.

LXXX.

Los crecientes rigores hacian cada vez mas monótona nuestra vida. Todo el año de 1824, todo el 25, todo el 26, y todo el 27, ¿en qué se pasaron para nosotros? Fuimos privados del uso de nuestros libros que por *interin* nos habia concedido el gobernador. La cárcel nos era una verdadera tumba, en la cual siquiera la tranquilidad de esta nos era dejada, pues cada mes venia en dia indeterminado á hacer una diligente requisa el director de policía, acompañado de un subteniente y soldados. Nos ponian en cueros, registraban todas las costuras de los vestidos, por temor que tuviesemos oculto algun papel ú otra cualquier cosa, y descosian los jergones para escudriñar por dentro. Sin embargo de que nada clandestino podian hallarnos, esta visita hostil y de sorpresa, repetida sin fin, tenia no sé qué que me irritaba, y que cada vez me daba calentura.

Los años anteriores que me habian parecido tan tristes, ahora pensaba en ellos con deseo, como de un tiempo de dulces delicias. ¿Dónde estaban aquellas horas en que me engolfaba en el estudio de la Biblia ó de Homero? A fuerza de leer este último autor en el original, el corto conocimiento de griego

que poseía se había aumentado, y me había apasionado por esta lengua. ¡Cuánto sentía no poder continuar el estudio de ella! Dante, Petrarca, Shakespeare, Byron, Walter Scott, Schiller, Goethe, etc., ¡cuántos amigos me eran robados! Entre ellos enumeraba también algunos libros de cristiana sabiduría, como el Bourdaloue, el Pascal, la Imitación de Jesucristo, la Filotea, etc., libros que si se leyesen con crítica estrecha é iliberal, exclamando á cada falta de gusto que en ellos se halla, á cada pensamiento no válido, se echarían á un lado y no se recogerían nunca, pero que leídos sin maliciar ni escandalizarse de los lados endebles, descubren una filosofía elevada y sumamente sustancial para el corazón, y el entendimiento.

Algunos de estos libros de religion nos fueron enviados despues como dádiva del Emperador, pero con exclusion absoluta de los de otra especie que sirviesen á estudios literarios. Este don de obras ascéticas nos fue impetrado en 1825 á instancias de un confesor dalmaciano, enviado de Viena, el P. Esteban Paulowich, nombrado dos años despues obispo de Cáttaro. Fuimos también deudores á este de tener al fin la misa, que en un principio siempre se nos negó, diciéndonos que no podían conducirnos en la iglesia, y tenernos separados de dos en dos, segun estaba prescrito. Siendo imposible tanta separación, íbamos á misa, divididos en tres grupos,

uno en la tribuna del órgano, otro debajo de esta, de modo que no pudiera verse, y el tercero en una capillita que tenía vista á la iglesia por entre una reja.

Maroncelli y yo teníamos entonces por compañeros, pero con prohibición que una pareja hablara con la otra, á seis reos de sentencia anterior á la nuestra; dos de ellos habían sido vecinos míos en los *Plomos* de Venecia. Nos conducían guardias al puesto señalado, y nos volvían á conducir, acabada la misa á cada pareja en su prision. Venía á decirnosla un capuchino. Este buen religioso concluía siempre su rito con un *Oremus* implorando nuestra soltura, y su voz nos conmovía. Cuando se retiraba del altar, echaba una compasiva ojeada á cada uno de los tres grupos, é inclinaba tristemente la cabeza rezando.

LXXXI.

En 1825 Schiller estaba ya demasiado enclenque á causa de los achaques de la vejez, y le dieron la custodia de otros reos que requerían menos vigilancia. ¡O cuánto sentimos que se alejase de nosotros, y también á él le fue sensible el dejarnos!

Por sucesor tuvo primeramente Kral, hombre no inferior á él en bondad; pero aun á este le dieron en breve otro destino, y nos tocó uno, no malo,

que poseía se había aumentado, y me había apasionado por esta lengua. ¡Cuánto sentía no poder continuar el estudio de ella! Dante, Petrarca, Shakespeare, Byron, Walter Scott, Schiller, Goethe, etc., ¡cuántos amigos me eran robados! Entre ellos enumeraba también algunos libros de cristiana sabiduría, como el Bourdaloue, el Pascal, la Imitación de Jesucristo, la Filotea, etc., libros que si se leyesen con crítica estrecha é iliberal, exclamando á cada falta de gusto que en ellos se halla, á cada pensamiento no válido, se echarían á un lado y no se recogerían nunca, pero que leídos sin maliciar ni escandalizarse de los lados endebles, descubren una filosofía elevada y sumamente sustancial para el corazón, y el entendimiento.

Algunos de estos libros de religion nos fueron enviados despues como dádiva del Emperador, pero con exclusion absoluta de los de otra especie que sirviesen á estudios literarios. Este don de obras ascéticas nos fue impetrado en 1825 á instancias de un confesor dalmaciano, enviado de Viena, el P. Esteban Paulowich, nombrado dos años despues obispo de Cáttaro. Fuimos también deudores á este de tener al fin la misa, que en un principio siempre se nos negó, diciéndonos que no podían conducirnos en la iglesia, y tenernos separados de dos en dos, segun estaba prescrito. Siendo imposible tanta separación, íbamos á misa, divididos en tres grupos,

uno en la tribuna del órgano, otro debajo de esta, de modo que no pudiera verse, y el tercero en una capillita que tenía vista á la iglesia por entre una reja.

Maroncelli y yo teníamos entonces por compañeros, pero con prohibición que una pareja hablara con la otra, á seis reos de sentencia anterior á la nuestra; dos de ellos habían sido vecinos míos en los *Plomos* de Venecia. Nos conducían guardias al puesto señalado, y nos volvían á conducir, acabada la misa á cada pareja en su prision. Venía á decirnosla un capuchino. Este buen religioso concluía siempre su rito con un *Oremus* implorando nuestra soltura, y su voz nos conmovía. Cuando se retiraba del altar, echaba una compasiva ojeada á cada uno de los tres grupos, é inclinaba tristemente la cabeza rezando.

LXXXI.

En 1825 Schiller estaba ya demasiado enclenque á causa de los achaques de la vejez, y le dieron la custodia de otros reos que requerían menos vigilancia. ¡O cuánto sentimos que se alejase de nosotros, y también á él le fue sensible el dejarnos!

Por sucesor tuvo primeramente Kral, hombre no inferior á él en bondad; pero aun á este le dieron en breve otro destino, y nos tocó uno, no malo,

mas desabrido y ageno de toda demostracion de afecto.

Estas mudanzas me afligian profundamente, pues Schiller, Kral y Kubitzky, y en particular los dos primeros nos habian asistido en nuestras enfermedades como un padre y un hermano hubieran podido hacerlo. Incapaces de faltar á su deber, sabian cumplirlo sin dureza de corazon. Si tenian alguna aspereza en los modales, era casi siempre involuntaria, y la rescataban plenamente con las buenas acciones de que usaban con nosotros. Me enfadaba algunas veces contra ellos, mas ¡o cómo me perdonaban cordialmente! ¡cómo anhelaban por persuadirnos que eramos afectos suyos, y cómo se alegraban viendo que estabamos convencidos de ello, y los teniamos por hombres de bien!

Desde que Schiller estuvo lejos de nosotros, varias veces enfermó, y se restableció. Preguntabamos por él con solicitud filial. Cuando estaba convaleciente, venia algunas veces á pasearse debajo de nuestras ventanas. Tosiamos para saludarle, y miraba hácia arriba con sonrisa melancólica, y decia á la centinela de modo que lo oyeramos: *Da sind meine Söhne!* (allí estan mis hijos!)

¡Pobre anciano! ¡qué pena me daba verte derengado de un lado, y no poderte sostener con mi brazo! A ratos se sentaba en la yerba, y leia: eran libros que me habia prestado, y para que yo los re-

conociese, decia el título de ellos á la centinela, ó repetia algunos trozos. La mayor parte de tales libros eran cuentos de calendarios, ú otras novelillas de poco valor literario, pero morales.

A consecuencia de varios insultos de apoplejía se hizo llevar al hospital de los militares. Estaba ya en el peor estado, y dentro de breve tiempo murió. Poseia algunos centenares de florines, fruto de sus largos ahorros, y los habia prestado á algunos de sus camaradas. Luego que vió se acercaba su muerte, mandó llamar á sus amigos y les dijo: no tengo ya parientes, cada uno de vosotros guarde lo que les he prestado. Solo os pido rogueis por mí.

Uno de estos amigos tenia una hija de diez y ocho años, la cual era ahijada de Schiller. Pocas horas antes de morir el buen anciano la mandó venir al lado suyo; y no pudiendo ya proferir palabras claras, se sacó del dedo una tumbaga de plata, último haber suyo, y la puso en el de ella, despues la abrazó, y lloró abrazándola. La cuitada moza daba alharidos, y le inundaba de lágrimas, él se las enjugaba con el pañuelo. Asió las manos de ella, y las paso por encima de sus ojos... Estos ojos estaban cerrados para siempre.

LXXXII.

Los consuelos humanos nos iban faltando uno tras otro; los tormentos eran siempre mayores. Me resignaba á la voluntad de Dios, pero gimiendo, y mi alma en vez de endurecerse en los males, parecia sentirlos cada dia mas dolorosamente.

Una vez me trajeron clandestinamente un pliego de la *Gaceta de Ausburgo*, en el cual estaba relatada una cosa muy estraña sobre mí con motivo de la toma de hábito de una de mis hermanas. Decia pues: «la señora Maria Angela Pellico, hija, etc., etc., » ha tomado, etc., hoy él hábito en el monasterio » de la Visitacion en Turin, etc. Es hermana del » autor de la *Francesca da Rimini*, Silvio Pellico, » el cual ha salido recientemente de la fortaleza de » Espielberga, graciado por S. M. el emperador, » rasgo de clemencia muy digno de tan magnánimo » soberano, y que alborozó á toda Italia, en vista de » que, etc., etc.» Y aquí seguia un elogio de mi persona.

No podia imaginarme con qué fin habia sido inventada esta fábula de mi gracia. Una mera diversion del diarista no parecia verosímil, ¿era por ventura alguna astucia de la policia austriaca? ¿Quién lo sabe? Los nombres de Maria Angela

eran cabalmente los de mi hermana menor; debian sin duda haber pasado de la *Gaceta de Turin* á otros diarios. Luego esta buena muchacha se habia hecho á la realidad monja. ¡Ah! ¿acaso ha abrazado este estado, porque ha perdido á sus padres! ¿Pobre chica! no ha querido que yo solo padezca las angustias de la cárcel; sino tambien que ha querido ponerse enclaustrada. ¡El Omnipotente la dé, mas de lo que me da á mí, las virtudes de la paciencia y de la abnegacion! ¿Cuántas veces en su celda este ángel pensará en mí! ¿cuán á menudo hará duras penitencias para obtener de Dios que alivie los males de su hermano!

Estas reflexiones me enternecian, y atravesaban el corazon. ¡Demasiado que mis desgracias podrán haber influido en abreviar los dias de mi padre é madre, ó de entrambos! Cuanto mas pensaba en ello, tanto mas imposible me parecia que sin esta pérdida Mariquita hubiese abandonado el techo paterno. Esta idea me oprimia como certeza, y caí desde entonces en el mas angustioso pesar.

Maroncelli no estaba menos contristado que yo. A pocos dias, se dedicó á componer una lamentacion poética sobre la hermana del preso. Resultó un poemita precioso que respiraba melancolia y dolor. Cuando le hubo finalizado, me le recitó. ¡O cómo le agradecí su finura! Entre tantos millones de versos que hasta entonces se habian hechos para mon-

jas, probablemente estos eran los únicos que se compusieron en cárcel para el hermano de la religiosa por un compañero de cadenas. ¡Qué concurso de ideas patéticas y religiosas!

Así la amistad endulzaba mis dolores. ¡Ah! desde este momento no se pasó día sin que mi pensamiento no anduviera errante por un convento de vírgenes; sin que entre estas no considerara con mas tierna compasión á una; y no pidiera fervorosamente al cielo de embellecerle la soledad, y de no permitir que la fantasía le pintase con demasiado horror mi reclusión.

LXXXIII.

El haberme venido clandestinamente esta gaceta no debe hacer imaginar al lector que eran frecuentes las noticias del mundo que conseguia procurarme. No: todos eran buenos alrededor mio, pero todos aprisionados de sumo miedo. Si se hacia en secreto alguna leve contravención á la disciplina, solo era cuando no parecia tener riesgo alguno; y era difícil que pareciese no haberlo en medio de tantas requisas ordinarios y extraordinarias.

Nunca me fue dado tener ocultamente noticias de las personas que yo amaba y que estaban lejos, esceptuando el consabido relato concerniente á mi hermana.

El temor que tenia que mis padres no estuviesen ya con vida, de allí á algun tiempo antes bien se aumentó que disminuyó, con motivo del modo como una vez el director de policía vino á anunciarme que en mi casa lo pasaban bien.

— S. M. el Emperador manda, dijo él, que participe á vos buenas nuevas de los parientes que tenéis en Turin.

Estremecíme de placer y sorpresa al oír esta participacion que antes nunca se me habia hecho, y pregunté mayores particularidades.

— Dejé en Turin, dije al director, padre, madre, hermanos y hermanas. ¿Viven todos? Ea, pues, si vos teneis una carta de alguno de ellos, os suplico me la enseñeis.

— No puedo enseñar nada. Debeis vos contentaros con eso. Es siempre una prueba de benignidad del Emperador de mandaros á decir estas consoladoras palabras, lo cual todavía no se ha hecho por nadie.

— Concedo que es prueba de benignidad del Emperador, pero vos conoceréis que me es imposible sacar consuelo de palabras tan indeterminadas. ¿Cuáles son mis parientes que lo pasan bien? ¿No he perdido á ninguno?

— Siento no poder deciros mas de lo que se me ha impuesto. Y sin mas se retiró.

La intencion era ciertamente de acarrear me un

alivio con esta noticia; pero me persuadí que al mismo tiempo que el Emperador habia querido ceder á las instancias de algun pariente mio, y consentir á que me trajesen este aviso, no queria que se me enseñase ninguna carta para que yo no viese cuál de mis parientes me faltaba.

De allí á algunos meses, me trajeron un anuncio semejante al referido sin ninguna carta, ni explicacion de mas.

Vieron que no me contentaba con tan especial favor, y que permanecia aun mas afligido, por lo que ya no me dijeron nada mas de mi familia.

El imaginarme que habian muerto mis padres, y tambien quizá mis hermanos, y Josefa mi otra amadísima hermana, y que tal vez Mariquita la única que sobrevivió iba muy pronto á acabarse en las angustias de la soledad, y en las austeridades de la penitencia, me desapegaba mas y mas de la vida.

Algunas veces invadido cruelmente de los achaques habituales, ó de otros nuevos, como cólicos horribles con síntomas muy dolorosos y parecidos á los del *colera morbo*, esperé morir; sí, la espresion es exacta, *esperé*.

Y con todo eso, ¡o contradicciones del hombre! echando una ojeada hácia mi lánguido compañero, se me encogia el corazon al pensamiento de dejarle solo, y deseaba de nuevo la vida.

LXXXIV.

Por tres veces vinieron de Viena personajes de alto rango á visitar nuestras prisiones para asegurarse que no se cometian abusos de disciplina. El primero fue el baron Von Münch, el cual, apiadándose de la escasa luz que teniamos, nos prometió que imploraria el poder prolongar nuestro dia, haciéndonos poner durante algunas horas de la noche un farol en la parte exterior del postiguiillo. Su visita fue en 1825. Un año despues se llevó á efecto su buen intento, y asi por medio de esta luz sepulcral podiamos en lo sucesivo ver las paredes, y pasearnos sin rompernos la cabeza.

La segunda visita fue la del baron Von Vogel. Me encontró este en pésimo estado de salud, y noticioso de que el médico no se atrevia á prescribirme café, porque era objeto de lujo, bien que le considerase provechoso para mí, soltó en mi favor una palabra de consentimiento, y se me concedió la tal bebida.

La tercera fue la de no sé qué otro señor de la corte, sugeto de entre cincuenta y sesenta años, el cual nos demostró con buenos modos y palabras la mas generosa compasion. No podia hacer nada por nosotros, mas la espresion suave de su bondad era un beneficio, y le estuvimos agradecidos.

¡O qué anhelo tiene el preso de ver criaturas de su especie! La religion cristiana que es tan rica en humanidad, no ha olvidado de enumerar entre las obras de misericordia el *visitar los encarcelados*. El aspecto de hombres que se conduelen del infortunio de uno, aun cuando carezcan del arbitrio de aliviarle mas eficazmente, se lo mitiga.

La estremada soledad puede ser ventajosa para la enmienda de algunas almas, mas no creo que en general lo es aun mucho mas si no se lleva hasta el esceso, si se mezcla con algun contacto de la sociedad. Yo á lo menos estoy hecho asi, pues si no veo á mis semejantes, reconcentro mi amor en cortísimo número de entre ellos, y no amo á los demas; si puedo verlos, no diré muchos, sino un número regular, amo con ternura á todo el genero humano.

Millares de veces me he encontrado con el corazon tan únicamente ocupado en el amor de poquísimos, y tan lleno de odio por los demas que no me causaba ningun asombro. Entonces iba á la ventana suspirando por ver alguna cara nueva, y me estimaba feliz, si la centinela no se paseaba demasiado al ras de la pared, si se apartaba de ella lo bastante para poderla ver, si alzaba la cabeza oyéndome toser, si su fisonomía era buena, y cuando creia descubrir en ella trazas de compasion, nacia en mí una dulce palpitacion, como si este desconocido soldado fuese un íntimo amigo mio. Si se alejaba,

esperaba su vuelta con tierna inquietud, y si venia mirándome, me regocijaba como de un grande acto de caridad. Si no pasaba ya de modo que le viese, quedaba mortificado como hombre que ama, y conoce que los demas no le hacen caso.

LXXXV.

En la prision contigua, en otro tiempo de Orobóni, estaban ahora D. Marcos Fortini y D. Antonio Villa. Este último, otras veces robusto como un Hércules, padeció mucha hambre el primer año, y cuando tuvo mas alimento se encontró sin fuerzas para digerir. Anduvo lánguido por largo tiempo, y despues reducido casi á la estremidad, alcanzó le dieran una prision mas ventilada. La atmósfera mefítica de un angosto sepulcro le era sin duda muy nociva, asi como á todos los demas; pero el remedio que invocó no fue suficiente; en este cuarto grande, fue tirando todavía algunos meses, y al fin á consecuencia de varios esputos de sangre murió.

Fue asistido por su compañero D. Fortini, y por el abate Paulowich, venido á toda priesa de Viena, cuando se supo que estaba moribundo.

Aunque yo no estaba conexionado con él tan estrechamente como con Orobóni, su muerte sin embargo me afligió mucho, pues me constaba que era

amado con la mas viva ternura de sus padres y de su esposa. En cuanto á él, era mas de envidiar que de compadecer, pero ¡estos sobrevivientes!... Habia sido tambien mi vecino en los *Plomos*; Tremereello me habia traído varios versos suyos, y le habia llevado algunos míos. Algunas veces reinaba en los de él un profundo sentimiento de ánimo.

Después de su muerte, eché de ver que le queria mas que en vida, sabiendo por los guardias cuán cruelmente habia sufrido. El infeliz no podia resignarse á morir, aunque era muy religioso; experimentó en supremo grado el horror de este terrible tránsito bendiciendo empero siempre al Señor, y esclamándole con lágrimas: « no puedo conformar mi voluntad con la vuestra, y no obstante lo quisiera, obrad pues en mí este milagro. » No tenia el valor de Oroboni, pero le imitó, protestando perdonar á sus enemigos.

A fines de este año (era el de 1826) oímos una noche en el corredor el ruido confuso de varias personas que andaban. Nuestros oídos se habian puesto muy hábiles en distinguir mil especies de ruidos. Abrese una puerta, conocimos era la de donde estaba el abogado Solera. Abrese otra, es la de Fortini. Entre algunas voces bajas discernimos la del director de policía. — ¿Qué será? ¿una requisita tan deshora? Y ¿con qué motivo? Mas en breve salen de nuevo en el corredor, y he aquí la voz del buen

Fortini: *¡Triste de mí! disimulad, id andando, he olvidado un tomo del breviario.* Y corriendo corriendo volvió atrás á buscarle, y en seguida se incorporó con la comitiva. La puerta de la escalera se abrió, oímos las pisadas de ellos hasta abajo: sacamos en claro que los dos dichosos habian recibido la gracia, y aunque sentiamos no seguirlos, nos regocijamos de su felicidad.

LXXXVI.

¿La soltura de estos dos compañeros no debia tener para nosotros alguna consecuencia? ¿Cómo salían ellos, condenados como nosotros, uno por veinte años, otro por quince, sin que resplandeciese la misma gracia en nosotros y en los demas? ¿Existian pues prevenciones mas hostiles contra los no libertados? ¿ó estaria dispuesto indultarnos á todos en breves intervalos de distancia, á dos cada vez? ¿acaso todos los meses? ¿quizá cada dos ó tres?

Estuvimos así dudando por algun tiempo, y se pasaron mas de tres sin que se verificase ninguna soltura. Hacia fines de 1827, pensamos que diciembre podia haberse determinado por aniversario de las gracias; mas este mes pasó, y nada aconteció.

Prolongamos la expectativa hasta el verano de 1828, completando entonces para mí siete años

y medio de pena, equivalentes, segun el dicho del Emperador, á los quince, con tal que se contase aquella desde que me prendieron; si no se queria comprender el tiempo del proceso (siendo esta suposicion la mas verosímil), sino comenzar desde la publicacion de la sentencia, los siete años y medio no cumplian sino en 1829.

Todos los plazos calculables se trascurrieron, y la gracia no brilló para ninguno. Entre tanto, ya antes de la partida de Solera y Fortini, le habia salido á mi pobre Maroncelli un tumor en la rodilla izquierda. Al principio el dolor era suave, y solo le hacia cojear, despues le costaba trabajo arrastrar los grillos, y rara vez salia á paseo. Una mañana de otoño, se le antojó salir conmigo á respirar algun aire; habia ya nieve, y en un fatal momento que yo no le sostenia, se resbaló y cayó. El golpe que se pegó hizo al instante poner agudo al dolor de la rodilla. Le llevamos á su cama, pues no se hallaba ya en estado de sostenerse por sí. Cuando le vió el médico, decidióse por fin á hacerle quitar la cadena. El tumor empeoró de dia en dia, y se puso enorme, y cada vez mas dolorido. Tales eran los martirios del pobre enfermo que ni podia sosegar en la cama ni fuera de ella. Cuando debia moverse, levantarse ó acostarse, era necesario que agarrase con la mayor delicadeza posible la pierna lastimada y la pusiese muy despacio del modo que convenia. Algunas ve-

ces por el menor cambio de postura tenia que sufrir cuartos de hora de pasmo.

Sanguijuelas, fuentes, caústicos, reparos secos y humedos, todo fue empleado por el médico: era acrecentamiento de dolor, y nada mas. Despues de la aplicacion de la piedra infernal se formaba la supuracion. Este tumor era todo una pura llaga, mas nunca se disminuia, ni la llaga supurante acarreaba alivio alguno al dolor.

Maroncelli era mil veces mas infeliz que yo, y por lo tanto no era poco lo que yo sufría con él. Los cuidados de enfermero me eran dulces, porque usaba de ellos con tan digno amigo. Pero verle menoscabarse asi, enmedio de tan dilatados y atroces tormentos, y no poder darle salud, y presagiar que aquella rodilla jamas sanaria, y ver que era mas verosímil la muerte del doliente que la cura, y deberle continuamente admirar por su valor y serenidad, ¡ah! esto me angustiaba de un modo inesplicable.

LXXXVII.

En este deplorable estado él versificaba igualmente, cantaba y discurria; hacia todo en fin por alucinarme y encubrirme una parte de sus dolencias. Ni podia ya digerir, ni dormir, se enflaquecia

de un modo espantoso, y se desmayaba con frecuencia. Sin embargo por algunos instantes se alentaba y recobraba vida, dándome á mí ánimo al propio tiempo.

No se puede describir lo que sufrí por espacio de nueve meses consecutivos, al cabo de los cuales fue concedido se tuviese una consulta: vino el protomédico, aprobó todo cuanto habia mandado su comprofesor, y sin pronunciar su opinion sobre la enfermedad y lo que quedaba por hacer se marchó. A poco, vino el superintendente, y dijo á Maroncelli: — El protomédico no se ha aventurado á esplicarse aquí en vuestra presencia, temiendo no tendriais vos la fortaleza de oír anunciar una dura necesidad. Le he asegurado que no careceis vos de valor.

— Creo, dijo Maroncelli, haber dado alguna prueba de él con sufrir estos tormentos sin quejarme. ¿Me se propondrá por ventura?...

— Si señor, la amputacion. Solamente que el protomédico viendo un cuerpo tan estenuado titubea en aconsejarla. ¿Con tanta debilidad os sentis vos capaz de soportarla? ¿Quereis vos esponeros al peligro?...

— ¿De morir? ¿Y no moriré en breve lo mismo si no se ataja este mal?

— Luego daremos parte al momento á Viena de todo esto, y tan pronto como venga la licencia de amputar á vos....

— ¿Qué? ¿para eso se requiere una licencia?

— Si señor.

De allí á ocho dias el esperado consentimiento llegó.

El enfermo fue trasladado á un cuarto mayor, y pidió que yo le acompañase.

— Podré espirar en el acto mismo de la operacion, dijo él, lo menos es que me encuentre entre los brazos de mi amigo.

Mi compañía le fue concedida.

El abate Wrba, nuestro confesor (sucesor de Paulowich), vino á administrar los sacramentos al infeliz. Cumplido este acto de religion, aguardabamos á los cirujanos, y no llegaban. Maroncelli se puso todavía á cantar un himno.

Llegaron en fin los operadores: eran dos, uno el ordinario de la casa, esto es, nuestro barbero, pues cuando ocurrían operaciones, tenia derecho de hacerlas por sus propias manos, y no queria ceder el honor de ellas á otros; el otro era un jóven cirujano, discípulo de la escuela de Viena, y gozando ya fama de mucha habilidad. Este, mandado por el gobernador para asistir á la operacion y dirigirla, hubiera querido hacerla él mismo, mas tuvo que contentarse con vigilar á la ejecucion.

El paciente fue sentado al borde de la cama con las piernas colgando: yo le tenia entre mis brazos. Por encima de la rodilla, en el sitio en que el muslo

empezaba á estar sano, se hizo una ligadura para indicar el circuito que debia seguir el instrumento. El cirujano viejo cortó todo en derredor á la profundidad de un dedo, en seguida levantó el pellejo cortado, y continuó la incision de los músculos des- pellejados. La sangre corría á borbotones de las ar- terias, las cuales fueron atadas muy luego con hilo de seda; y por último se aserró el hueso.

Maroncelli no dió siquiera un grito. Cuando vió que le llevaban la pierna cortada, le echó una ojeada de compasion, despues volviéndose hácia el operador le dijo: — vos me habeis librado de un enemigo, y no tengo modo de remuneraros.

Habia en un vaso sobre la ventana una rosa.

— Ruégote que me traigas esa rosa, me dijo.

Llévesela; y la ofreció al anciano cirujano, di- ciéndole:

— No tengo otra cosa que ofrecer á vos en prue- ba de mi gratitud.

Este tomó la rosa y lloró.

LXXXVIII.

Los cirujanos habian creído que la enfermería de Espielberga suministraria todo lo necesario, escepto los instrumentos que ellos traian. Hecha la amputa- cion, echaron de ver que faltaban diversas cosas indispensables, cuales eran lienzo engomado, nieve,

vendas, etc. El pobre mutilado hubo de aguardar dos horas antes que todo esto fuese traído de la ciu- dad; en fin pudo tenderse en la cama, y le aplica- ron nieve en el muñon. Al dia siguiente quitaron los cuajarones de sangre que se habian formado en este, le lavaron, estiraron el pellejo hácia abajo, y le vendaron. Por varios dias no se dió al enfermo sino alguna que otra media taza de caldo con una yema de huevo desleida; y cuando pasó el peligro de la calentura vulneraria se empeoró gradualmente á restaurarle con alimento mas sustancioso, habiendo ordenado el Emperador que asi que fuesen restable- cidas las fuerzas, se le diese buena comida de la cocina del superintendente.

La cura se operó en cuarenta dias, pasados los cuales nos volvieron á conducir á nuestra prision; esta la habian agrandado, abriendo una puerta de comunicacion entre nuestro cuarto y aquel en que habian vivido Oroboni y Villa. Trasladé mi cama al mismo sitio en que habia estado la de aquel, y en donde habia muerto, pues esta identidad local me era apreciable, pareciéndome aproximar á Oroboni. Soñaba á menudo con él, y creia que su espíritu realmente me visitaba, y me serenaba con celestia- les consuelos.

El espectáculo horrible de tantos tormentos sufri- dos por Maroncelli antes que le cortáran la pierna, durante la operacion, y aun despues de ella me for-

talecio el ánimo. Dios que me habia dado suficiente salud en el tiempo de la enfermedad suya, porque mi asistencia le era necesaria, me la quitó, cuando él podía ya sostenerse con muletas. Me salieron varios tumores grandulosos que me hacian sufrir infinito; sanaron, y tras estos se siguieron dolores de pecho que ya otras veces habia experimentado, pero ahora me sufocaban mas que nunca, con vértigos y disenteria espasmódica.

Ha llegado mi turno, decia entre mí, ¿seré menos sufrido que mi amigo? Desde entonces procuré imitar su virtud en cuanto me era posible. No hay duda que toda condicion humana tiene sus deberes peculiares; los de un enfermo son la paciencia, el espíritu, y todos los conatos por no ser desagradable á cuantos le rodean.

Maroncelli con sus pobres muletas no tenia ya la agilidad de otras veces, lo que sentia, temiendo servirme menos bien, y que por ahorrarle movimientos y fatiga, no me valiese yo de sus servicios cuanto me era necesario. Ciertamente esto sucedia algunas veces, mas yo procuraba disimularlo.

Sin embargo de haber recobrado fuerzas, se resentia todavia mucho, pues padecia como todos las amputados sensaciones dolorosas en los nervios, como si viviese aun la parte cortada, doliéndole el pie, la pierna y la rodilla que ya no tenia. Alléguese á esto que el hueso habia estado mal aserrado, pene-

traba en las nuevas carnes, y causaba frecuentes llagas; solo fue pasado cerca de un año que el muñon se puso bastante endurecido, y no se abrió mas.

LXXXIX.

Nuevos males asaltaron al desdichado, y casi sin intervalo primeramente una artritis que empezó por las coyunturas de las manos, y en seguida le estuvo martirizando por varios meses toda su persona; despues el escorbuto, llenándole en breve el cuerpo de manchas lívidas que metian miedo.

Trataba yo de consolarme, pensando entre mí: puesto que es preciso morir aquí dentro, mas vale que haya venido á uno de los dos el escorbuto, pues es mal epidémico, y nos conducirá á la tumba, sino juntos, á lo menos á poca distancia de tiempo.

Nos preparabamos entrambos á la muerte, y estábamos tranquilos. Nueve años de cárcel y graves padecimientos nos habian al cabo connaturalizado con la idea del total desfallecimiento de dos cuerpos tan arruinados y deseosos de paz. Nuestras almas confiaban en la bondad de Dios, y creian reunirse ambas en parage en que cesan todos los enconos de los hombres, y en que pediamos se reuniesen tambien algun dia á nosotros aplacados aquellos que no nos amaban.

talecio el ánimo. Dios que me habia dado suficiente salud en el tiempo de la enfermedad suya, porque mi asistencia le era necesaria, me la quitó, cuando él podía ya sostenerse con muletas. Me salieron varios tumores grandulosos que me hacian sufrir infinito; sanaron, y tras estos se siguieron dolores de pecho que ya otras veces habia experimentado, pero ahora me sufocaban mas que nunca, con vértigos y disenteria espasmódica.

Ha llegado mi turno, decia entre mí, ¿seré menos sufrido que mi amigo? Desde entonces procuré imitar su virtud en cuanto me era posible. No hay duda que toda condicion humana tiene sus deberes peculiares; los de un enfermo son la paciencia, el espíritu, y todos los conatos por no ser desagradable á cuantos le rodean.

Maroncelli con sus pobres muletas no tenia ya la agilidad de otras veces, lo que sentia, temiendo servirme menos bien, y que por ahorrarle movimientos y fatiga, no me valiese yo de sus servicios cuanto me era necesario. Ciertamente esto sucedia algunas veces, mas yo procuraba disimularlo.

Sin embargo de haber recobrado fuerzas, se resentia todavia mucho, pues padecia como todos las amputados sensaciones dolorosas en los nervios, como si viviese aun la parte cortada, doliéndole el pie, la pierna y la rodilla que ya no tenia. Alléguese á esto que el hueso habia estado mal aserrado, pene-

traba en las nuevas carnes, y causaba frecuentes llagas; solo fue pasado cerca de un año que el muñon se puso bastante endurecido, y no se abrió mas.

LXXXIX.

Nuevos males asaltaron al desdichado, y casi sin intervalo primeramente una artritis que empezó por las coyunturas de las manos, y en seguida le estuvo martirizando por varios meses toda su persona; despues el escorbuto, llenándole en breve el cuerpo de manchas lívidas que metian miedo.

Trataba yo de consolarme, pensando entre mí: puesto que es preciso morir aquí dentro, mas vale que haya venido á uno de los dos el escorbuto, pues es mal epidémico, y nos conducirá á la tumba, sino juntos, á lo menos á poca distancia de tiempo.

Nos preparabamos entrambos á la muerte, y estábamos tranquilos. Nueve años de cárcel y graves padecimientos nos habian al cabo connaturalizado con la idea del total desfallecimiento de dos cuerpos tan arruinados y deseosos de paz. Nuestras almas confiaban en la bondad de Dios, y creian reunirse ambas en parage en que cesan todos los enconos de los hombres, y en que pediamos se reuniesen tambien algun dia á nosotros aplacados aquellos que no nos amaban.

En los años anteriores el escorbuto habia hecho muchos estragos en estas prisiones; por lo que el gobierno, cuando supo que Maroncelli adolecia de este terrible mal, tuvo miedo de una nueva epidemia escorbútica, y accedió á las intancias del médico, el cual declaraba no haber para el enfermo remedio eficaz sino el aire puro, y aconsejaba tenerle lo menos posible dentro de la vivienda. Yo como camarada de cuatro, y tambien enfermo de diserasia, gocé de la misma ventaja. Quedabamos pues fuera todo el tiempo que el sitio del paseo no estaba ocupado por otros, esto es, media hora antes de rayar el dia y hora y media despues, luego durante la comida si se nos antojaba, y en fin tres por la tarde hasta ponerse el sol; esto era en los dias de trabajo, pues en los festivos como no habia paseo para los demas presos estabamos fuera desde la mañana hasta la noche, esceptuado el tiempo de la comida.

Otro infeliz de cerca de setenta años y de salud gastadísima fue agregado á nosotros, en la persuasion que un oxígeno mas puro le podia convenir: era D. Constantino Munari, amable anciano, aficionado con pasion á los estudios literarios y filosóficos, cuya sociedad nos fue del mayor agrado.

Queriendo hacer el computo de mi pena, no desde la época de la prision, sino de la de la condena, los siete años y medio cumplian en 1827 á principios

de julio, fechando desde la firma imperial de la sentencia, ó el 22 de agosto, ateniéndose á la fecha de su publicacion. Este término pasó como los demas, y se estinguió toda esperanza. Hasta entonces Maroncelli, Munari y yo haciamos algunas veces la suposicion de volver á ver el mundo, nuestra Italia, y á nuestros parientes, y esto daba materia á conversaciones llenas de deseo, piedad y amor.

Pasado agosto, en seguida setiembre y despues todo aquel año, nos acostumbamos á no esperar ya nada en la tierra, esceptuando la inalterable continuacion de nuestra recíproca amistad y la asistencia de Dios, para consumir dignamente el resto de nuestro largo sacrificio: ¡Ah! la amistad y la religion son dos bienes inestimables, pues embellecen hasta las horas de los presos para quienes ya no resplandece verosimilitud de gracia. ¡Dios está verdaderamente con los desvalidos, con los desvalidos que aman!

Xc.

Despues de la muerte de Villa, al abate Paulowich que fue hecho obispo, siguió por nuestro confesor el abate Wrba, móravo, catedrático del Nuevo

Testamento en Brünn, alumno distinguido del *Instituto sublime* de Viena.

Este instituto es una congregacion fundada por el célebre Frint, capellan de honor. Los individuos de tal corporacion son todos eclesiásticos, los cuales graduados ya en Teología siguen allí sus estudios bajo una severa disciplina, para llegar á poseer los mayores conocimientos posibles. La intencion del fundador fue admirable, á saber, esparcir continuamente una verdadera y vasta ciencia en el clero católico de Alemania, intencion que en general está perfectamente cumplida.

Wrba, viviendo en Brünn, podia dedicarnos mucha mas parte de su tiempo que Paulowich. Asi que, llegó á ser para nosotros lo que era el P. Bautista con la diferencia de que no le era lícito prestarnos ningun libro. Teniamos frecuentemente juntos largas conferencias, las que eran muy provechosas, á mi ver, á los sentimientos religiosos de que yo estaba animado, y sumo era el consuelo que de esto me resultaba. En el año de 1829 enfermó; despues teniendo que desempeñar otros cargos, no pudo continuar á vernos, lo que nos desagradó sobremanera; pero tuvimos la buena suerte que le reemplazó un hombre docto y distinguido, el vicario Ziak.

Entre cuantos sacerdotes *alemanes* nos fueron destinados, no nos tocó uno malo, ninguno que des-

cubriesemos querer servir de instrumento á la política (siendo esto tan fácil de descubrirse), todos ellos al contrario reunian los diversos méritos de mucha doctrina, de declaradísima fe católica, y de filosofía profunda. ¡O cuán respetables son tales ministros de la Iglesia! Estos pocos que yo conocí me hicieron concebir una opinion muy aventajada del clero católico alemán.

Tambien el abate Ziak tenia largas conferencias con nosotros. Él me servia de ejemplo para soportar con serenidad mis dolores, pues incesantes fluxiones de muelas, garganta y oídos le atormentaban, y no obstante esto estaba siempre risueño.

Entre tanto, el mucho aire puro hizo desaparecer poco á poco las manchas escorbúticas de Maroncelli, é igualmente Munari y yo estabamos mejor.

XCI.

Despuntó el día primero de agosto de 1830 : iban á hacer diez años que habia perdido la libertad, y ocho y medio de *carcere duro*. Era domingo. Fuimos como los otros días de fiesta al acostumbrado recinto; miramos aun por encima de la empalizada

el valle hondo y el cementerio donde yacian Orobón y Villa, hablamos aun del reposo que algun día tendrian allí nuestros huesos, nos sentamos aun en el acostumbrado banco á esperar que las pobres presas viniesen á la misa que se decia antes de la nuestra, pues eran conducidas en la misma capilla en que ibamos nosotros á la misa siguiente, y que estaba contigua al paseo.

Es costumbre en toda Alemania que durante la misa el pueblo entona himnos en lengua vulgar. Como el imperio de Austria es país misto de Alemanes y Esclavones, y en las prisiones de Espielberga el mayor número de reos comunes pertenecen á una ó á otra de estas naciones, los himnos se cantaban una fiesta en lengua alemana y otra en esclavonia. Así en cada fiesta se predicaban dos sermones, y se alternan ambos idiomas. Dulcísimo placer era para nosotros oír estos cánticos, y el órgano que los acompañaba.

Entre las mugeres habia algunas cuya voz penetraba hasta el corazón. ¡Infelices! algunas eran muy jovencitas. Un amor, unos celos, un mal ejemplo las habia arrastrado al delito. Me retumba aun en el alma su religiosísimo canto del *Sanctus*: *heilig! heilig! heilig!* Vertí aun aquel día una lágrima al oírle.

A las diez se retiraron las mugeres, y fuimos á nuestro turno á misa. Ví aun á aquellos compañeros

mios de infortunio que la estaban oyendo en la tribuna del órgano, de los cuales nos separaba solamente una reja, todos ellos descoloridos, consumidos, y arrastrando con fatiga sus cadenas.

Acabada la misa, volvimos á nuestros cuartos. A poco rato nos trajeron la comida: preparabamos nuestra mesa que consistia en poner una tablilla encima de la tarima, y tomar nuestras cucharas de palo, cuando el subintendente Wegrath entró en la prision.

— Siento turbar vuestra comida, dijo, tened la bondad de seguirme, está ahí el director de policía.

Como este solia venir por cosas molestas, como requisas ó averiguaciones, seguimos de muy mal humor al buen subintendente hasta á la sala de audiencia, en la cual encontramos al director de policía y al superintendente, y el primero nos hizo una venia mas graciosa que de costumbre. Tomó un papel en la mano, y dijo con voces truncadas, temiendo tal vez causarnos demasiada sorpresa si se espresaba con mas claridad.

— Señores... tengo el gusto... tengo el honor... de significar á vos... que S. M. el Emperador ha dispensado aun... una gracia... Y vacilaba en decirnos qué gracia era. Pensabamos que era alguna minoracion de pena como de eximirnos del aburrimiento del trabajo, de tolerarnos algunos libros mas, y alimentos menos repugnantes.

— ¿No comprendéis pues vos? dijo el director.

— No señor. Sirvaos vos explicarnos qué especie de gracia es esta.

— Es la libertad para vosotros dos, y para un tercero que dentro de poco vos abrazareis.

Parecerá que este anuncio debería hacernos prorumpir en júbilo. Nuestro primer pensamiento corrió súbitamente á los parientes de quienes tanto tiempo hacia no teníamos noticia; y la duda que quizá no los encontraríamos ya en este mundo nos impresionó tanto que anuló el placer que podía suscitarlos el anuncio de la libertad.

— ¿Vos enmudeceis? dijo el director de policía. Aguardábame á veros locos de contento.

— Ruego á vos, respondí, de notificar al Emperador nuestra gratitud; mas si no tenemos noticia de nuestras familias, no podemos menos de recelar que nos faltan personas queridísimas, cuya incertidumbre nos oprime aun en el instante que debería ser de grandísimo alborozo.

Dió entonces á Maroncelli una carta de su hermano que le consoló; por lo que hace á mí, dijo que ninguna tenia de mi familia, lo cual me dió mas á sospechar, que habria sucedido en ella algun desastre.

— Volveos á vuestros cuartos, prosiguió, y dentro de poco os enviaré el tercero que está tambien indultado.

Fuimos y aguardamos con ansiedad á este tercero. Hubieramos querido que fuesen todos, pero no podia ser mas que uno. ¡Ojalá sea el pobre anciano Munari! ¡ojalá fulano! ¡ojalá zutano! Ninguno habia por quien no hacíamos ruegos. En fin la puerta se abre, y vimos que el compañero era D. Andrés Tonelli de Brescia. Nos abrazamos. No podíamos ya comer. Estuvimos hablando juntos hasta por la tarde, lastimándonos de los amigos que quedaban.

Al anoecer volvió el director de policía para sacarnos de esta infausta mansion. Nuestros corazones estaban arrasados en lágrimas, al pasar por delante de las prisiones de tantos individuos amados, sin que nos fuera posible conducirlos con nosotros. ¿Quién sabe por cuánto tiempo deberían todavía sufrir? ¿quién sabe cuántos de ellos debían quedarse allí víctimas de una muerte lenta?

Nos pusieron á cada uno de nosotros un capote de soldado en los hombros, y una gorra en la cabeza, y así con los mismos vestidos de galeote, pero desencadenados, bajamos el funesto monte, y fuimos conducidos á la ciudad en las prisiones de la policía.

Hacia hermosísima luna. Las calles, las casas, la gente que encontrábamos, todo me parecia tan agradable y extraño, despues de tantos años que no habia visto semejante espectáculo.

XCH.

Aguardamos en la cárcel de policía á un comisario imperial que debia venir de Viena para acompañarnos hasta las fronteras. En el ínterin, como nuestros baules habian sido vendidos, nos pertrechamos de ropa blanca y vestidos, y depositamos la vestimenta de cárcel. Al cabo de cinco dias llegó el comisario, y el director de la policía nos puso en poder suyo, entregándole al mismo tiempo el dinero que habíamos traído á Espielberga, y el que se habia sacado de la venta de los baules y libros, dinero que luego nos fue restituído en la raya, pues hicimos el viage á espensas del Emperador sin reparar en gasto ninguno.

El comisario era el caballero Von Noe, gentil-hombre empleado en la secretaría del ministro de policía. No podia habérsenos destinado persona de mas completa educacion; nos trató siempre con el mayor miramiento.

Partí de Brünn con una dificultad de respirar muy anhelosa, y el traqueo del coche acrecentó tanto mi mal que por la tarde apenas podia resollar, y se temia de un instante á otro quedase sofocado. Tuve ademas una ardiente calentura toda la noche, y el comisario estaba incierto á la mañana siguiente,

si yo podia continuar el viage hasta Viena; dije que sí, y partimos: la violencia del dolor era estrema, no podia comer, ni beber, ni hablar. Llegué á Viena medio muerto; nos dieron un buen alojamiento en la direccion general de policía; me metieron en la cama, llamóse á un médico, el cual mandó me hiciesen una sangría, y me sentí muy aliviado. Dieta absoluta y mucha digital fueron durante ocho dias mi curacion, y sané. El médico era el doctor Singer; tuvo conmigo atenciones verdaderamente amistosas. Tenia yo la mayor impaciencia de partir, tanto mas que habia llegado á nosotros la noticia de las *tres jornadas* de Paris.

En el mismo dia que se manifestó esta revolucion, el Emperador habia firmado el decreto de nuestra libertad. Ciertó es que no le hubiera revocado ahora; pero no lo es menos, que existia bastante verosimilitud que siendo una posicion crítica para toda Europa, se temiesen movimientos populares en Italia, y no querria la Austria en este momento dejarnos repatriar. Estabamos bien persuadidos de no volver á Espielberga, pero teniamos temor que algunos sugiriese al Emperador de deportarnos á alguna ciudad del imperio lejos de la península.

Mostréme aun mas sano de lo que estaba, y supliqué se acelerase la partida. Entre tanto mi ardiente deseo era presentarme á S. E. el conde de

Pralormo, enviado de la corte de Turin en la de Austria, á la bondad del cual yo sabia de cuanto le era acreedor, pues se habia empeñado con la mas generosa y constante premura en obtener mi libertad, pero la prohibicion de ver á quien quiera que fuese no admitió escepcion. Apenas estuve convaleciente, nos hizo la fineza de mandarnos el coche por algunos dias, para que anduviesemos por Viena. El comisario tenia obligacion de acompañarnos, y de no dejarnos hablar con nadie. Vimos la bella iglesia de San Esteban, los deliciosos paseos de la ciudad, la villa inmediata de Lichtenstein, y por último la villa imperial de Schonbrunn. Mientras estabamos en las magnificas avenidas de esta última, pasó el Emperador, y el comisario nos hizo retirar, porque la vista de nuestras miserables personas no le entristeciese.

XCIII.

Partimos en fin de Viena, y pude tirar hasta Bruck, en cuyo parage el asma volvía á ser violento, llamamos al médico que era un tal Jüdmann, sugeto de los mas distinguidos modales, quien me hizo sangrar, quedar en cama y continuar la dederera. Al cabo de dos dias insté por que se prosiguiese el viage.

Atravesamos Austria y Estiria, y entramos en Carintia sin novedad; mas llegados á un lugarcillo llamado Feldkircken, poco distante de Klagenfurt, recibimos una contraórden. Debiamos detenernos aquí hasta nuevo aviso. Dejo imaginar cuán desagradable nos fue este acontecimiento; yo ademas por mi parte tenia el pesar de ser causa de tanto perjuicio á mis dos compañeros, siendo mi fatal enfermedad impedimento para que entrasen en su patria. Estuvimos cinco dias en Feldkircken, y aquí el comisario hizo cuanto pudo por recrearnos: habia un teatrillo de comediantes, y nos llevó á él; nos proporcionó un dia la diversion de una caza, pues nuestro huésped y algunos jóvenes del pais juntos con el propietario de un hermoso bosque eran los cazadores, y nosotros apostados en un parage á propósito gozabamos del espectáculo. Finalmente vino un correo de Viena con órden al comisario que nos condujese á nuestro destino. Nos alegramos de esta feliz noticia, mas al mismo tiempo temblaba que se acercase para mí el dia de un descubrimiento fatal, á saber, que no tuviese ya ni padre ni madre, ni quién sabe qué otros de los míos! Y mi tristeza aumentaba á proporcion que nos internabamos hácia Italia.

Por esta parte la entrada en esta nacion no es agradable á la vista, mayormente que se acaban de bajar las hermosísimas montañas de Alemania, y

se va á parar á las llanuras de Italia por largos caminos estériles y poco amenos, como que los caminantes que no conocen todavía nuestra península, y por ahí pasan, se rien de la magnífica idea que se habian hecho de ella, y recelan haber sido burlados por aquellos de quienes la habian oido ponderar tanto.

La aridez de este suelo contribuía á ponerme mas triste. El volver á ver nuestro cielo, el encontrar caras humanas de forma no setentrional, el oir en todas las bocas voces de nuestro idioma, me enternecia, sí, pero era una conmocion que me invitaba mas al llanto que á la alegría. ¡Cuántas veces en el coche me cubria con las manos el rostro, aparentando dormir, y lloraba! ¡Cuántas veces no pegaba los ojos en toda la noche, y me abrasaba en calentura, ya sea dando con toda el alma las mas ardientes bendiciones á mi dulce Italia, ya sea rindiendo gracias al cielo de haberme dejado regresar á ella, ya sea atormentándome de no tener noticias de mi casa, é imaginándome cosas aciagas, ya sea en fin pensando que dentro de poco seria forzoso separarme, puede ser para siempre, de un amigo que tanto habia sufrido al par mio, y tantas y tan repetidas pruebas de afecto fraternal me habia dado!

¡ Ah! ¡ tan prolongados años de sepultura no habian estinguido en mí la energía de sentir! ¡ mas esta energía era tan escasa para el júbilo, y tan

grande para el dolor! ¡Cuánto pues hubiera deseado ver otra vez Udina y aquella posada en la que aquellos dos generosos amigos se habian disfrazado en criados, y nos habian apretado con disimulo la mano!

Dejamos esta ciudad á nuestra izquierda, y pasamos adelante.

XCIV.

¡ Pordenone, Conegliano, Ospedaletto, Vicenza, Verona, y Mantua me recordaban tantas cosas! Del primer pueblo era natural un valiente jóven, amigo mio, muerto en los estragos de Rusia: Conegliano era el pais adonde los *secondini* de los *Plomos* me dijeron haber sido conducida la Zanze: en Ospedaletto se habia casado una criatura angélica é infeliz (ahora difunta) á quien hacia tiempo yo habia venerado, y veneraba todavía. Todos estos lugares en fin me traian á la memoria recuerdos mas ó menos afectuosos, y en Mantua mas que en ninguna otra ciudad, pues me parecia era ayer que habia venido con Lodovico en 1815, y con Porro en 1820. Las mismas calles, las mismas plazas, los mismos palacios, y ¡ tantas diferencias sociales! ¡ tantos conocidos mios arrebatados por la muerte! ¡ tantos

exilados! ; una generacion de adultos que habia visto yo en la infancia! ; Y no poder correr á esta ó á aquella casa! ; no poder hablar de tal ó cual con nadie! Y por colmo de dolor, Mantua era el punto de separacion entre Maroncelli y yo: ambos pernoctamos tristísimos, yo por mi parte estaba agitado como un delincuente en víspera de oír su condenacion.

Por la mañana me lavé la cara, y miré en el espejo si se conocia aun que habia llorado. Púseme, lo mejor que pude, de semblante tranquilo y risueño, dije á Dios una corta súplica, aunque á la verdad muy distraido; y oyendo que ya Maroncelli removía sus muletas y hablaba con el criado, fui á darle un abrazo. Ambos parecíamos llenos de aliento para esta separacion; nos hablabamos algo conmovidos, mas con voz firme. El oficial de gendarmería que debia conducirle á las fronteras de Rumania llegó; fue forzoso partir; no sabíamos casi qué decirnos; un abrazo, un beso, otro abrazo mas. — Subió en el coche, desapareció, y yo quedé como aturdido.

Volví á mi aposento, me hiqué de rodillas y rogué por este mísero mutilado, separado de su amigo, y prorumpí en lágrimas y sollozos.

He conocido á muchos hombres escelentes, pero á ninguno mas afectuosamente sociable que Maroncelli, á ninguno mas educado en todos los miramien-

tos de urbanidad, mas esento de arrebatos de mal humor, mas constantemente memorioso de que la virtud consiste en continuos ejercicios de tolerancia, generosidad y cordura. ; O socio mio de tantos años de dolor, el cielo te bendiga dó quiera que tú respires, y te dé amigos que me iguallen en afecto, y me sobrepujen en bondad!

XCV.

Partimos en la misma mañana de Mantua para Brescia: aquí fue dejado suelto el otro compañero de cautividad, Andrés Tonelli, cuyo infeliz supo allí haber perdido su madre, y sus desconsoladas lágrimas me partieron el alma.

Aunque angustiadísimo como yo estaba por tantos motivos, me hizo reír algo el suceso siguiente: encima de una mesa de la posada estaba un cartel teatral, le tomo y leo: *Francesca da Rimini*, opera per musica, etc.

— ¿De quién es esta ópera? pregunto al criado.

— Quien la ha puesto en verso, y quien en música, no lo sé, responde; pero de todos modos lo cierto es que es *Francesca da Rimini*, que todos conocen.

— ¿Todos? vos os equivocais, yo que vengo de

Alemania ¿qué he de saber de vuestras *Francesche*?

El tal criado (era un jovencuelo de cara desdeñosa, verdaderamente Bresciana) me miró con un aire de despreciadora lástima.

— ¿Qué he de saber? No se trata, caballero, de *Francesche*, y sí de una sola y única *Francesca da Rimini*; quiero decir, la tragedia de Silvio Pellico. Aquí la han puesto en ópera, desmejorándola un poquillo, mas en resumidas cuentas es siempre la misma *Francesca*.

— ¡Ah! ¿Silvio Pellico? Me parece haberle oído nombrar. ¿No es esa bella alhaja que fue condenado á muerte, y despues á *carcere duro*, hace ya unos ocho á nueve años?

¡Ojalá que no hubiera hecho semejante broma! Pues como un azorado echó la vista á todos lados, luego me miró, rechinó treinta y dos hermosísimos dientes, y á no haber oído ruido, creo que me molía las costillas.

Marchóse gruñendo: ¿bella alhaja? Mas antes de mi partida descubrió quien yo era; de suerte que no atinaba ya á preguntar, ni á responder, ni á escribir, ni á andar, no sabia mas que clavar los ojos en mí, refregarse las manos, y decir á todos, sin qué ni para qué: *sior sí, sior sí*, que parecia que estornudaba.

Dos días despues, el 9 de setiembre, llegué con

el comisario á Milan. Al acercarme á esta ciudad, al volver á ver la cúpula de la catedral, al repasar por la avenida de Loreto, en otro tiempo mi paseo tan frecuente y favorito, al entrar otra vez por la puerta oriental, y encontrarme de nuevo en la carrera, y volver á ver esas casas, esos templos, esas calles, esperimenté tan dulces como desabridos sentimientos, conviene á saber, un frenético deseo de detenerme algun tiempo en Milan, y abrazar á los amigos que pudiera encontrar aun, un infinito sentimiento pensando en los que habia dejado en Espielberga, en los que erraban en tierras estrangeras, y en los que habian muerto, una viva gratitud rememorando el amor que me habian demostrado en general los Milaneses, algun ímpetu de desprecio contra algunos que me habian calumniado, mientras habian sido siempre el objeto de mi benevolencia y estima.

Fuimos á hospedarnos á la *Bella Venecia*. Aquí habia asistido tantas veces á alegres y amistosos convites, aquí habia visitado á tantos distinguidos forasteros, aquí una respetable dama de avanzada edad me solicitaba, mas en vano, á seguirla en Toscana, previendo, si yo quedaba en Milan, los desastres que me sucedieron. ¡O recuerdos lastimeros! ¡O pasado tiempo tan mezclado de placeres y dolores, y tan rápidamente desvanecido!

Los mozos de la fonda descubrieron al instante

quien era yo : corrió la voz , y por la tarde ví mucha gente pararse en la plaza y mirar á las ventanas. Uno (ignoro quien era) pareció conocerme y me saludó , alzando ambos brazos. ¡ Ah ! dónde estaban , pues , los hijos de Porro , los hijos míos ! ¿ Porqué no los ví ?

XCVI.

El comisario me llevó á la policía para presentarme al director. ¡ Qué sensacion al volver á ver esta casa , mi primera cárcel ! Cuántos tormentos vinieron en tropel á mi imaginacion . ¡ Ah ! me acordé con ternura de tí , o Melehor Gioja , y de los pasos precipitados que te veia dar arriba y abajo entre esas estrechas paredes , y de las horas que estabas inmóvil en la mesa , escribiendo tan nobles pensamientos , y de las señas que me hacias con el pañuelo , y de la tristeza con que me mirabas , cuando te fue prohibido hacérmelas ! ¡ Y pensé en tu tumba , tal vez ignorada del mayor número de los que te amaron , como lo habias sido por mí ! ¡ e imploré paz á tu espíritu ! Acordéme tambien del mudito , de la patética voz de Magdalena , de mis palpitaciones de compasion por ella , de mis vecinos los ladrones , del supuesto Luis XVII , del pobre

reo que se dejó coger la esquila , y creí haberle oido gritar cuando le dieron de palos.

Todas estas y otras memorias me oprimian como un sueño congojoso , pero mucho mas todavía la de las dos visitas que allí me hizo mi pobre padre , diez años antes ; Cómo el buen anciano se alucinaba esperando que muy luego podia ir á juntarme con él en Turin ! ¿ Hubiera él soportado la idea de diez años de encarcelacion á un hijo , y de tal encarcelacion ? Mas cuando se desvanecieron sus ilusiones , ¿ habrá tenido él , habrá tenido mi madre fuerzas para resistir á tan traspasado dolor ? ¿ Érame dado aun volverlos á ver á entrambos ? ¿ ó quizá á uno solo de los dos ? ¿ y cuál ? ¡ O duda anhelosa y siempre renaciente ! Estaba , como quien dice , á las puertas de casa , y no sabia aun si los padres vivian , si existia siquiera uno de mi familia.

El director de policía me acogió con afabilidad , y permitió que me quedase en la *Bella Venecia* con el comisario imperial , en vez de hacerme custodiar en otra parte. No se me concedió con todo mostrarme á nadie , y por lo mismo me determiné á partir en la mañana siguiente. Obtuve solamente ver al Consul piemontés para preguntarle por mi familia. Hubiera ido á su casa , mas como tenia calentura y debia guardar cama , le mandé á decir tuviese la bondad de venir á verme. En efecto no se hizo aguardar , lo que le agradecí infinito. Dióme

quien era yo : corrió la voz , y por la tarde ví mucha gente pararse en la plaza y mirar á las ventanas. Uno (ignoro quien era) pareció conocerme y me saludó , alzando ambos brazos. ¡ Ah ! dónde estaban , pues , los hijos de Porro , los hijos míos ! ¿ Porqué no los ví ?

XCVI.

El comisario me llevó á la policía para presentarme al director. ¡ Qué sensacion al volver á ver esta casa , mi primera cárcel ! Cuántos tormentos vinieron en tropel á mi imaginacion . ¡ Ah ! me acordé con ternura de tí , o Melehor Gioja , y de los pasos precipitados que te veia dar arriba y abajo entre esas estrechas paredes , y de las horas que estabas inmóvil en la mesa , escribiendo tan nobles pensamientos , y de las señas que me hacias con el pañuelo , y de la tristeza con que me mirabas , cuando te fue prohibido hacérmelas ! ¡ Y pensé en tu tumba , tal vez ignorada del mayor número de los que te amaron , como lo habias sido por mí ! ¡ e imploré paz á tu espíritu ! Acordéme tambien del mudito , de la patética voz de Magdalena , de mis palpitaciones de compasion por ella , de mis vecinos los ladrones , del supuesto Luis XVII , del pobre

reo que se dejó coger la esquila , y creí haberle oido gritar cuando le dieron de palos.

Todas estas y otras memorias me oprimian como un sueño congojoso , pero mucho mas todavía la de las dos visitas que allí me hizo mi pobre padre , diez años antes ; Cómo el buen anciano se alucinaba esperando que muy luego podia ir á juntarme con él en Turin ! ¿ Hubiera él soportado la idea de diez años de encarcelacion á un hijo , y de tal encarcelacion ? Mas cuando se desvanecieron sus ilusiones , ¿ habrá tenido él , habrá tenido mi madre fuerzas para resistir á tan traspasado dolor ? ¿ Érame dado aun volverlos á ver á entrambos ? ¿ ó quizá á uno solo de los dos ? ¿ y cuál ? ¡ O duda anhelosa y siempre renaciente ! Estaba , como quien dice , á las puertas de casa , y no sabia aun si los padres vivian , si existia siquiera uno de mi familia.

El director de policía me acogió con afabilidad , y permitió que me quedase en la *Bella Venecia* con el comisario imperial , en vez de hacerme custodiar en otra parte. No se me concedió con todo mostrarme á nadie , y por lo mismo me determiné á partir en la mañana siguiente. Obtuve solamente ver al Consul piemontés para preguntarle por mi familia. Hubiera ido á su casa , mas como tenia calentura y debia guardar cama , le mandé á decir tuviese la bondad de venir á verme. En efecto no se hizo aguardar , lo que le agradecí infinito. Dióme

buenas nuevas de mi padre y de mi hermano primogénito, en cuanto á mi madre, al otro hermano y á las dos hermanas permanecí en cruel incertidumbre. Tranquilizado en parte, mas no bastante, hubiera querido para consolar mi alma prolongar mucho la conversacion con el consul, el cual á la verdad no fue escaso de política, mas tuvo que dejarme. Quedado solo, hubiera necesitado de lágrimas, y no las tenia. ¿Porqué, pues, unas veces me hace el dolor prorumpir en llanto, y otras que son las mas, cuando á mi ver el llorar me seria tan dulce consuelo, le invoco inútilmente? Esta imposibilidad de desahogar mi afliccion acrecentaba la fiebre, y la cabeza me dolia sobremanera.

Pedí de beber á Stundberger: este buen hombre era un sargento de la policía de Viena que hacia funciones de ayuda de cámara del comisario. No era viejo, pero dióse el caso que me dió de beber con mano trémula, y este temblor me recordó Schiller, mi amado Schiller, cuando el primer dia de mi llegada á Espielberga le pedí con imperioso orgullo el cántaro de agua, y me lo trajo.

¡Cosa extraordinaria! Tal recuerdo junto con los demas rompió mi corazon de pedernal, y las lágrimas corrieron en torrentes.

XCVII.

El dia 1º de setiembre por la mañana abracé á mi excelente comisario, y partió. Solo nos conociamos hacia un mes, y me parecia un amigo de muchos años. El alma suya llena de sentimiento de lo bello y honrado no era investigadora ni artificiosa, no porque carecia de talento para ello, sino por ese amor de noble simplicidad que reside en los hombres rectos.

Un individuo, durante el viage, en un sitio en que habiamos hecho parada, me dijo calladamente: — Guardaos vos de ese *angel custodio*; si no fuese de las tinieblas, no os le hubieran dado.

— Pues estais vos equivocado, le dije, tengo la mas íntima persuasion de que vos os engañais.

— Los mas astutos, repuso él, son aquellos que aparentan ser mas simples.

— Si asi fuese, nunca se podria creer en la virtud de nadie.

— Hay ciertos puestos sociales en que se puede tener mucha culta educacion por los modales, pero no virtud, no virtud, no virtud.

No pude responderle otra cosa sino que: — Ponderacion, señor mio, ponderacion.

— Yo soy consecuente, insistió él.

Fuimos interrumpidos. Y me acordé del *cave á consequentiariis* de Leibnizio.

Hartas veces sucede que la mayor parte de los hombres raciocina con esta falsa y terrible lógica: yo sigo la bandera A que estoy seguro es la de la justicia; ese sigue la bandera B que estoy seguro es la de la injusticia: luego es un malvado.

¡Ah! no, o lógicos furibundos! de cualquiera bandera que seais, ¡no raciocinad tan inhumanamente! Pensad que partiendo de un dato cualquiera desventajoso (¿y dónde hay una sociedad ó un individuo que no posea tales?) y procediendo con rabioso rigor de consecuencia en consecuencia es fácil á quien se sea llegar á esta conclusion: « excepto nosotros cuatro, todos los mortales merecen ser tostados vivos. » Y si se hace mas sagaz escrutinio, cada uno de los cuatro dirá: « todos los mortales merecen ser tostados vivos, excepto yo. » Este vulgar rigorismo es sumamente antifilosófico, pues una desconfianza moderada puede ser cordura; una desconfianza llevada al extremo, jamas.

Despues del aviso que me habia sido dado sobre este *ángel custodio* puse mas atencion que antes en estudiarle y cada dia me convencí mas de su inocente y generosa índole.

Cuando hay un órden de sociedad establecido, mucho ó poco bueno que sea, todos los puestos sociales que no son reconocidos infames por unive r

la conciencia, todos los puestos sociales que prometen cooperar noblemente al bien público, y cuyas promesas son creidas por gran número de gente, todos los puestos sociales en los que es absurdo negar que haya habido hombres honrados, pueden siempre ser ocupados por tales hombres.

He leído en cierta parte que un cuákero miraba con horror á los soldados; vió una vez á un soldado arrojarle en el Támesis, y salvar á un infeliz que se anegaba, y dijo: « seré siempre cuákero, mas tambien los soldados son buenas criaturas. »

XCVIII.

Stundberger me acompañó hasta al coche en que subí con el oficial de gendarmería al que habia estado confiado. Llovía y corría un aire frio.

— Embozaos bien en la capa, me decia Stundberger, cubraos bien la cabeza, procurad no llegar malo á vuestra casa; no se necesita mucho para que vos os resfriéis; cuánto siento no poder prestaros mis servicios hasta Turin! Y todo esto me lo decia cordialmente y con voz alterada.

— Desde ahora en lo sucesivo, ya no tendreis vos tal vez ningún Alemán al lado suyo, añadió él, quizá no oireis ya nunca hablar esta lengua que los

Italianos encuentran tan dura, y poco os importará probablemente, pues entre los Alemanes habeis tenido vos tanto que sufrir que no tendreis grandes ganas de acordaros de nosotros; y sin embargo yo cuyo nombre tendreis vos pronto olvidado, yo, señor, rogaré siempre por vos.

— Y yo por tí, le dije, tocándole por la postrera vez la mano.

El pobre hombre gritó aun: *Guten morgen! gute reise! leben sie wohl!* (¡buenos dias! ¡buen viage! ¡pasadlo bien!) Fueron las últimas palabras alemanas que oí pronunciar, y me sonaron agradablemente al oido como si hubiesen sido de mi lengua.

Amo apasionadamente mi patria, mas no odio á ninguna otra nacion. La civilizacion, la riqueza, el poderío, la gloria, varían en las diversas naciones, pero en todas hay almas obedientes á la grande vocacion del hombre, á saber, al amor, á la compasion y á la filantropía.

El oficial que me acompañaba, me contó haber sido uno de los que preindieron al infelicitísimo Confalonieri. Me enteró de cómo este habia intentado escaparse, de cómo habia faltado el lance, de cómo habia sido necesario arrancarle de los brazos de su esposa, y de cómo ambos consortes se eternecieron y sobrellevaron con dignidad esta desgracia.

Me daba calentura de oir esta triste historia, y

una mano de hierro parecia comprimirme el corazon.

El narrador, hombre bonazo, y parlero en el trato confidencial, no notaba que, aunque yo no tenia nada contra él, no podia menos de horrorizarme, mirando esas manos que habian agarrado á mi amigo.

En Bufalora él se desayunó, y yo como estaba demasiado angustiado, no tomé nada. Una vez, en años ya lejanos cuando recorria la campiña de Arluno con los hijos del conde Porro, venia algunas veces á pasearme en Bufalora por las márgenes del Ticino. Me alegré de ver concluido el famoso puente, cuyos materiales habia visto esparcidos en la orilla lombarda, siendo opinion general en aquel entonces que tal trabajo no se haria nunca. Me alegré de volver á pasar aquel rio, y de tocar otra vez la tierra piamontesa, pues aunque amo á todas las naciones, ¡Dios sabe cuánto para mí es predilecta Italia! y aunque estoy tan prendado por ella, ¡Dios sabe cuánto mas dulce que cualquier otro nombre de pais itálico es para mí el del Piamonte, pais de mis padres!

XCIX.

Frente por frente de Bufalora está San Martin. Allí el oficial lombardo habló con los carabineros

piamonteses, en seguida me saludó, y traspasó el puente.

— Vamos á Novara, dije al carruagero.

— Sirvaos vos aguardar un momento, dijo un carabinero.

Ví que todavía no estaba suelto, y me affigí, temiendo se retardase mi llegada á la casa paterna. Pasado mas de un cuarto de hora se presentó un caballero que me pidió permiso de venir á Novara conmigo.—Habia perdido otra ocasion, ahora no habia mas carruage que el mio, era muy dichoso que yo le concediese aprovecharse de él, etc. etc. Este carabinero disfrazado era de jovial humor, y me tuvo buena compañía hasta Novara. Llegados á esta poblacion, aparentando querer que nos apeasemos en una posada, hizo andar el coche hasta el cuartel de los carabineros en donde me fue dicho habia una cama para mí en el cuarto de un oficial, y debía esperar órdenes superiores. Pensaba poder partir al dia siguiente, me acosté, y despues de haber chachareado un rato con el huésped oficial, me adormecí profundamente; hacia mucho tiempo no habia dormido tan bien. Despertéme hácia la madrugada, levantéme presto, y las primeras horas me parecieron largas. Almorcé, charlé, me pasé por el cuarto y la azotea, dí una ojeada á los libros del huésped; por último me se anuncia una visita. Un oficial muy político viene á darme nuevas de mi pa-

dre, y á decirme que tenia en Novara una carta suya, la cual me seria traída en breve. Fuile muy reconocido á esta amable atencion. Pasáronse algunas horas que me parecieron sempiternas, y la carta al fin llegó.

¡O qué alegría en volver á ver estas amadas letras! ¡qué regocijo en saber que mi madre, mi excelente madre vivia! ¡y vivian mis dos hermanos, y hermana mayor! ¡Ay! ¡la menor, Mariquita, hecha monja de la Visitacion, y de la cual habia recibido clandestinamente noticia en la cárcel, habia cesado de vivir nueve meses antes! Me es dulce pensar que soy deudor de mi libertad á todos aquellos que me amaban é intercedian incesantemente á Dios por mí, y en particular á una hermana que murió con indicios de suma piedad. ¡Dios la recompense de todas las angustias que sufrió su corazon á causa de mis infortunios!

Los dias se pasaban, y la licencia de partir de Novara no llegaba. En la mañana del 16 de setiembre este permiso al fin fue dado, y toda tutela de carabineros cesó. ¡O cuántos años hacia que no me habia sucedido ir adonde se me antojase sin acompañamiento de guardias!

Cobré algun dinero, recibí los cumplidos de personas conocidas de mi padre, y partí á eso de las tres de la tarde. Tenia por compañeros de viaje una dama, un comerciante, un escultor, y dos jó-

venes pintores, uno de ellos sordo y mudo, los cuales venian de Roma, y tuve el gusto de saber que conocian á la familia de Maroncelli. ¡Tan suave cosa es poder hablar de aquellos que amamos con alguno que no nos es indiferente!

Pernoctamos en Vercelli. El feliz dia 17 de setiembre amaneció. Continuóse el viaje. ¡O cómo los carruages van despacio! no se llegó á Turin sino por la noche.

¿Quién jamas, quién jamas podrá describir el consuelo de mi corazon y el de los corazones que me eran entrañables, cuando volví á ver, y á abrazar á mi padre, madre y hermanos?... Faltaba mi cara hermana Josefa por retenerla su obligacion en Chieri, mas sabiendo mi felicidad, se apresuró á venir por algunos dias en el seno de la familia. Restituido yo á estos cinco objetos de mi mas tierno afecto, era y soy el mas envidiable de los mortales.

¡Ah! por las pasadas desgracias y contentamiento presente, como tambien por todo el bien y el mal que me serán reservados, sea bendita la Providencia, de la cual los hombres y las cosas, que quieran ó no quieran, son admirables instrumentos que ella sabe emplear á fines dignos de sí.

